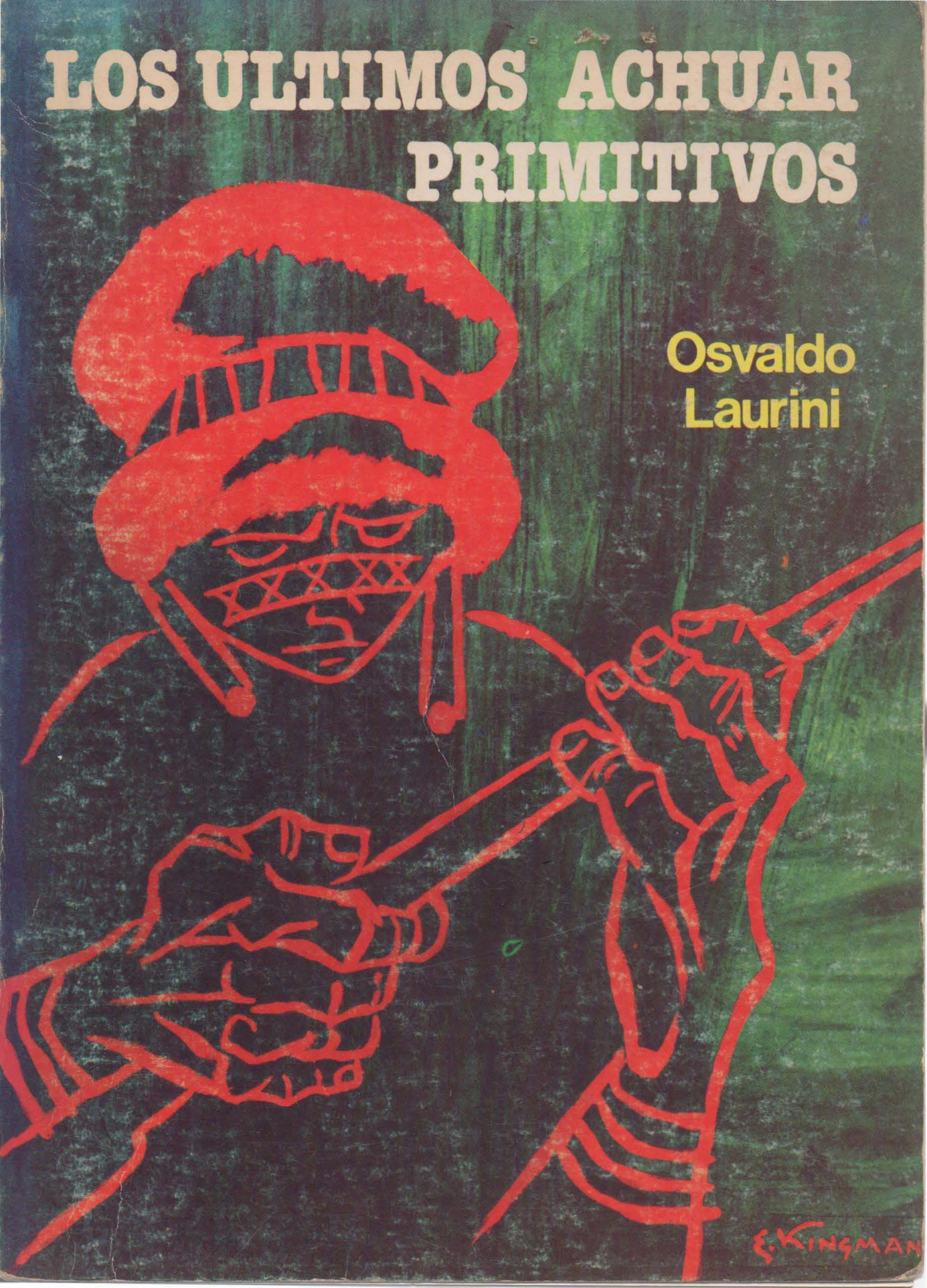

LOS ULTIMOS ACHUAR
PRIMITIVOS
Osvaldo
Laurini
E. KINGMAN

LOS ULTIMOS "ACHUAR" PRIMITIVOS

© Osvaldo Laurini
Derechos reservados. La reproducción parcial o total de esta obra no puede hacerse sin autorización del autor.
Inscripto el 21 de julio de 1982, con el No. 001712 en el Registro Nacional de Derechos de Autor.

Portada: Eduardo Kingman
Diagramación: Osvaldo Laurini y Mirta Raimondo.

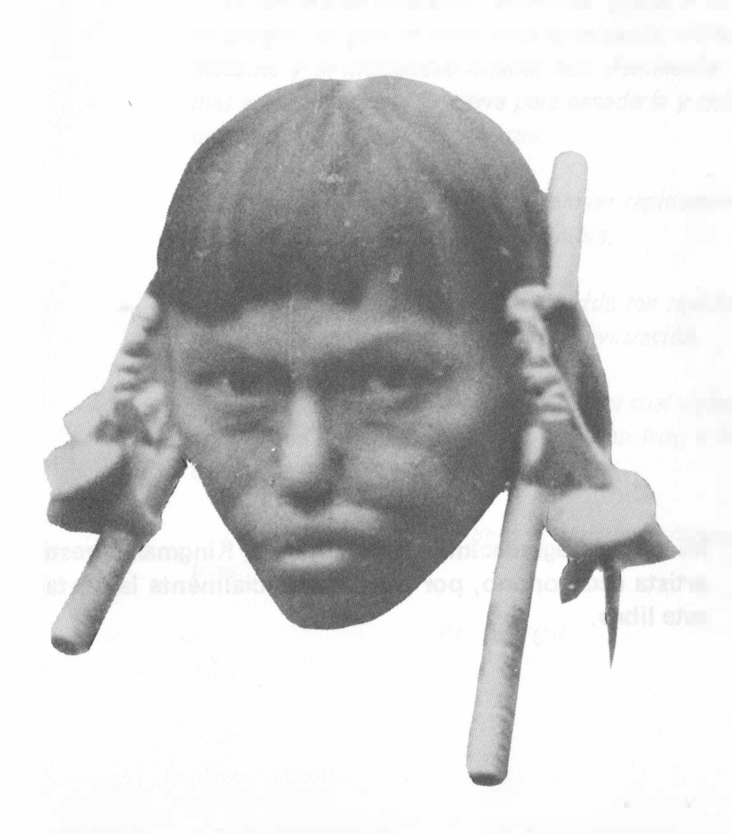
Impreso en:
ARTES GRAFICAS SEÑAL

Quito, Ecuador.

Osvaldo Laurini

LOS ULTIMOS ACHUAR PRIMITIVOS

ABORIGENES DE LA AMAZONIA ECUATORIANA



Mi cordial agradecimiento a Eduardo Kingman, prestigioso artista ecuatoriano, por diseñar especialmente la portada de este libro.

RAZON DEL TITULO

Hace veinte años, en la selva amazónica ecuatoriana, habitaban las tribus indígenas conocidas en el mundo con el nombre de "Jíbaros".

Los "Shuaras" ya no reducían cabezas humanas y estaban muy influenciados por nuestra cultura.

Quedaban entonces dos aventuras por vivir: llegar a los "Aucas", famosos guerreros que seis años antes habían asesinado a cinco misioneros norteamericanos, o a los "Achuaras ", que aún mantenían casi indemne su propia cultura. Estos eran inaccesibles en tiempos de guerras ancestrales.

Me propuse este objetivo y lo logré, tal como lo describo en este libro.

El número de indígenas "Achuaras" puede ir en aumento porque las guerras entre ellos terminaron; ciertas enfermedades y la mortandad infantil han disminuido. Cuanto más son, mayor área de tierra para ganadería y cultivo, les otorgará en propiedad el gobierno.

Su clara inteligencia los hace asimilar rápidamente nuestras costumbres y acomodarse al cambio.

El proceso de aculturización ha sido tan rápido que su futuro se avisora integrados a nuestra civilización.

Considero a los que visité en 1963, tal cual vivían, como los últimos en estado primitivo, para nosotros, o más bien que conservaban su propia cultura.

De ahí el título de este libro "Los últimos Achuar primitivos".

EL AUTOR

La edición de este libro ha sido posible gracias a los auspicios de:



ESTADO MAYOR DEL COMANDO CONJUNTO DE LAS FUERZAS ARMADAS DEL ECUADOR



CONSORCIO DE CONSEJOS PROVINCIALES DEL ECUADOR

Los tres mapas han sido autorizados para su publicación, por el I.G.M. (Instituto Geográfico Militar) por Resolución del 26 de mayo de 1982.

DEDICO ESTE LIBRO A:

* *JUANKA y JIMPIKTI, mis invalorables guías, sin los cuales no hubiera podido penetrar en la selva del Macuma.*

* *TIWI, SAMIRUK y CHAYATI, que me enseñaron a valorar la cultura Achuar.*

* *Misionero italiano LUIS "YANKUAM' " BOLLA, quien por amor se convirtió en Achuar, para preservar su cultura.*

* *General de División GRIBALDO A. MIÑO TAPIA, Jefe Estado Mayor C.C.F.F.A.A., por su gran ayuda cuando, siendo Capitán, comandaba la Base Militar de Taisha.*

COMENTARIO SOBRE EL RELATO " LOS ULTIMOS ACHUAR PRIMITIVOS".

De la lectura del relato " Los últimos Achuar Primitivos" del escritor argentino, señor Osvaldo Laurini, se concluye que se trata de una valiosa narración real y vivida por el autor, entre aquellas tribus olvidadas y casi desconocidas en su profundidad etnográfica, que forman la raíz de nuestros aborígenes orientales, los que poseen atributos de anhelos ansiosos de ascender, con impulsos positivos y negativos que aún no se funden en una luz, para encontrar la conciencia de su nacionalidad: tal el caso de estas tribus orientales amazónicas ecuatorianas, las ACHUAR.

Es un grito, sino doloroso, angustioso del autor, para encontrar la redención de aquellos aborígenes. Pues, de su lectura, cuyos episodios se remontan a hace veinte años, se desprende la tremenda situación en la que vivían, sin que haya llegado la acción efectiva del Estado, sino hasta hace poco tiempo, en que ya se avisora el adelanto de las tribus que se van acercando a una civilización más conforme con las normas fundamentales de la cultura.

Su lectura posee un atractivo inusitado por su amenidad y belleza, al pintar el paisaje selvático en su cruda verdad y al descubrir usos, costumbres, creencias, con una serena y poderosa naturalidad, que nos hace conocer e intuir esa gran filosofía ignorada de nuestras tribus, en la conjunción maravillosa de la fascinadora naturaleza y verdad de seguir muriendo, lentamente, en la incuria humana.

En este relato se conoce, paso a paso, los sacrificios y abnegación que se ven obligados a soportar las Fuerzas Armadas, Misioneros y colonos, sea por sus ideales de servicio a la Patria, su misión evangelizadora o sus anhelos de recuperación económica.

Taisha, Cangaime, Macuma, Huasaga, Pumpuentsa, Wichimi, Panki y más, desfilan en cuadros de inmensidad verde- oscura, en cielos azules, en playas de sombra, hacia las cuales se inclina la naturaleza, como un viaje de olas estremecientes. Los ríos, oscuros y taciturnos, se deslizan bajo el rumor de grandes árboles, cantando una especie de canción a la ausencia y al olvido. En lento crescendo, la selva cubre, como una nube de pétalos nocturnales el horizonte diáfano de esa policromía taciturna.

Todo el relato es una vibración luminosa, como una melancolía de égloga que se extiende sobre el paisaje mudo e inmenso, en medio del carisma afrodisíaco de miles de aves que trinan en la nostalgia de las madrugadas, de los atardeceres y de los anocheceres.

Por fín, hay una inquietud dolorosa y lacerante, en donde una multitud de pensamientos quisieran encontrar la redención, para esas tremendas desolaciones espirituales y materiales que se bifurcan en el espacio dantesco de querer morir y seguir viviendo, ya que la promiscuidad, el panteismo, la poligamia y la falta de asistencia sanitaria, iban terminando con esa tribu que permanecía en primitivos menesteres humanos y concienciales.

GRAL. DE DIV. GRIBALDO A. MIÑO TAPIA

PRESENTACION

Tenemos el deber ineludible de rescatar los valores culturales de toda América Indígena. Para ello es de fundamental importancia, entre otras cosas, documentar vida, costumbre y folklore de los pueblos que forman las raíces de nuestro pasado histórico.

Conocerlos, amarlos, sentirlos como propios, servirá de mucho para conservar lo que aún queda de ellos, para su integración de una manera justa y humana, respetándolos y aceptándolos tal cual son.

Los achuar constituyen un exponente claro y rico, de la indómita comunidad selvícola de la Amazonía. Fueron durante siglos, los dueños y señores absolutos de su mundo, conocidos como Jíbaros.

Al vivir casi aislados de otras culturas, pudieron conservar intactos, hasta hace muy poco tiempo, sus modos de vida.

A través del relato de Osvaldo Laurini, lleno de frescura y espontaneidad, podemos apreciar, con lujo de detalles, la existencia de estos seres maravillosos, tan diferentes por cierto, a los de nuestra civilización.

Lo que nació como un viaje de aventuras, se convierte a través de este libro, en un importante documento de carácter histórico y etnográfico.

La lectura de sus páginas, poseen el encanto que solo puede otorgar una vivencia real y objetiva.

Nos ayuda a comprender hechos, situaciones y sobre todo, formas de vida condicionadas por la dura realidad geográfica, clima y ancestrales creencias.

Así, * "Cada integrante del clan familiar tiene asignado su rol del que es difícil escapar. El jefe de la familia es ciegamente obedecido por sus muje-

res. Hasta la maternidad es una forma de servidumbre incondicional. Los hijos reciben desde la infancia, una educación que marca su destino y asegura su supervivencia.

El hijo varón es preparado para la caza, la guerra y el mando.
La niña, en cambio, educada para servir al hombre.

Desde la gestación, las espectativas del que nacerá, están dirigidas al varón. En el padre, por el orgullo de ver aumentada su jerarquía (proporcional al número de hijos varones) y su seguridad en tiempos de guerra; ellos serán sus aliados. El padre los instruirá en los secretos de la selva y el modo de sobrevivir en ella.

Cuando llegue a los dieciocho o veinte años, será el momento de su independencia. Formará su hogar, siguiendo ritos sociales, tal como lo aprendió de sus antepasados.

La poligamia tiene un valor social y político y poco sexual, que propicia la subsistencia del clan familiar.

Los brujos o ''Uwishin'' gobiernan, en cierto modo, a estos pueblos a través de su religión profundamente naturalista''.

La compenetración entre medio-ambiente y hombres, alcanza rasgos intensos, de una simbiosis total.

En la actualidad, la situación ha cambiado vertiginosamente, por las múltiples presiones, muertes de algunos personajes, etc.

Según información proporcionada por el Padre Bolla, Pininkias murió en 1976, también su hijo Pítiur o Pitro (ambos por enfermedad); Taisha falleció ya, muy mayor; murieron asimismo Pinchu (Pinkio) y Kawárim. Jimpíkti es ahora brujo.

Entre las últimas muertes violentas se encuentra la de Caserp' (que adoptó el nombre de Jusé), en 1973. El se había casado con una hija del famoso kashintiu. Este participó en la matanza del brujo Masúrashi, ejecutada por uno de sus hijos y un yerno, en 1975.

Kashintiu, el más viejo achuar, vivió después de ese hecho, sus postreros años, rodeado de su clan familiar en Ipiák, más allá del Río Huasaga. Allí falleció de muerte natural, en 1978.

En 1964, se había fundado la Federación de Centros Shuaras, que extendió su influencia rápidamente hacia los achuaras, con sus escuelas radiofónicas bilingües y cooperativas de comercio.

Este último hecho hace que los nativos cortaran su dependencia económica con los comerciantes peruanos. Han cambiado el sistema de trueque, por el uso de dinero.

La introducción de la crianza y comercialización de ganado bovino, en tiempos muy recientes, ha transformado sus modos de vida.

Actualmente existen doce Centros Achuar, entre ellos cerca de Jimpíkti en el Panki; de Samíruk y Chayáti, en Pumpuints; de Tiwi en Patúkmai y de Múkuink (actual jefe achuar) en el Wichimi. Taisha es ahora una Base Militar importante; los colonos llegados han formado un pueblo.

En la Misión ya no hay internado, como describe Laurini, sino es solo la base de la comunidad misionera y Dispensario - Hospital.

En toda esa zona se ha talado la selva y los pastizales han reemplazado la bella floresta, que nos describe en el libro.

La ganadería y crianza de aves de corral, se ha incrementado por doquier.

Se comienzan a trazar carreteros; hay pistas de aterrizaje en muchos lugares y campamentos militares hasta cerca de la frontera con Perú.

Se está explorando en busca de petróleo en el Pastaza, donde eran los dominios de los achuaras.

Según el Padre Bolla: "El problema es muy complejo porque el Estado obliga a los nativos a tener varias zonas desboscadas para pasto, si es que ellos quieren tener derecho a su tierra."

La presión por parte de sus hermanos de raza los shuaras culturizados y

los colonos, es muy grande; van dejando sus valores y costumbres ancestrales.

El Padre Luis Casiraghi, muy anciano, ya retirado, habita en la Misión de Santiago.

Pedro Juanka se dedica a la ganadería, cerca de la Misión de Taisha.

El Padre Bolla, desde 1974, usa el itipi y demás adornos achuaras, en los cultos religiosos, en lugar de los atuendos tradicionales de la iglesia católica. Adoptó el nombre de "Yankuam'"que quiere decir "Estrella del amanecer". Así lo llaman los indígenas.

Su casa es la típica achuar; no tiene iglesia ni misión, sino que se traslada continuamente, participando en forma activa de la vida de estos indígenas.

Quiere de este modo influenciarlos para salvar su cultura nativa, cuando muchos de ellos tratan de imitar el vestido y adoptar las costumbres y usos de los colonos.

Este proceso de culturización, ha sido tan rápido, que da mayor valor documental a esta obra de Osvaldo Laurini. Es un libro de carácter antropológico, sin que su autor se lo haya propuesto como fin, en profundidad.

Más bien ha mantenido un relato, tal como transcurrieron esos días en 1963, que hoy pone a nuestra disposición.

MIRTA RAIMONDO

Quito, mayo de 1982

* Tomado de "Reportajes Latinoamericanos". AMEUROPRESS, por OSVALDO LAURINI

DISPENSARIO MEDICO
MISION SALESIANA SEVILLA DON BOSCO
MORONA-SANTIAGO ECUADOR

Taisha 8/8/79

Muy querido Sr. Osvaldo: El P. Domingo me habló de usted. Estoy aquí de paso, ya que resido en la zona achuar desde septiembre de 1971, y en Wichim' tendría teóricamente la residencia. De hecho sólo visito los grupos, y participo de lo incierto de esos pueblos de selva maravillosos, que no sabemos qué será de ellos después de unos años. Hasta ahora tienen todos sus territorios, a pesar de la presión shuar sobre ellos y más luego de los colonos. Es difícil explicar todo eso.

Trataré leer su estudio y observar algo que no me parezca exacto. Le saludo con mucho cariño, esperando eso sirva para la causa de los hombres de selva en todas partes atropellados. Aquí no lo son como por su organización, reconocida por el Estado, pero los achuar recientemente están en aumento numérico, y les llegarán los terrenos en proporción al número...

El Señor le acompañe, a usted y a toda su familia.

Muy at. te

P. Yankuam' Luis Bolla

Gracias por las fotos. Si tiene otras de los achuar, me gustaría dárselas a los mismos. Les gusta mucho, y para los archivos de la Misión.

Publico esta carta del Padre Bolla, porqué constituye un documento de alguien que ha sacrificado gran parte de su vida, en forma ejemplar y silenciosa, por su fe en salvar la cultura achuar.

He cambiado, en muchos casos, la terminología que había empleado en mis originales, respetando las indicaciones del Padre Bolla y las denominaciones señaladas en la colección ''Mundo Shuar''.

En otros casos preferí, usar términos, tal como los capté, de los sonidos que los achuaras empleaban, en los momentos de tomar mis apuntes.

Taisha 8/8/79

Muy querido señor Osvaldo:

El P. Domingo me habló de usted. Estoy aquí de paso, ya que resido en la zona achuar desde septiembre de 1971, y en Wichimi tendría teóricamente la residencia. De hecho solo visito los grupos, y participo, de los incierto de esos pueblos de selva maravillosos, que no sabemos que será de ellos después de unos años.

Hasta ahora tienen todos sus territorios, a pesar de la presión shuar sobre ellos y más luego de los colonos.

Es difícil explicar todo eso.

Traté leer su estudio y observar algo que no me pareció exacto.

Le saludo con mucho cariño, esperando eso sirva para la causa de los hombres de la selva, en todas partes atropellados.

Aquí no lo son aún por su organización, reconocida por el Estado, pero los achuar recientemente están en aumento numérico y las leyes dan los terrenos en proporción al número...

El Señor le acompañe, a Usted y a toda su familia.

Muy atte.

P. Yankuam' Luis Bolla

Gracias por las fotos. Si tiene otras de los achuar, me gustaría dárselas a los dueños. Les gusta mucho y para los archivos de la Misión.

Los adornos y objetos de las fotos a color, pertenecen a la Colección del autor.

Las fotografías en blanco y negro no tienen gran calidad artística, pero sí, un valor documental.

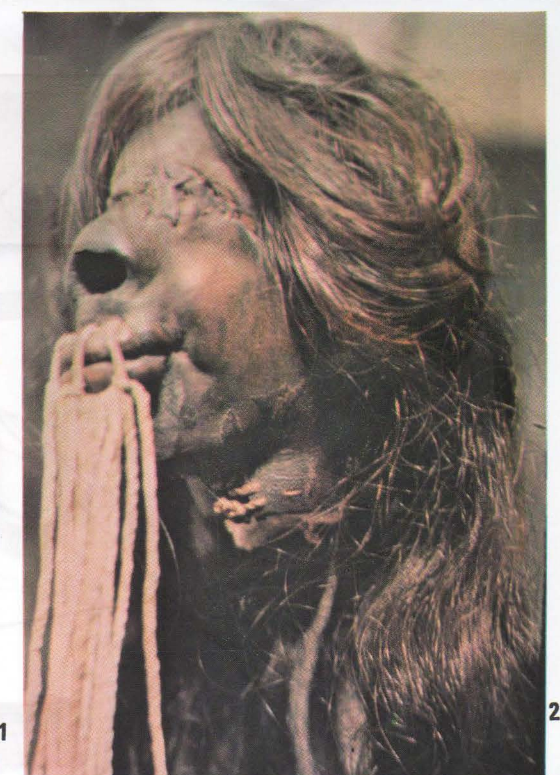
Fueron obtenidas con una sencilla cámara de instantáneas de lente fijo, fabricada en Argentina.

1–2–3–4– Cabezas reducidas por Shuaras, que integran el Museo Etnográfico de Buenos Aires.

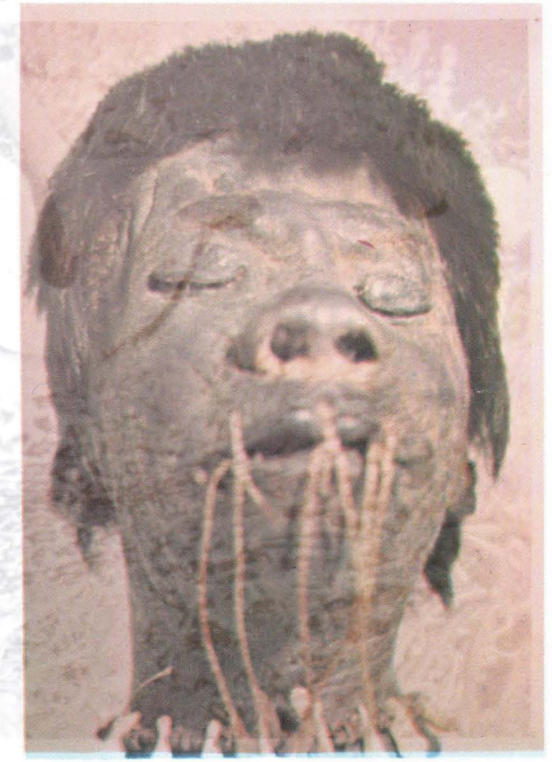
5 – "Tunta", para transportar dardos "Tsentsak" envenenados, que usan para cazar con cerbatanas "Umi". Peinillas "Temashi".

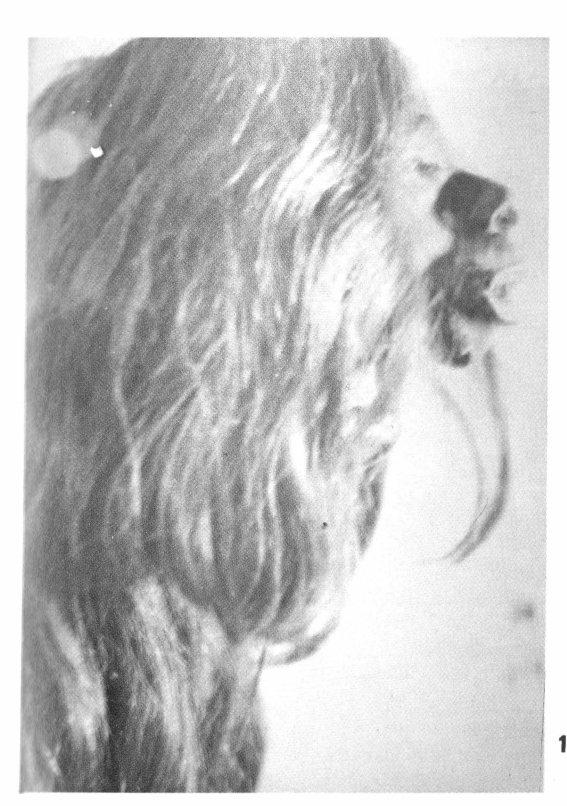
6 – "Tuntui", tambor para enviar mensajes a grandes distancias; piel de tigrillo.


1

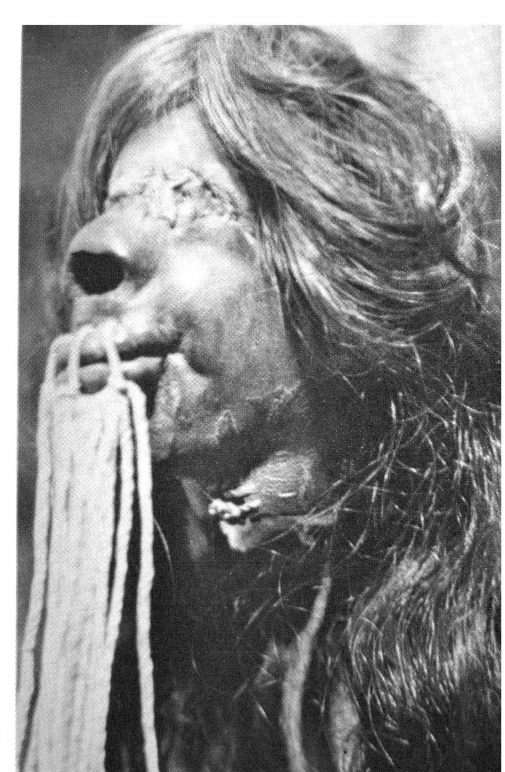

2

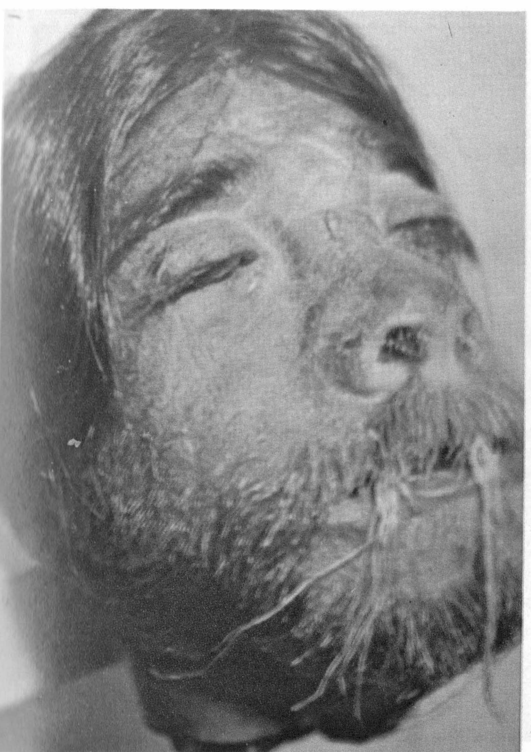

3


4

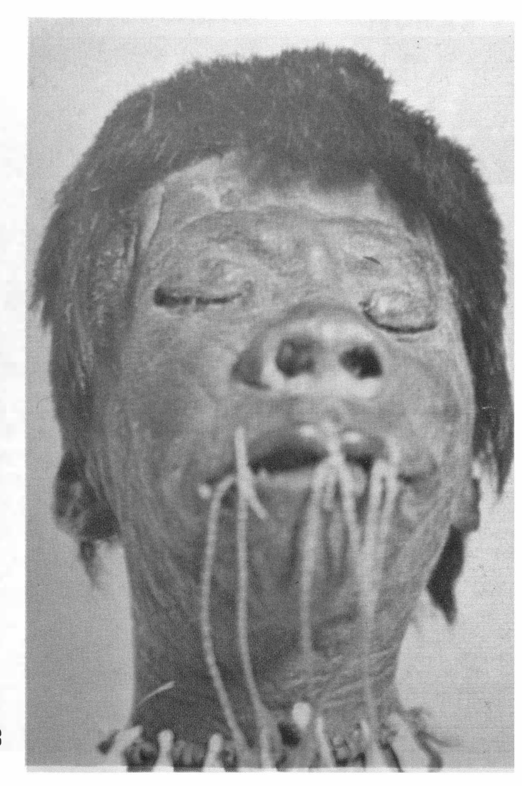


1



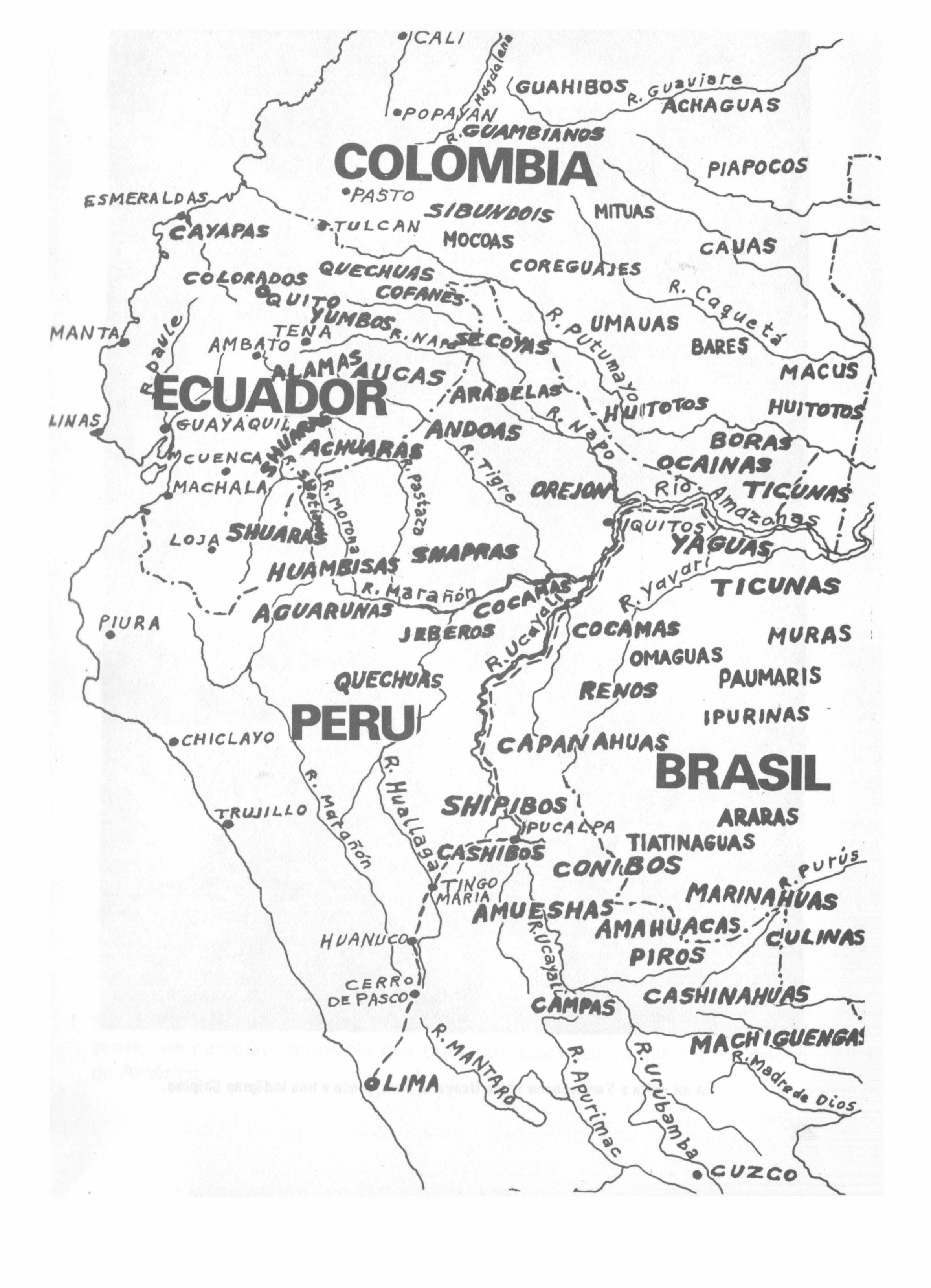


3

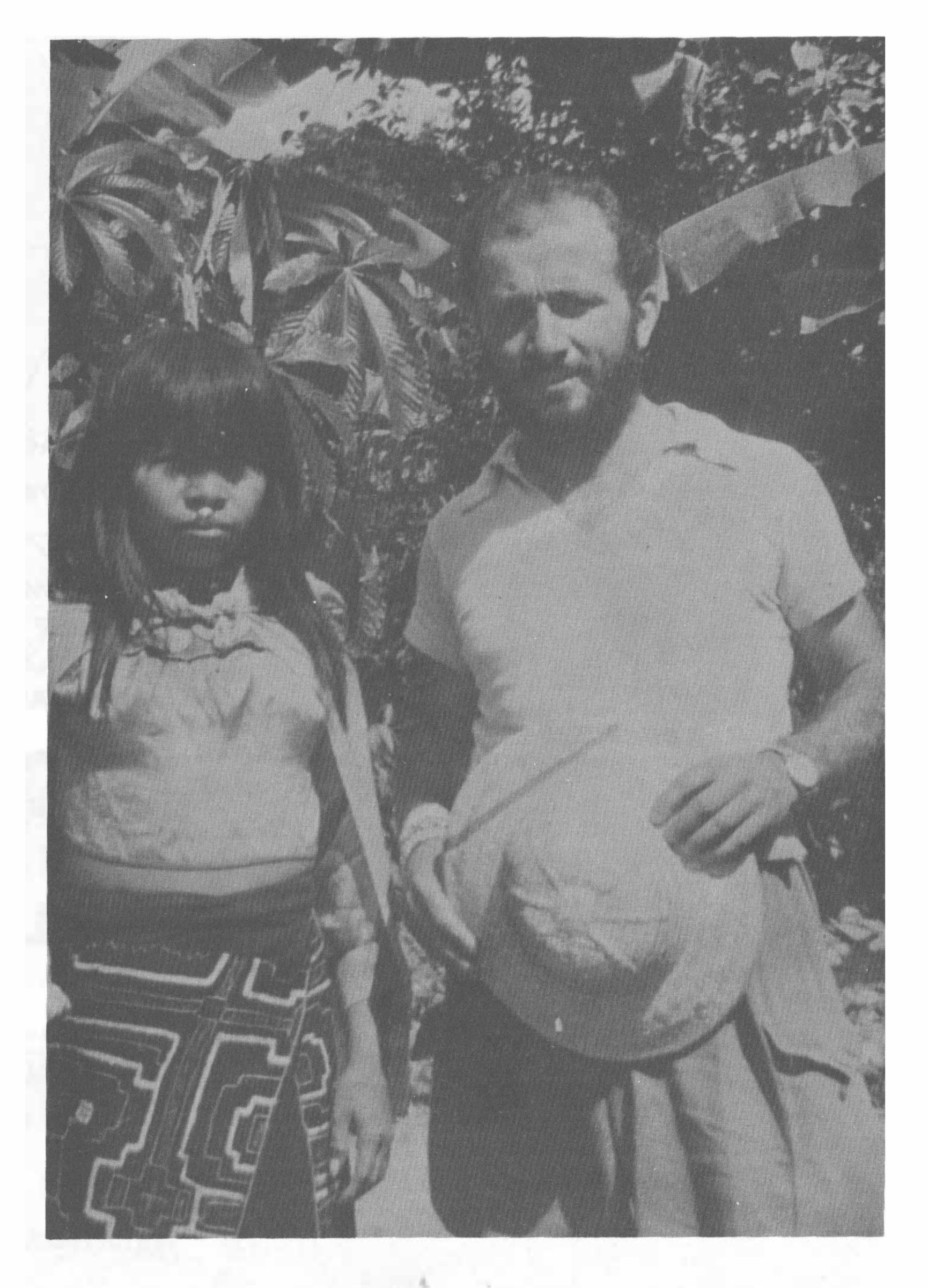


5

5



CALI
R. Magdalena
GUAHIBOS
R. Guaviare
ACHAGUAS
POPAYAN
R. GUAMBIANOS
COLOMBIA
PIAPOCOS
ESMERALDAS
PASTO
SIBUNDOIS
MITUAS
CAYAPAS
TULCAN
MOCOAS
CAUAS
QUECHUAS
COREGUAJES
COLORADOS
COFANES
R. Caquetá
QUITO
R. Putumayo
UMAUAS
YUMBOS
MANTA
TENA
R. Napo
SECOYAS
BARES
R. Daule
AMBATO
ALAMAS
AUCAS
MACUS
ECUADOR
ARABELAS
HUITOTOS
HUITOTOS
LINAS
GUAYAQUIL
SHUARAS
R. Napo
ANDOAS
BORAS
ACHUARAS
CUENCA
OCAINAS
MACHALA
R. Pastaza
R. Tigre
TICUNAS
R. Morona
OREJON
Río Amazonas
IQUITOS
LOJA
SHUARAS
YAGUAS
SHAPRAS
HUAMBISAS
R. Yavarí
TICUNAS
R. Marañón
COCAMAS
AGUARUNAS
PIURA
JEBEROS
COCAMAS
MURAS
R. Ucayali
OMAGUAS
PAUMARIS
QUECHUAS
RENOS
IPURINAS
PERU
CHICLAYO
CAPANAHUAS
BRASIL
R. Marañón
R. Huallaga
SHIPIBOS
ARARAS
TRUJILLO
PUCALPA
TIATINAGUAS
CASHIBOS
R. Purús
CONIBOS
TINGO MARIA
MARINAHUAS
AMUESHAS
AMAHUACAS
CULINAS
HUANUCO
R. Ucayali
PIROS
CERRO DE PASCO
CASHINAHUAS
CAMPAS
MACHIGUENGAS
R. Apurimac
R. Urubamba
R. MANTARO
R. Madre de Dios
LIMA
CUZCO



En mi visita a Yarinacocha (Alto Ucayali), Perú, junto a una indígena Shipibo.

Mi curiosidad por las formas de vida de los indígenas, había ido en aumento a medida que recorría la Cordillera de los Andes, comenzando por el N.O. Argentino, y siguiendo con extraordinarias experiencias por Bolivia, Perú y Ecuador. Estos países habían comprendido mis viajes de estudiante recién graduado, en busca de aventuras y de mundo.

Nunca pensé al salir de Argentina, que habría de realizar semejante travesía a la selva. Mis intereses estaban orientados hacia la faz artística y cultural; sin embargo los avatares de los viajes me arrojaron en los brazos de la selva fascinante.

Esta me deslumbró, abriéndome sus puertas hacia la Amazonía, a través de los "Yungas" de Bolivia y por el "Boquerón del Padre Abad", un formidable tajo de la cordillera de Perú, recién descubierto en 1936.

Había visitado a los indios "Cashibos" y '"Shipibos". Navegando por los Ríos Ucayali y Amazonas, llegué a los "Campas" y "Yaguas". Tantas cosas inimaginables en mi mentalidad de estudiante argentino de ciudad europeizada, fueron formando en mí, la idea de realizar una investigación, sobre culturas indígenas más primitivas de la selva .

La cordillera había resultado para mí, una maravillosa vivencia: su paisaje, su folklore y los tesoros arqueológicos que había conocido, junto a su gente, me parecían imposible que pudieran superarse en algún otro rincón de América.

1

2

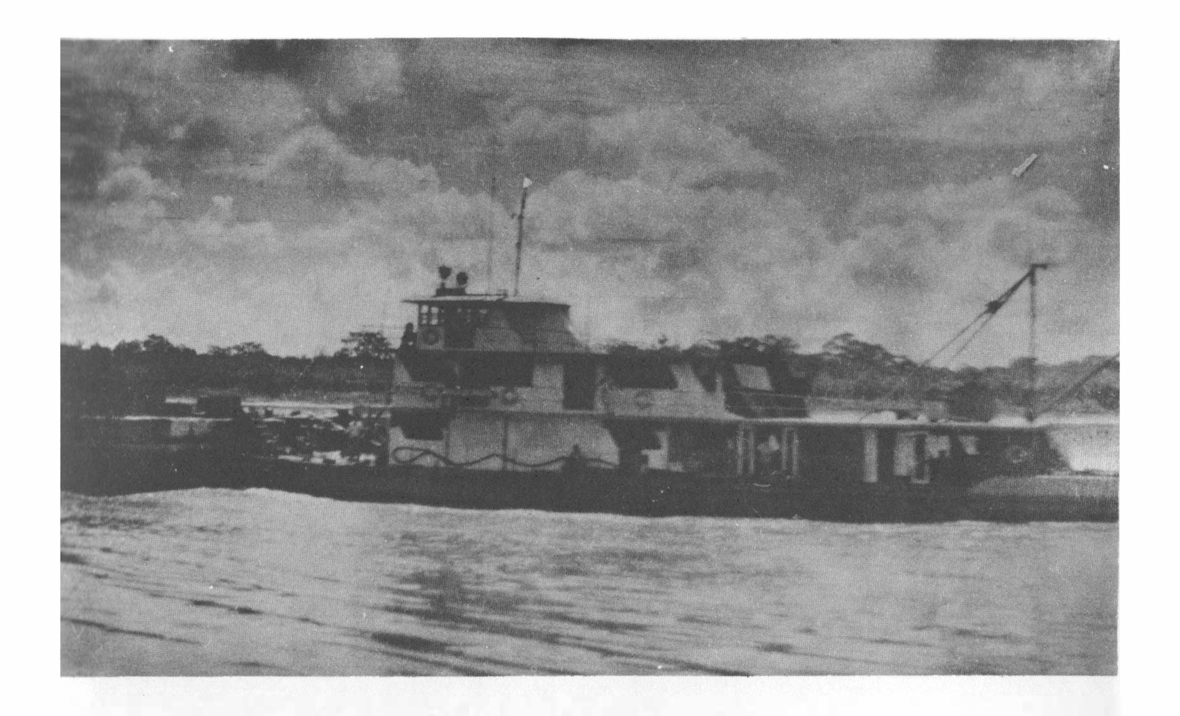


3

1– Shipibas, autoras de las cerámicas más finas de la selva peruana, de las cuales tengo dos en mis manos. Usan adornos de plata, muy bellos. Tienen como costumbre alargar la cabeza de los niños. Al fondo, casa muy alta sin paredes.

2– Indios Yaguas del Río Amazonas; sus vestimentas y adornos son de fibras de palmera.

3– Yagua apuntando con su cerbatana. Atrás, secándose al sol, fibras de palmera con la cual se visten.



Remolcador "Reina del Amazonas" que empujaba cuatro grandes tanques de petróleo, en 1962 desde el Alto Ucayali al Amazonas. En ese año se extrajeron en la selva más de ochocientos mil barriles. La exploración de la selva peruana, comenzó en 1923, por los norteamericanos.
En 1938, se formó la compañía "Ganzo Azul", subsidiaria de la Standard Oil de California y comenzó a explotar el primer pozo. Tomó mayor desarrollo desde 1952.
En la misma forma y de igual altura sobre el nivel del mar (200 metros), se podría bajar a Brasil, desde la unión del Aguarico con el Napo.
Esta salida de Ecuador, para sus exportaciones a países del Atlántico, a través del Napo–Amazonas, sería más favorable aún, que la desembocadura del Pastaza en el Marañón.

Sin embargo, la selva y sus habitantes me brindaron la oportunidad de descubrir una forma de vida totalmente diferente que me subyugó.

En Yarinacocha, Centro Lingüístico de la Amazonía Peruana, me informé sobre la cantidad de grupos indígenas que habitan la cuenca del río más importante del mundo. Solo en la selva de ese país, se hablan más de 20 idiomas y habitan seres con costumbres exóticas diversas.

En mi país, había tenido referencia de los "Jíbaros", de quienes tenía formada una idea bastante difusa. Se los describía como salvajes asesinos y reducidores de cabezas que habitaban en los más recónditos lugares de la espesura selvícola y totalmente reacios al avance de la acción evangelizadora de los misioneros o civilizantes de los gobiernos de sus países.

Mi intención era llegar hasta los últimos vestigios de primitivismo que pudiera hallarse en el extenso "País de los Jíbaros" (Ubicado en la selva de Perú y Ecuador).

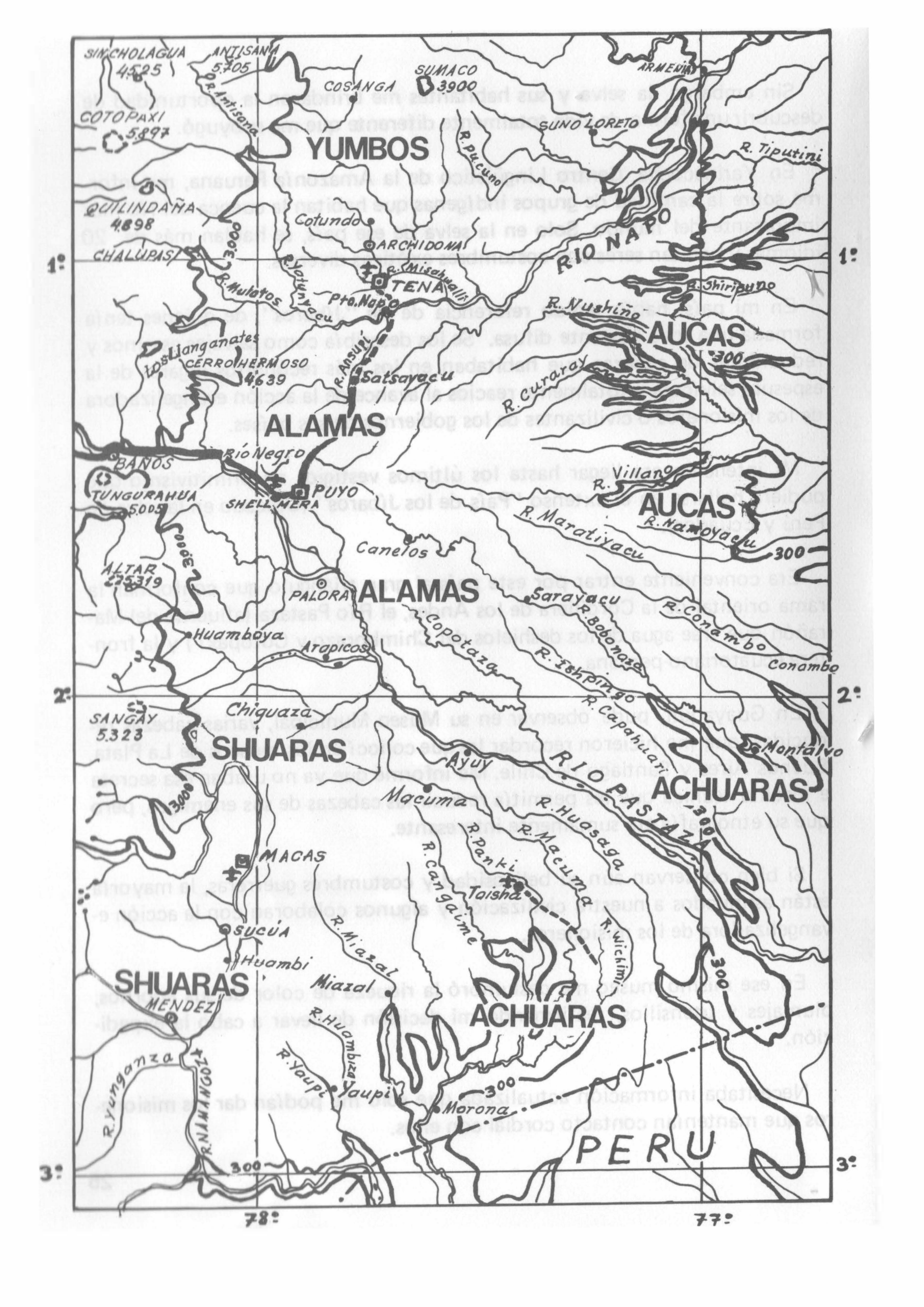
Era conveniente entrar por este país al gran triángulo que conforman la rama oriental de la Cordillera de los Andes, el Río Pastaza (afluente del Marañón que trae agua de los deshielos del Chimborazo y Cotopaxi) y la frontera ecuatoriano-peruana.

En Guayaquil, pude observar en su Museo Municipal, varias cabezas reducidas, que me hicieron recordar las que conocí en los museos de La Plata, Buenos Aires y Santiago de Chile. Me informé que ya no usaban esa secreta e insólita técnica que les permitía reducir las cabezas de sus enemigos, pero que su etnografía era sumamente interesante.

Si bien conservan aún su belicosidad y costumbres guerreras, la mayoría están asimilados a nuestra civilización y algunos colaboran con la acción evangelizadora de los misioneros.

En ese mismo museo me deslumbró la riqueza de color de sus adornos, plumajes y utensilios, reafirmando mi decisión de llevar a cabo la expedición.

Necesitaba información actualizada que solo me podían dar los misioneros que mantenían contacto cordial con ellos.



SINCHOLAGUA
4525
ANTISANA
5.705
R. Antisana
COSANGA
SUMACO
3900
ARMENIA
COTOPAXI
5.897
SUNO LORETO
R. Tiputini
YUMBOS
R. Pucuno
QUILINDAÑA
4.898
Cotundo
ARCHIDONA
RIO NAPO
CHALUPAS
3000
R. Misahuallí
TENA
R. Shiripuno
R. Mulatos
R. Jatunyacu
Pto. Napo
R. Nushiño
AUCAS
Los Llanganates
CERRO HERMOSO
4.639
R. Ansu
Salsayacu
R. Curaray
300
ALAMAS
Río Negro
BAÑOS
R. Villano
PUYO
TUNGURAHUA
5.005
SHELL MERA
AUCAS
R. Maratiyacu
R. Namoyacu
300
Canelos
ALTAR
5.319
3000
ALAMAS
PALORA
Sarayacu
R. Bobonaza
R. Conambo
Huamboya
Copotaza
Arapicos
R. Ishpingo
Conambo
Chiguaza
R. Capahuari
SANGAY
5.323
SHUARAS
Ayuy
RIO PASTAZA
Montalvo
ACHUARAS
Macuma
R. Huasaga
3000
MACAS
R. Panki
R. Macuma
R. Cangaime
Taisha
R. Wichimi
SUCUA
R. Miazal
Huambi
Miazal
SHUARAS
MENDEZ
ACHUARAS
R. Huambiza
R. Yunganza
R. Namangoza
R. Yaupi
Yaupi
Morona
300
PERU
300
1°
2°
3°
78°
77°

Con ese fin me trasladé a las ciudades de Loja y Cuenca, ubicadas en los valles cordilleranos de Ecuador, ya que desde allí podría ingresar a la selva.

Llegué a la conclusión, que los Jíbaros "shuaras", que habitan al pie de la Cordillera, estaban semi civilizados y que para llegar a los indígenas más primitivos, debía ir hasta los "Achuaras", próximos a la frontera con Perú.

Tendría que penetrar por Ambato, en el centro de Ecuador. En Cuenca visité el Museo del sacerdote italiano Carlos Crespi. Este patriarca de los misioneros había filmado en 1925 las primeras películas documentales sobre los "Kívaros", como él los llamaba. El film fue presentado en Roma y en los Estados Unidos, destinando lo recaudado a construir escuelas e iglesias.

En Ambato y Quito, completé la información necesaria para no fracasar en el trato con estos indígenas, lo que no es nada fácil; recolecté los regalos necesarios y me equipé con todas aquellas cosas que podían servirme durante la expedición.

La tarea de completar el bagaje imprescindible, ya fue para mí toda una aventura, puesto que mis recursos económicos de trotamundos, eran escasos.

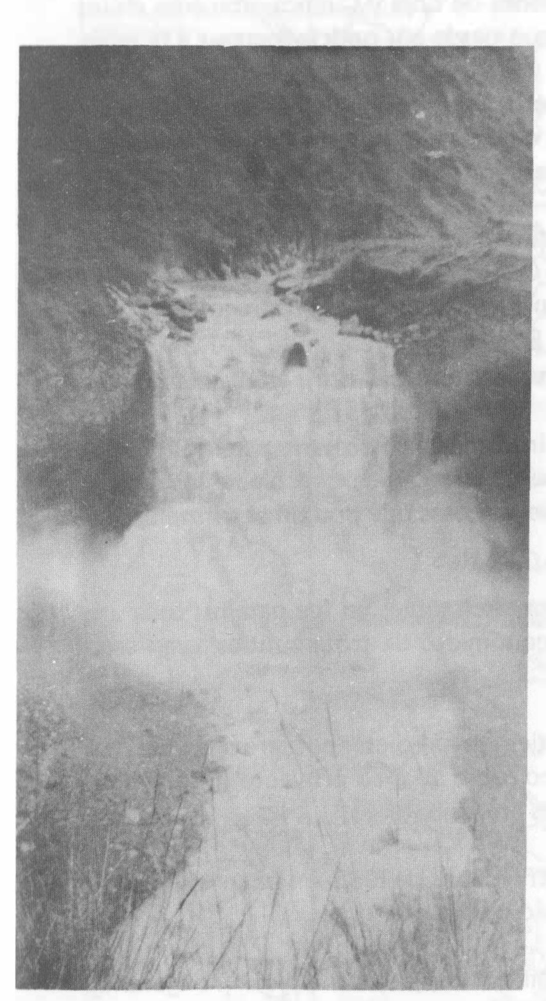
Para ello tuve que dedicar mucho tiempo en dictar conferencias, realizar exposiciones y crear un carro alegórico sobre un gran proyecto (Pisayambo) para la Fiesta de las Frutas y las Flores en Ambato.

Por fin llegó el gran momento. Partí en abril de 1963, en buen estado físico como para aguantar el fuerte cambio climático.

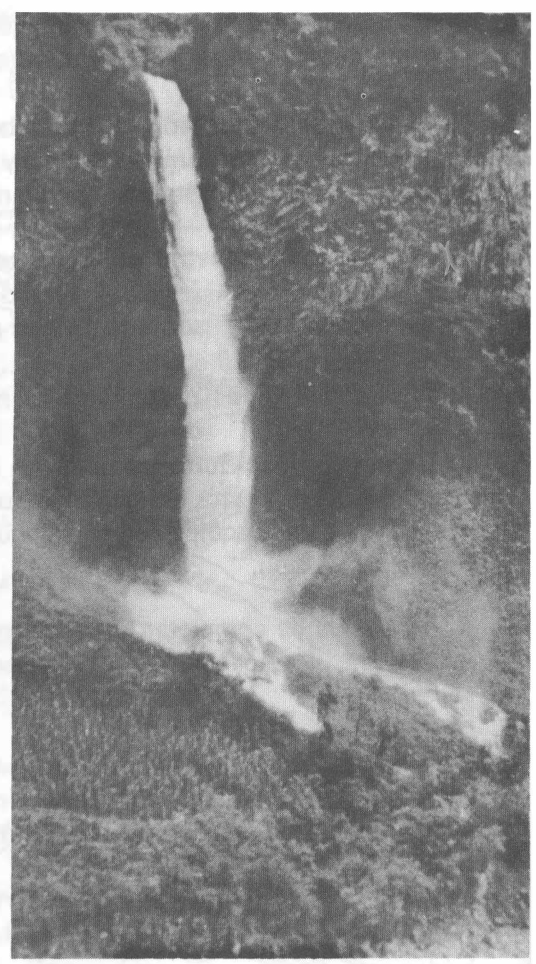
Dejé atrás los hermosos valles cordilleranos, junto al Volcán Tungurahua de más de 5000 metros de altura y me bañé en sus ricas aguas termales.

Pasé por el gran tajo que hace el Río Pastaza, en profundos precipicios tallados en la masa rocosa, a lo largo de miles de años, y junto al portentoso salto de Agoyán, donde me asomé al verdor de la selva aún subtropical, orlada de orquideas silvestres.

El descenso continuó por el largo, sinuoso y angosto camino, hasta llegar a Shell Mera. Allí en plena selva tropical, las lluvias eran muy intensas y el



1

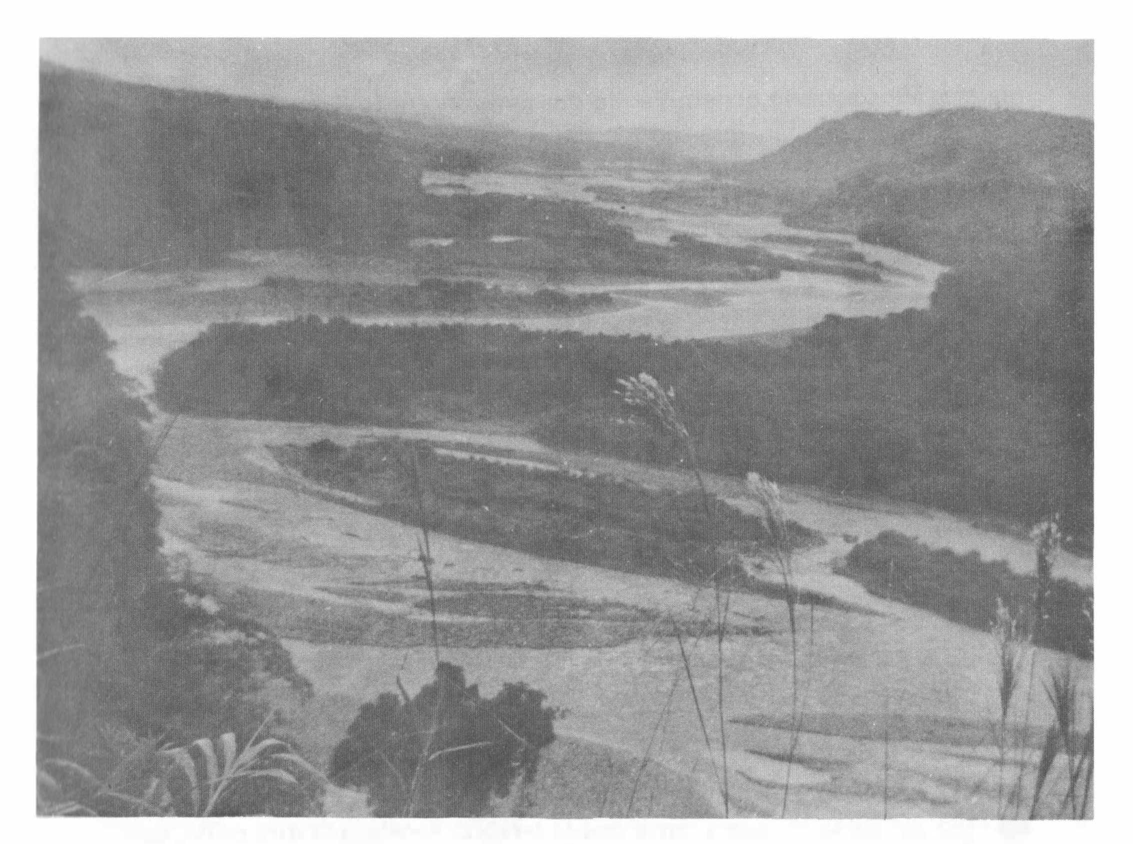


2

1– El Río Pastaza corta la Cordillera Oriental, cerca del Volcán Tungurahua, en el Salto Agoyán.

2– Una de las muchas cascadas que se vuelcan en el Pastaza, aumentando su caudal.

3– El Río Pastaza aumenta su cauce a medida que penetra en la selva.



3

caudaloso Pastaza había recibido agua de numerosos afluentes.

Comencé mi entrenamiento de marcha en el tórrido clima.

Estaba a 1000 metros sobre el nivel del mar, en una base militar, donde se levanta la pista aérea que comunica toda la jungla ecuatoriana.

Mi objetivo era Taisha, en ese entonces, la pista de aterrizaje más próxima a la frontera, donde existía una pequeña base militar.

Dicha pista había sido construída por la empresa petrolera Shell, en tiempos de la segunda guerra mundial, después abandonada, la estaban rehaciendo los militares.

A pocos kilómetros de esta base se levantaba una misión, que desde ha-

cía tres años estaban construyendo dos misioneros italianos. La misión de Taisha, sería clave para que todos esos primitivos shuaras y achuaras pasaran a la vida que nosotros llamamos civilizada, dejando de lado sus contínuas guerras, sus costumbres ancestrales y su modo de vivir, dispersos en la inmensidad de la selva.

Para llegar a ese apartado lugar, el único medio de transporte era el avión Dado que había solo dos vuelos mensuales, aproveché mi estadía en Shell Mera, para realizar mi entrenamiento para las duras marchas que me tocaría afrontar.

Decidí primero ir hasta el Río Pastaza, por un sendero entre tupida vegetación. En el camino me uní a unos campesinos lugareños, un mestizo y dos indios alamas; iban hacia la tarabita que se usaba para cruzar el río. Este es muy correntoso y forma algunas islas.

La tarabita era un rudimentario vehículo, formado por unos tablones, con un armazón de hierro, suspendido por dos poleas de un cable de acero, que unía ambas barrancas. Sobre ella podían viajar hasta tres personas.

En el primer tramo, descendía por su propio peso tomando vertiginosa marcha, luego no había que dejarle perder impulso; el más hábil tiraba con agilidad del cable de acero hasta que la tarabita llegaba a la otra orilla, quedando amarrada.

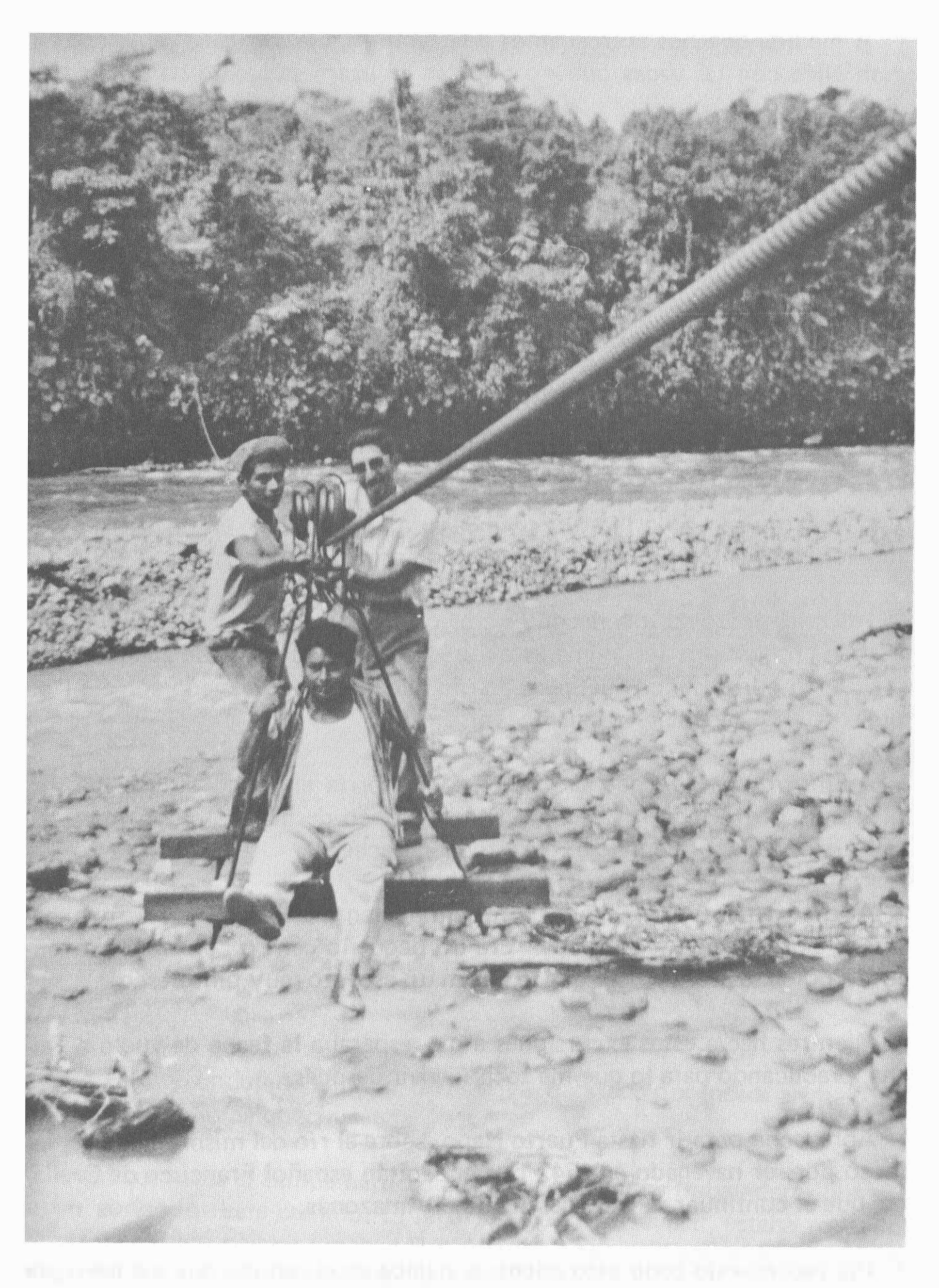
Continuamos la marcha por un sendero, cruzando otro río de menor caudal, sobre un lecho de cantos rodados, con el agua hasta la rodilla.

El calor era muy intenso y yo transpiraba mucho. De pronto oscureció y comenzó a caer una copiosa lluvia.

Cuando se producen las precipitaciones pluviales en la selva, nunca se sabe si durarán pocas horas o varios días.

Mis ocasionales acompañantes cortaron con machetes algunas ramas y con hojas gigantescas, hicieron un refugio en pocos instantes.

Ellos se dirigían en busca de algunas vacas de su propiedad que pastaban en un claro cercano. Cuando cesó el aguacero, abandonamos el refugio, encontrando el ganado a poco de andar y arreándolo emprendimos el regreso.



Para cruzar el torrentoso Pastaza, se utilizaba la tarabita, suspendida de un cable de acero.

A medida que nos acercábamos a la tarabita, me intrigaba saber qué harían ellos con las vacas que no podrían utilizar ese medio de transporte.

Desde el barranco observamos como la lluvia reciente, había hecho crecer el río y atronando el ambiente, su torrente arrastraba árboles, raíces, troncos y piedras de todo tamaño. Era un espectáculo imponente y arrollador, al que no estaba aún acostumbrado.

Los campesinos buscaron una pendiente por donde obligaron a los animales con palos, piedras y gritos a internarse en el caudaloso río. El terror se reflejaba en los vacunos; por fin lograron iniciar el cruce, luchando desesperadamente con la corriente, que los llevaba dando tumbos. Algunos llegaron a la otra orilla, otros perdieron estabilidad y fueron arrastrados, saliendo más abajo.

Nosotros usamos la tarabita para llegar a la otra orilla, en para mí, un emocionante viaje sobre la rugiente correntada.

Allí me separé de mis recientes amigos. Ellos debían recorrer cientos de metros en busca de los animales que se habían desparramado en el azaroso cruce. No pude menos que comparar lo que había presenciado con el plácido existir del ganado en las pampas argentinas.

Apuré mi paso porque de lo contrario corría el riesgo de que me sorprendiese otro aguacero. Efectivamente, a poco de llegar al poblado, se desató una fuerte tormenta que duró toda la noche.

Al día siguiente fui a Puyo, la más importante población de la zona, habitada por blancos y mestizos. Era un pequeño centro comercial, constituído por casas de madera, que le daban un aspecto muy pintoresco.

Mientras hacía estas excursiones a pie, esperaba la fecha de vuelo a Taisha, practicando para lo que me tocaría vivir después.

Aproveché para ir hasta Puerto Napo, sobre el río del mismo nombre, famoso por ser navegado en 1542 por el capitán español Francisco de Orellana, que al continuar su viaje descubrió el Amazonas.

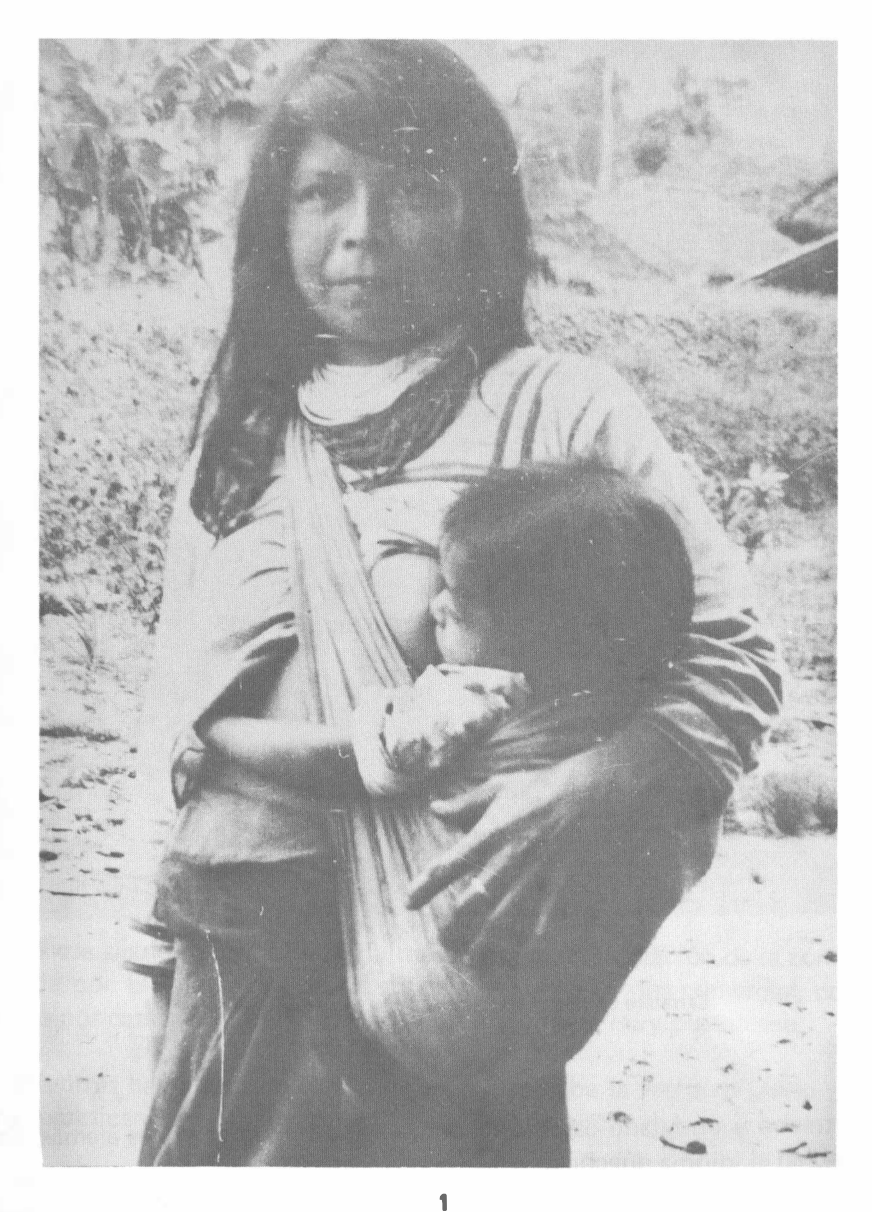
Iba recordando todo esto mientras viajaba en el camión que me llevó por



Carretero en construcción que llegaba hasta Satsayacu en 1962.

un estrecho y ondulado camino de la selva, habitada por indios alamas. Estos hablan el idioma quechua.

Llegamos hasta el campamento donde se alojaban los trabajadores que estaban abriendo este camino. El lugar, llamado Sarsayacu, estaba rodeado de un magnífico paisaje junto al Río Anzu o Ansupí, (Este se origina en las estribaciones al sur de los Llanganates).



1

1– Indígena Alama de Satsayacu. Observese la forma de amamantar al niño.
2– Lugar en el Río Ansupí, donde se embarcaba para navegar hacia el Napo.



2

Desde ahí, teníamos que seguir en la única canoa a motor. Para mí fue una gran experiencia, navegar en los rápidos de la selva.

Conseguí viajar como pasajero con unos nativos que transportaban productos para los colonos e indígenas que habitaban cerca del río.

Partimos a favor de la corriente, río abajo, en medio de un fulgurante verdor. Los conductores eran dos y yo el único pasajero. Fui sentado en la mitad de la canoa, entre las bolsas o costales de productos.

El que iba en la popa, que atendía el motor, era un mestizo, mientras que en la proa iba un indio alama, que era el encargado de "bogar".

Parado en un extremo saliente de la canoa, con gran equilibrio iba atento a todos los inconvenientes que encontraba, midiendo las piedras para evitar

estrellarnos y tocando fondo rápidamente con la vara que empuñaba, para desviar los obstáculos. Ibamos a veces por el centro del río, otras, junto a las barrancas, entre los ramajes de los árboles o por encima de las crestas de las olas, siempre cambiante de los rápidos, evitando las grandes piedras, los árboles caídos y los remolinos, que constantemente jalonaban el río.

El viaje, por momentos se tornaba solemne, por otros, dramático.

En la aparente pasividad de la selva, el popero y el boguero, siempre alertas, ágiles para captar las posibles traiciones del río. Por el permanente peligro de zozobrar, se daban órdenes tajantes, solo monosílabos o señales con la mano, no había tiempo para discutir. El minímo error podía significar el final abrupto del viaje. La fuerte correntada no daba tiempo a nada.

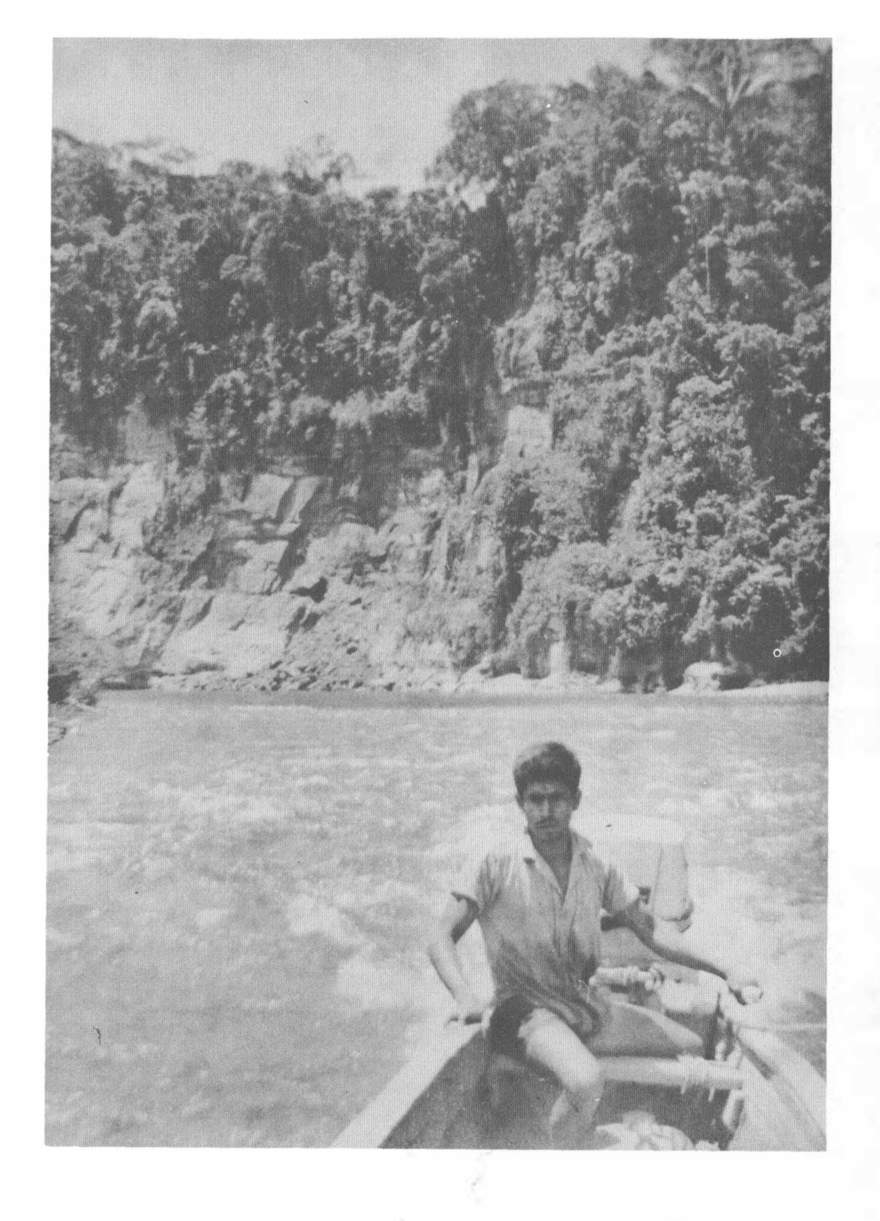
Músculos y sentidos de mis transportadores iban en tensión. Por momentos, tenían actitudes angustiantes, pero su innata habilidad en estas lides les hacían sortear los obstáculos con eficacia.

El popero debía estudiar muy bien los pocos momentos en que podía usar el motor, ya que río abajo el impulsor principal es la fuerza de la corriente.

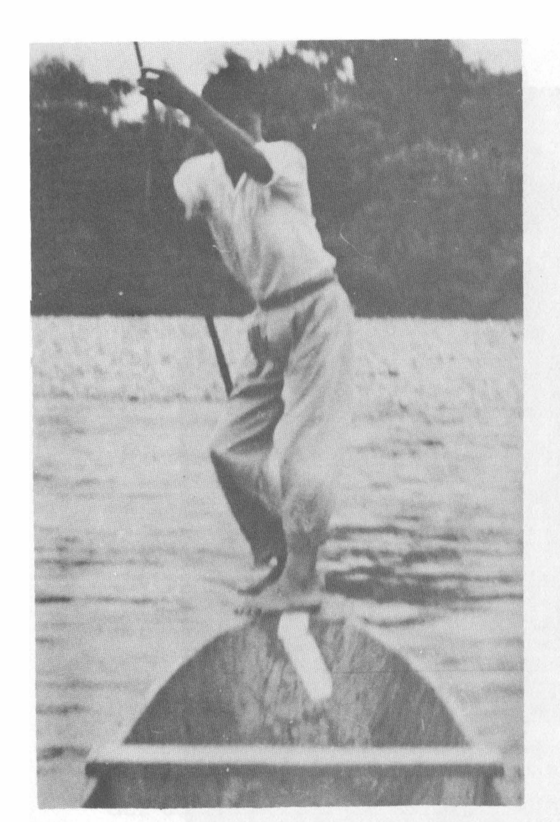
Yo iba sentado en medio de la canoa, las manos aferradas a ambos costados contemplando con avidez el espectáculo que se me ofrecía, admirable en todo sentido. Un sol implacable creaba magníficos tonos de verde, al elevarse sobre la espesura. En ella, los árboles, los helechos, las grandes hojas de distintas especies, mostraban su magnificencia. Bajo mis pies, piso de canoa mediante, un río caudaloso y lleno de ímpetu, que parecía que en cualquier momento daría vuelta a la frágil embarcación.

La canoa es toda una obra de elevada artesanía. Tallada y quemada en tronco entero de Pacchi, un árbol gigantesco, cuya madera es muy durable. Aún niños, los indios aprenden como un juego, a hacer y manejar estas canoas, hasta tomar experiencia para dominar los torrentosos ríos.

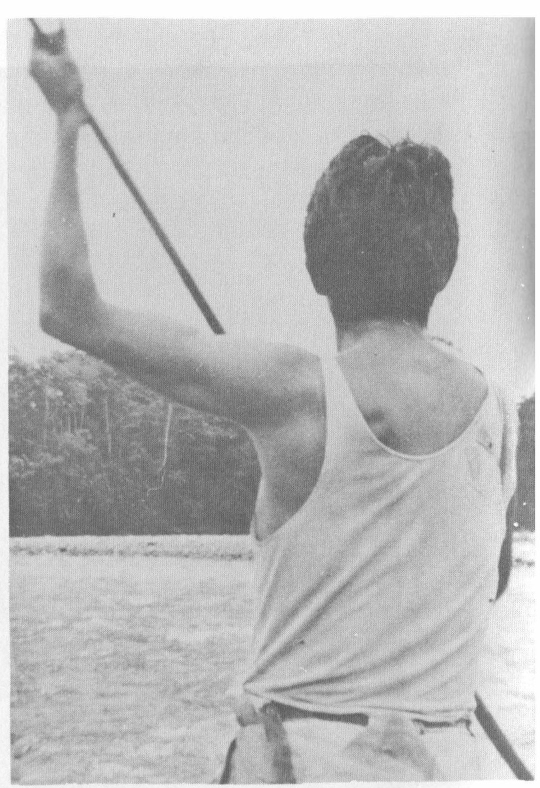
Realizaron distintas paradas, descargando las bolsas que llevaban mis compañeros en la canoa. En una isla nos detuvimos un rato y aproveché para recorrerla. Encontré una choza abandonada, hermosas flores, plantaciones de yuca y plátano. Al volver el indio alama, quien estaba descansando y que algo entendía español, trató de explicarme que la choza era una especie de refugio temporal u ocasional para las correrías de los indios cuando salen



El motorista atento a los rápidos del río. Algunas veces nos acercábamos a barrancas rocosas, en otras navegábamos en aguas cuya transparencia nos permitía ver la belleza de los cantos rodados, a escasos centímetros de profundidad.



1



2



3



4

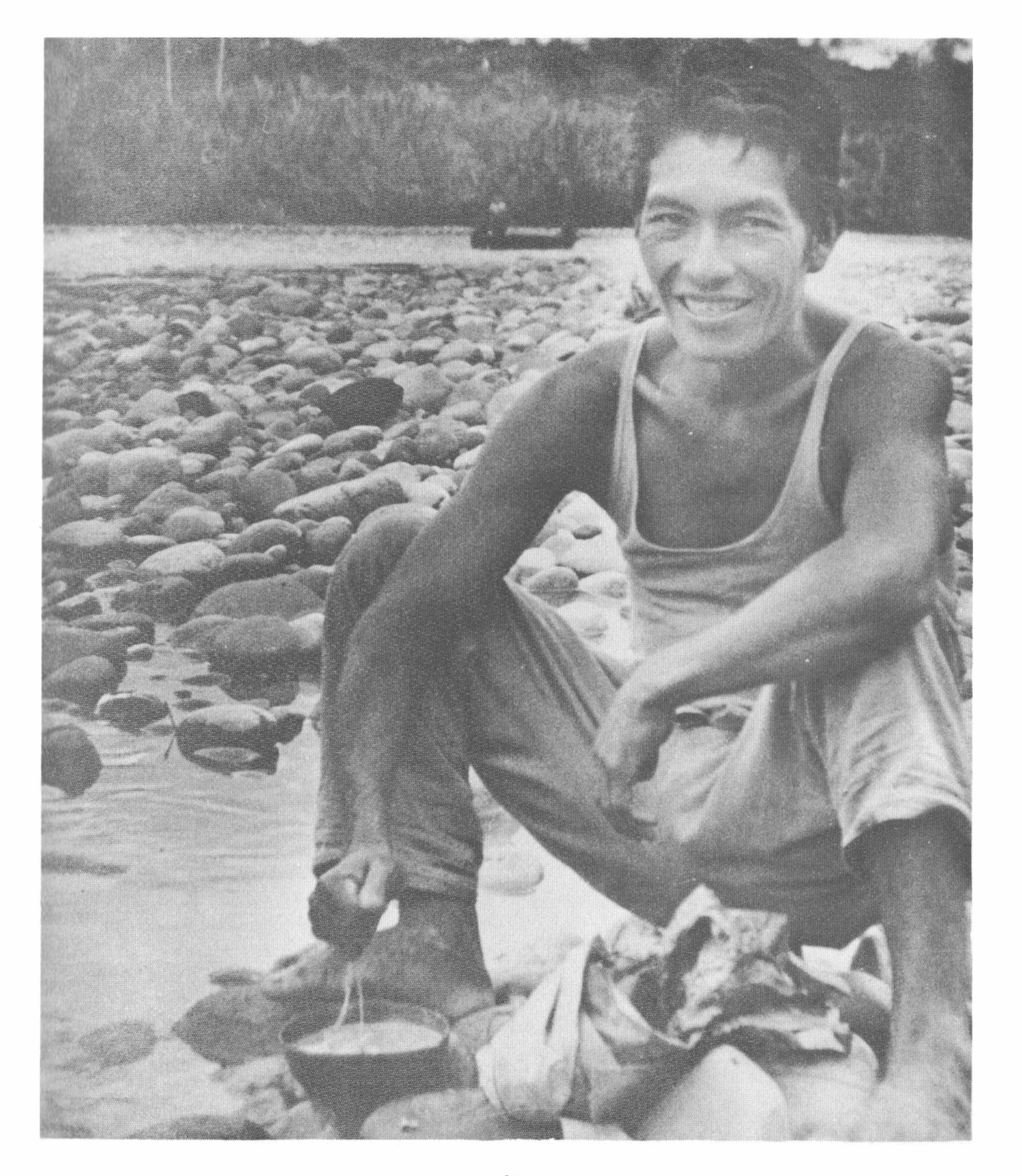
1 y 2– Formas en que el boga conducía la canoa, haciendo equilibrio en el extremo saliente de la popa.

3– En partes de poca profundidad no servía el motor y era necesario empujar la canoa.

4– En una zona difícil nos cruzamos con otra canoa. En ella, los que bogan son dos.

1





3

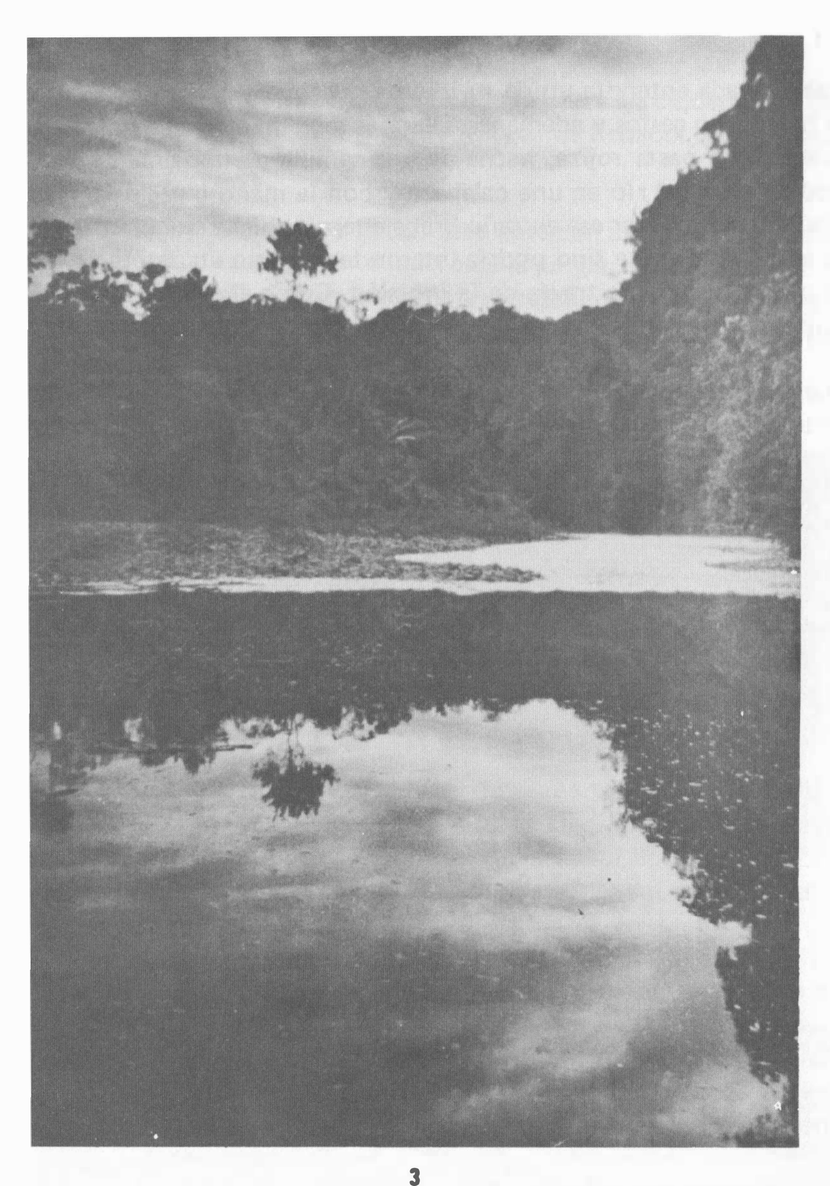
1– Casa que utilizaban los Alamas nómades, en sus viajes de cacería.

2– Familia de indígenas Alamas, en su canoa.

3– Alama preparando chicha de "Chontaruro", en una calabaza, con agua extraída del río. A sus pies, pescado seco envuelto en hojas.

1

2



3

1– El paisaje de la selva se nos brindaba en todo su esplendor.

2– Niños alamas en su canoa, bogando en un pequeño afluente del Napo.

3– Atardecer en el río y la selva.

a cazar. Nada entendía yo de su idioma quechua y casi toda la explicación era hecha con gestos y ademanes. Después sacó un atado de hojas, en el que llevaban una pasta rojiza, hecha de una semilla de la palma de "Chonta". Recogió agua del río en una calabaza y con la mano mezcló la pasta, ofreciéndome para beber ese extraño brebaje: era la chicha de "Chontaruro". Debía aceptarle,porque sino podría interpretarlo como un desprecio a la amistad que me ofrecía a través de la infusión. Como el calor era agobiante,me resultó casi agradable.

La bebí ansiosamente, sin pensar en la cantidad de parásitos que seguramente tendría por la forma antihigiénica de prepararla.

También acepté la invitación de comer pescado secado al sol que llevaba envuelto en hojas. Después regresó el mestizo con la canoa y continuamos la marcha.

Llegamos al punto más peligroso, la unión del Ansupí, que navegábamos, con el caudaloso Jatunyacu para dar origen al Napo, afluente directo del Amazonas. El Jatunyacu acarrea aguas de los deshielos del Volcán Cotopaxi, del Nevado Antisana y del Maciso Llanganates.

Mientras el boguero encausaba la frágil embarcación hacia el punto que consideraba más fácil para pasar entre la corrientes, yo contenía la respiración y me aferraba fuertemente a los bordes, queriendo pegarme en el piso, con tal de lograr mayor estabilidad.

El espectáculo de las aguas que se cruzaban y entrecruzaban en un torbellino enloquecedor, era a la vez emocionante y aterrador.

En esos escasos segundos, ya nadie podía hacer nada. El éxito de este cruce dependía de la orientación que se le daba a la embarcación, en el momento de entrar en el torbellino.

Desde allí la navegación se tornó más fácil, por el caudal mucho mayor del Río Napo. Minutos después llegamos a Puerto Napo, que era entonces, unas pocas casas de madera y techos de palmera, construidas a cierta altura, sobre troncos.

Puerto Napo presenta ahora un aspecto muy diferente, ya que posee un

moderno puente colgante y una carretera que lò une a las ciudades de Tena, Misahualí, Archidona y por ésta a Quito, capital de Ecuador, por un lado y por otro, a la zona petrolera de Lago Agrio.

En aquel entonces el puente y la carretera parecían un sueño muy lejano. Yo tuve que ir hasta Tena, por un sendero de la jungla, donde me crucé con varios indios "Yumbos", portando machetes y escopetas; llevaban cargados a sus espaldas, una especie de bolso llamado "shigra", lleno de plátanos y otros frutos.



Yumbos del Río Napo. Al fondo, la selva era limpiada para preparar la llegada de la carretera. En este sitio actualmente existe un gran puente colgante.

Las shigras, eran elaboradas en forma de finísimas redes, con fibras de "Pita", muy extensibles. Su tejido se prolongaba en una especie de correa, hecha con el mismo material, con la que se aguantaba el peso, de la parte superior de la cabeza y la frente.

De esa manera avanzaban, sin preocuparse de la carga que portaban a sus espaldas y con las manos libres para llevar y utilizar armas, en especial el machete para abrirse paso.



1



2

1 y 2– Mujeres yumbos en el sendero a Tena.



3– Yumbo cargando una "Shigra" (las más finas de la selva ecuatoriana). Lleva en sus manos escopeta y machete.

3

Tena es el principal centro de orden religioso de la selva, fundada hace más de cuatrocientos años. A pesar de poseer una vistosa plaza y grandes construcciones misionales, no contaba con caminos de acceso, solo senderos.

En ésta ciudad conversé con un sacerdote josefino y con un maestro del lugar. Me invitaron a compartir con ellos la mesa en una frugal merienda de ricas naranjas y jugosas piñas, con las que me repuse de la hora y media de caminata desde Puerto Napo. Partí hacia el filo de la tardecita y en una hora y cuarto, cuando ya comenzaba a oscurecer, estuve nuevamente junto al río.

Dormí en una humilde casita de madera y al día siguiente, alrededor del mediodía, volví a unirme con el mestizo y el alama, que regresaban. Partimos nuevamente, esta vez corriente arriba.

Nos detuvimos junto a una choza ribereña, en donde nos recibieron una negra y un fornido alemán que hacía treinta años que vivía en la selva. Nos explicó que por allí estaba la ruta de los buscadores de oro, aventureros que se internaban en la jungla, arriesgando su vida en manos de la naturaleza y de la ambición de otros buscadores como ellos, ya que pocos volvían.

La modalidad del viaje por el Ansupí, fue distinta.

El caudal era poco, ya que no había llovido y la canoa tocaba fondo muchas veces, por lo que había que bajarse a empujarla, para luego seguir a motor hasta el próximo remojón.

Hacia la media tarde llegamos al punto de partida y tuve que quedarme esa noche en el campamento de Sarsayacu, para partir al día siguiente hacia Puyo. El amanecer se presentó con una intensa evaporación; amenazadoras nubes eran presagio de un chubasco inminente. Antes de llegar, alcancé a divisar el Volcán Sangay muy a lo lejos con su cumbre blanca y en permanente actividad. Este volcán es venerado por los shuaras que viven en sus estribaciones.

Mientras iba avanzando pensaba en el futuro de esa zona, cuando se terminase la carretera. Diez y ocho años después, al volver por esos lugares, pude observar colonos de todas las razas, que en aquella época comenzaban a afincarse en la región; hoy ya han avanzado sobre la zona, mientras que los primitivos alamas, se fueron replegando selva adentro.

Nuevamente en la base Shell Mera, me encontré con qué no había novedades respecto al vuelo a Taisha. El jefe de la base me dijo que ya estaba todo listo, pero había que esperar que las condiciones climáticas fueran buenas en mi destino. La avioneta estaba haciendo, en esos momentos, viajes a los lugares en donde el tiempo se lo permitía. En la selva no se vuela cuando se quiere sino cuando se puede.

En contínuos e imprevistos cambios climáticos se alternaban las precipitaciones, las tormentas, con el sol radiante, la gran evaporación y la humedad.

Yo transpiraba a raudales y eso me servía de entrenamiento para soportar luego, el mayor rigor de la selva, a 300 metros de altura, en el Macuma.

Mientras tanto mi espera comenzaba a volverse tediosa; llovía y llovía sobre la infinita espesura verde, los ríos crecían inundando todo y arrasando cuanto encontraban a su paso. Shiliquinga el pintoresco camarero indio del hotel de madera, se deshacía en atenciones y cumplidos, que causaban más irritación en la permanencia forzada dentro de la casa, con algunas rápidas incursiones cuando el sol aparecía por un par de horas, para producirse luego otro torrencial aguacero.

Continuaba buscando y recopilando información sobre los achuaras; había datos que me desalentaban, la gente exageraba sobre sus costumbres; nunca habían estado entre ellos y la psicología del rumor se aplicaba también a la inmensidad de la selva. Cada uno agregaba un dato más a lo que escuchaba.

Ese día me enteré que por derrumbe en la única carretera existente, estábamos incomunicados; la soledad y el calor se agigantaban.

Si al menos hubiese compartido el viaje con otros compañeros, la espera habría sido más fácil de soportar, pero todos los jóvenes con quienes había comentado mi aventura se interesaron en un primer momento, para desistir después, al enterarse de los pormenores y riesgos de la empresa.

Por esos días, recibí noticias de las guerras entre los achuaras, en pleno corazón de la selva. Todos me decían que por ese motivo no podría llegar hasta ellos. Decidí seguir firme, pese a los agoreros que ponían en duda el éxito de mi cometido.

Ya había rechazado las ofertas de jefe de la Base, de llevarme hasta Macas y Sucúa, porque no me interesaban los shuaras aculturizados. Quería llegar a los pocos que aún quedaban con su propia cultura, con sus costumbres primitivas, con sus guerras ancestrales, antes que nuestra civilización terminara por aniquilarlos o asimilarlos.

El futuro de la humanidad se halla en la Amazonía, los ojos de los futurólogos y los estadistas, están puestos allí. Saben que ese desierto verde es la mayor reserva, no solo por los grandes yacimientos de petróleo, motor del

mundo actual, sino por las posibilidades alimenticias, para las generaciones venideras, en zona tan pródiga y fértil.

Hace más de un siglo, Humbolth lo había profetizado y no está lejos el día en que ese inmenso y maravilloso, pero hostil territorio, sea centro de atención de la humanidad.

Parece increible que desde que Orellana surcara por primera vez esta verdórea extensión, se hayan producido tan pocos cambios.

En una hora de vuelo se llega hasta el Pacífico. Sin embargo la supervivencia es difícil, por eso no está muy habitada; a ello, se debe el carácter indómito de algunos selvícolas. Por otra parte el enervante clima los torna más belicosos aún. Las guerras entre familias se suceden hasta el exterminio de grandes grupos.

No obstante siguen siendo los más aptos en esta lucha contra el medio. Su orígen es incierto, sus rasgos son orientales y hablan todos un mismo idioma: el shuar. Hay dialectos que los diferencia de los achuaras, que habitan cerca de la frontera y de los Aguarunas, Huambisas y Achuales del Perú, ramas de un mismo tronco jíbaro.

Su medio ambiente lo constituyen inmensas columnas de cedros, nogales, palmeras y arcadas de lianas y enredaderas, en un concierto vegetal realmente prodigioso.

Entre los achuar la obediencia tiene su propia escala de valores, la humillación es un crimen y la venganza según sus cánones, una virtud.

Nuestra civilización, que avanza inexorablemente, los asimilará en pocos años. Ellos lo presienten y por eso se aislan en un laberinto de vegetación, en lo más inhóspito e intrincado de la selva, para tratar de salvar los últimos vestigios de la autenticidad americana. Cada vez son menos los que están en manos de los brujos, quienes bebiendo narcóticos que extraen de la naturaleza, cuentan los horrores de sus enemigos, a quienes indica que hay que matar.

II

MIS EXPERIENCIAS EN TAISHA

Cuando desde la base militar me anunciaron el vuelo, estaba lloviznando. No había tiempo que perder. Los cambios climáticos en la selva no se hacen anunciar y no hay que desaprovechar ni un segundo cuando las condiciones de vuelo son favorables.

En unos instantes ya estábamos volando sobre la inmensidad amazónica. Nos alejábamos de las estribaciones cordilleranas; volando entre un colchón de nubes, cruzamos el río Palora y seguimos el curso imponente del Pastaza.

De tanto en tanto un claro en la espesura, con el color seco de la choza de algún indio, de donde sale humo, por entre el techo de palmera "Bijao" o "Chambira".

El cielo dejaba filtrar atisbos de luz solar, mientras volábamos sobre el país de los shuaras. Divisamos las construcciones de la Misión Salesiana, hicimos dos vuelos rasantes sobre la Base Militar para dar tiempo a que se preparen y descendimos.

El avión militar que me llevó hasta la ansiada pista de Taisha, conducido por un mayor, hábil piloto y con muchos años en la selva, estuvo pocos minutos, apenas lo necesario para cargar y descargar.

La Base de Taisha era un grupo de casas con aparente estilo indígena por los materiales usados. Los que más se adaptan, son los que brinda la selva por las exigencias del clima, ya que en avión solo se traía lo imprescindible.

Además todo lo foráneo resultaba muy caro, al no existir otra forma de transporte.

Los militares me recibieron de la mejor forma y con una amabilidad que no esperaba. Me hospedaron en la Base, mostrándome sus dependencias que si bien eran pocas, presentaban un muy agradable aspecto por su aseo y confortabilidad, dentro de los escasos medios con que contaban.

El jefe era el entonces Capitán Gribaldo A. Miño Tapia, quien me brindó todas las facilidades a su alcance, durante mi estadía allí.

Un teniente me acompañó a visitar la misión de los salesianos, que habíamos visto desde el aire y que a mí me parecía se hallaba cerca. Sin embargo tuvimos que caminar un buen rato, cruzamos el río Wampimi, haciendo equilibrio sobre gruesos troncos. Atravesamos pasos de agua, de cristalinas corrientes.

De pronto salimos a un claro despejado de la selva, donde se hallaban sembradíos de papa china (similar a la papa común pero de grandes hojas), piñas, papayas, plátanos, caña de azúcar, arroz y otras variedades que iría conociendo después.

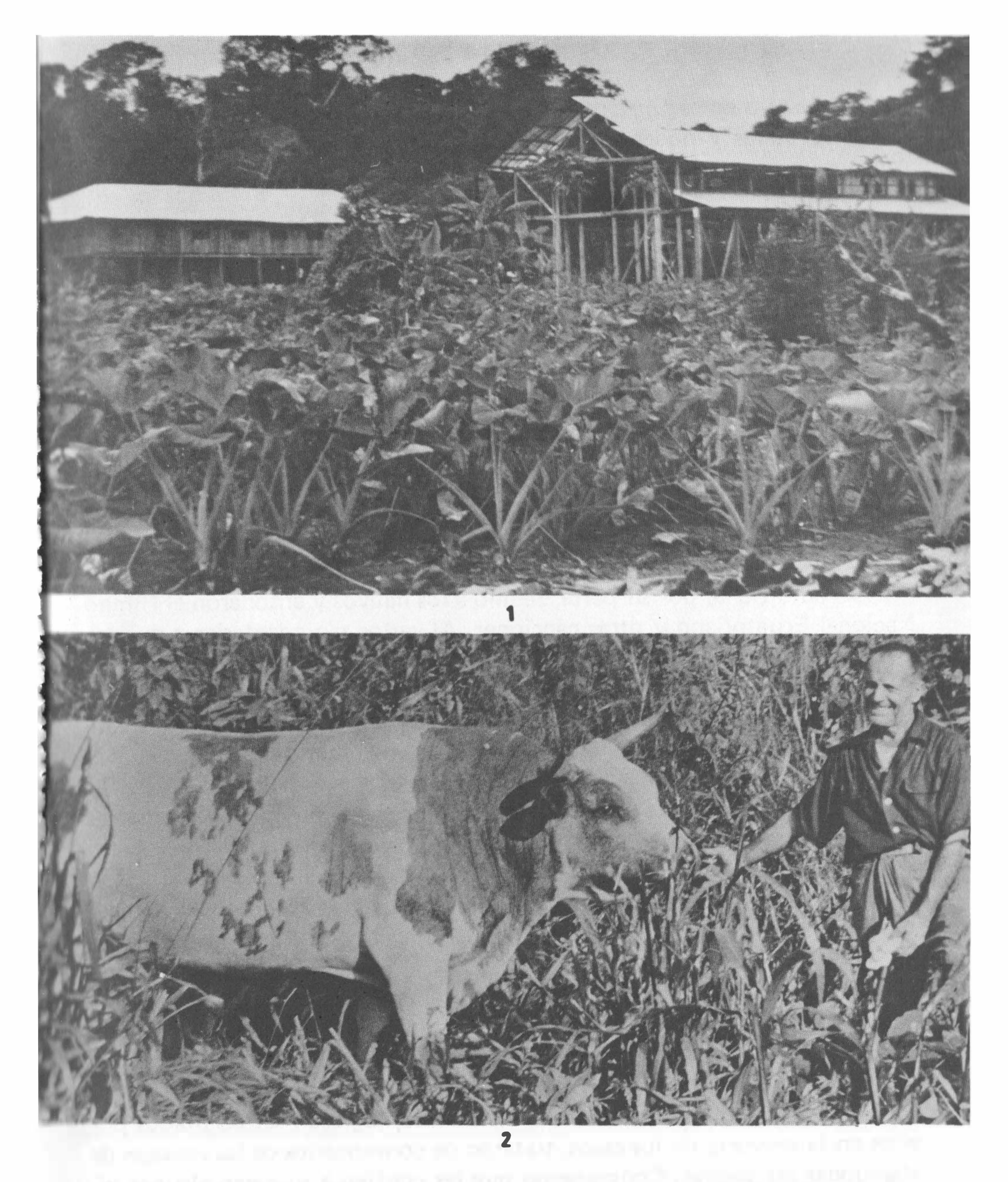
Ya en la Misión, nos recibieron con toda cordialidad un grupo de niños junto a un hombre rubio, de larga barba y ropas de trabajo.

Este resultó ser el Padre Luis Bolla, italiano, nacido en Véneto, de 31 años de edad.

La Misión, estaba en plena construcción; contaba con tres edificios, uno estaba recién comenzado, era la iglesia; el otro servía como alojamiento y escuela. El tercero tenía las funciones de cocina y comedor.

Un shuar de tres años nos dió la mano; resultó ser un chiquito muy despierto y perspicaz, vestía un pijama y era huérfano. Lo estaban criando los misioneros, porque su padre fue muerto por los achuaras. Otros más grandes, me acompañaron con el maestro, a recorrer unos altos pastizales, donde se alimentaba el ganado vacuno.

Había un toro enorme. Realmente me sorprendió; era uno de los primeros terneros traidos a Taisha y había logrado un desarrollo físico excep-



1

2

1– Primer pabellón de la Misión. A la derecha, la iglesia, que se encontraba en construcción. En primer plano, cultivos de papa china.

2– El Padre Luis Casiraghi, fundador de la Misión Salesiana de Taisha. Posa con el primer toro criado en esa región de la selva.

cional. El lugar es ideal para la cría de ganado y la agricultura.

Pensaba yo en ese instante, en las posibilidades futuras de la región de haber carreteras y poder abastecer de cereales y carne el país, desde la Amazonía.

Retornamos a la Misión. Allí conocería a su director y fundador, el Padre Luis Casiraghi, nacido en Milán. Tenía ya 57 años pero su aspecto era el de un muchacho, a pesar de haber vivido 30 años en la selva. Lo vimos aparecer, cargando al hombro un pesado tronco y rodeado de varios niños que trataban de ayudarle.

Iniciada la construcción hacía más de tres años, ya se educaban allí más de cuarenta jibaritos. Entramos a la carpintería y observé como les enseñaban a trabajar a estos seres, que desde el origen de su existencia, jamás habían realizado esas tareas, sino las propias de su cultura, que recibían en el seno de su hogar.

El Padre Bolla, por su parte, reunió a los nativos y entonaron el Himno Nacional Ecuatoriano y otras canciones. Al verlos tan adaptados a nuestra civilización, no pude menos que sorprenderme.

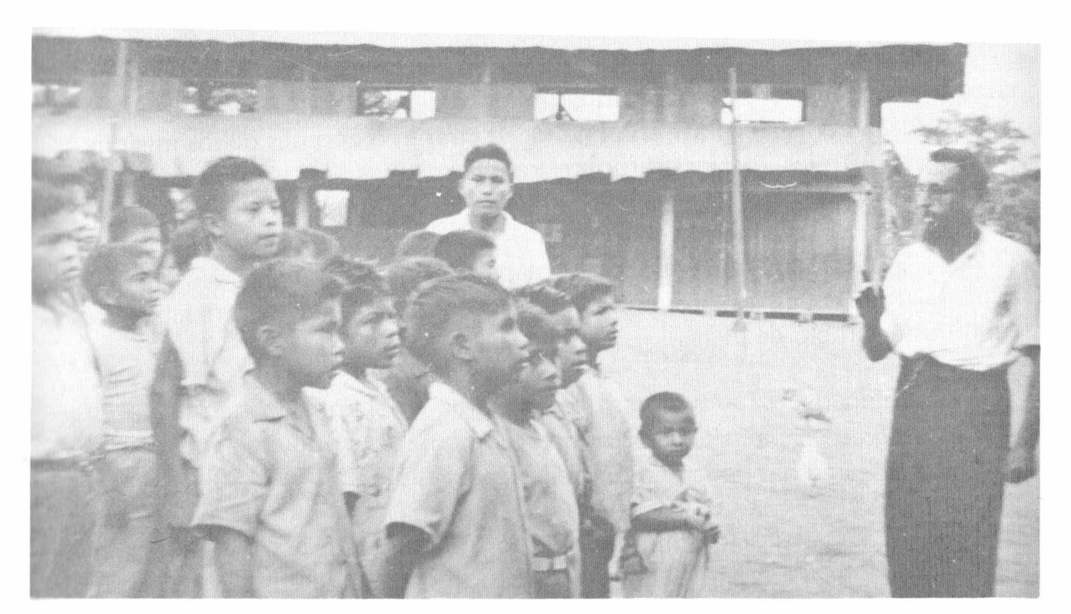
En los días que estuve con los misioneros, me enteré de los planes de colonización y del futuro de esa región.

Me informaron sobre los achuaras, que estaban a muy pocos kilómetros de nosotros y que seguían viviendo su primitiva vida.

Nuevamente, en ese momento en que deseaba visitarlos, habían reiniciado sus guerras.

Estos dos misioneros, un año atrás, habían realizado una expedición que duró un mes, visitando choza por choza, jibarías de la región, llegando hasta los lugares donde nadie había logrado arribar aún y salir con vida.

Hablando el mismo idioma que los nativos, lograron ser aceptados por ellos en la mayoría de los casos; trataron de convencerlos de las ventajas de abandonar las guerras. Consiguieron que les confíen a su cargo algunos niños huérfanos y se comprometieron a visitarse, inculcándoles asimismo, los principios de la religión cristiana.





El Misionero italiano Luis Bolla, dirige un coro de niños Shuaras y Achuaras.

Sus datos fueron fundamentales para mí. Elaboramos un plan de recorrido, para que yo efectuara uno similar al que habían realizado el año anterior. Me convertiría así en el primer extranjero después de los misioneros, en recorrer las jibarías en forma transversal a los ríos, en lugar de navegarlos.

Solo un comerciante peruano llegaba hasta ellos, una o dos veces al año, navegando. El les proporcionaba escopetas, municiones, machetes y cuchillos a cambio de pieles.

Mi ansiedad crecía: vería a los achuaras en su propio hábitat, antes que el progreso cambie sus costumbres, como ha ocurrido en la mayoría de los indígenas que habitaban en lugares más accesibles.

En la Misión Salesiana, me detenía por momentos a pensar en el admirable labor que desempeñaban esos sacerdotes, tan diferentes a casi todos los que había podido observar en la cordillera. No usaban protocolos, ni lujos, ni grandes y pomposos ceremoniales.

Trabajaban y enseñaban a trabajar. Predicaban con el ejemplo. Capacitaban a hombres de una raza tan distinta y con una vida nómade.

Regresé al anochecer a la Base. Aproveché las aguas de un riacho para refrescarme; debía hacerlo antes que la oscuridad volviera peligroso el baño; las víboras venenosas comenzarían a merodear en la espesura.

Esa noche resultó hermosa. Gocé de un sueño reparador en la comodidad de la Base. En pocos días más, casi no podría dormir, por los peligros de la marcha y por la falta de costumbre en las duras camas indígenas construídas de caña guadúa.

Con el sereno e imponente despertar de la selva, que resulta una experiencia difícil de relatar, me dispuse a iniciar el nuevo día.

Asimilaba el cambio de actividad entre el día y la noche, el acallarse de unos ruidos y el comenzar de otros.

Con el amanecer de mi primer día en la Base de Taisha, llegaron unos jíbaros. Eran cuatro hombres y cuatro mujeres, cargando cada una de ellas un niño. Traían los típicos canastos con monitos y enseres.



Familia del Capitán Taisha (a la derecha, apuntándome con su escopeta) quien dio nombre al lugar, cuando colaboró con la empresa petrolera Shell en 1941. Al fondo, construcciones de la Base Militar.

Uno de los visitantes tenía aspecto fiero, se destacaba del grupo, era el Capitán Taisha, quien diera origen al nombre del lugar. Vestía con ropas militares, no presentaba un aspecto acabado de indígena. Tenía el pelo corto y entrecano, demostraba tener bastante edad y una característica bien diferenciada: era gordo, único personaje que habría de encontrar con esta apariencia, en la selva.

Fue el primer jíbaro en colaborar con la empresa extranjera Shell en la búsqueda de petróleo, en 1941 y quien despejó el terreno para la pista y el campamento que hoy lleva su nombre.

Su visita se debía a que fue enviado a llamar por el Capitán Miño, Jefe de la Base. En este caso se necesitaban sus servicios: desbrozar y quemar parte de la selva, para ampliar la pista.

Yo observaba entre asombrado y divertido, la forma de convenir los trabajos: estipulaban el precio, que siempre eran víveres, armas, ropas, municiones y machetes: se les pagaba por adelantado. Ellos nunca faltaban a sus palabra.

Taisha era, sin duda alguna, un extraño personaje: parecía muy civilizado, hablaba algo de castellano, usaba una gorra militar y llevaba una carabina. Era el único del grupo que hablaba con el Capitán Miño y lo hacía a través de un intérprete.

Cuando estaba todo decidido, las mujeres cargaban en sus canastos "chankiñas" y se iban a cumplir con sus trabajos.

En mi segundo día de estadía en la Base, almorzamos entre los silbidos de un hermoso loro, llamado "Chirlicrés", las andanzas de varios monitos en la puerta y el encanto de un pequeño picaflor que ingresara por una de las ventanas.

La noche anterior, los "isangos", unos pequeños mosquitos que pican en forma imperceptible, habían dado cuenta de mí. Su picadura duró varios días, sumamente intensa, era imposible no rascarse. Había que cuidarse mucho de las infecciones.

A la tarde conocí a las famosas "hormigas quita-calzón", llamadas así porque si un individuo es atacado por varias de ellas debe desnudarse y meterse en el agua inmediatamente; iba por un sendero cuando la vi. Alcancé a subirme los pantalones y a quitarme las primeras que iban ascendiendo por mis piernas.

El clima de Taisha es más benigno, aunque también llueve en forma copiosa. Hay días en los que brilla el sol y los atardeceres son serenos y maravillosos.

Al otro día de mi estadía, el tercero, llegó otro grupo de jíbaros que venían a comerciar. Un sub-oficial, hizo de intérprete; me enteré que los militares necesitaban una canoa y los visitantes vinieron a arreglar precio.

Siempre trataban a los gritos, según su costumbre; eran semicivilizados y habitaban cerca de la Base, a orillas del Río Panki. Conocían el dinero, lo identificaban por su color, pero preferían géneros u otras cosas, aunque su valor fuese inferior.

Prometieron tener la canoa lista en 15 días y cobraron por adelantado. Me asombré una vez más de su forma de comerciar. El Capitán, Jefe de la Base, me aseguró que nunca dejaban de cumplir con su palabra.

Le vendieron algunos huevos y un papagayo. Se reían mucho y les llamaba la atención mis brazos velludos y mi barba.

Por último hicieron cargar los enseres en los canastos de sus mujeres y partieron.

Mientras permanecí en la Base, hicimos una excursión de pesca al Río Panki. Salimos una mañana temprano con un grupo de conscriptos, al mando del Sub Teniente Luis Carrillo y un guía nativo de Tena.

Tardamos aproximadamente una hora.

Entre el teniente, el guía, los conscriptos y yo, eramos quince.

A poco de salir nos encontramos en plena selva. No se veía ningún sendero y sin embargo me daba la impresión de que caminábamos recto en una dirección pre-fijada. A veces pasábamos al lado de árboles, que tenían su follaje entre 30 y 40 metros arriba de nuestras cabezas. En otras oportunidades tuve que convertirme en equilibrista y andar sobre troncos caídos o cañas guadúa, que tirados sobre pequeños cursos de agua y fango, hacían las veces de puente improvisado o al caminar sobre ellos se evitaba enlodarse.

Mis acompañantes estaban ya acostumbrados a estas lides y respiraban aliviados cuando yo lograba vencer los obstáculos sin caerme.

Poco a poco me fui acostumbrando. Alternadamente subimos pequeñas lomas o cuchillas y volvimos a bajar, pisando sobre ramas y raíces, otras veces debajo de troncos caídos, como puentes o arcadas. Pasamos junto a ramajes enmarañados y enredaderas, plantas parásitas, grandes helechos, gigantescas cañas guadúas, con sus penachos a 15 metros del suelo.

A veces, la caravana se estiraba, dado el ritmo del guía, que era fuerte y marchaba a un paso díficil de seguir. Era necesario trotar para recuperar el terreno perdido en alguna caída. No se puede perder de vista al guía, quien sigue tranquilo aunque la pica no exista. Hay que seguir su ritmo y no quedarse atrás. De vez en cuando encontramos algunos claros en la selva, donde algún rayo derribó árboles gigantescos y en su caída, habían arrastrado, con todo lo que se hallaba junto a ellos.

De tanto en tanto, había notas de color distintas al verde, lo daban ciertas especies de flores, multicolores mariposas, que se agrupaban revoloteando en el aire y pájaros de vistosos plumajes, entre los que se destacaban el ''Tsukanká'', tucán o pájaro ''predicador'', con su pico tan grande como su cuerpo.

Así, cubiertos de barro y transpiración, llegamos a las márgenes del correntoso Panki, en su punto más cercano a la Base de la que habíamos partido.

El río estaba a medio caudal, dejando al descubierto playas de cantos rodados, que en las crecidas, cubría totalmente hasta inundar parte de la vegetación. Buscamos el lugar apropiado. Después de dejar la mochila, penetramos en el río, con el agua hasta la rodilla.

El teniente se adelantó con unos cartuchos de dinamita, que arrojó varios metros, río arriba. Producido el mortal estallido, colocados en forma transversal al cauce del río, comenzamos a recoger los peces inconscientes que aparecían flotando, por los efectos de la explosión.

Los conscriptos se zambullían y los traían colocándolos en canastos que habían llevado con ese fin.

Los ríos del Oriente son riquísimos en peces. Esta manera de pescar con dinamita está prohibida en la mayoría de los países porque elimina a los peces pequeños.

Avanzábamos continuamente por entre los rápidos, sobre el lecho del río y colocados de frente al curso del agua y en una línea, para recoger el producto de las sucesivas explosiones.

En un determinado momento, al cruzar un rápido yo iba con mi máqui-



El entonces Sub Teniente Luis Carrillo en el Río Panki, donde fuimos a pescar con dinamita. (Actualmente es Teniente – Coronel, Edecán del Vice – Presidente de la República) .

na de fotos siempre en alto para protegerla del agua, pisé mal una piedra y me arrastró la correntada sin lograr hacer pie.

Lo único que veían los soldados, era mi brazo en alto y algunas esporádicas apariciones de mi cabeza. Corrieron a auxiliarme, pero cuando llegaron a mi lado, había conseguido sobreponerme. Por suerte, mi cámara estaba intacta.

Anduvimos por la playa de arena y piedra, sin detenernos casi, porque las moscas e isangos practicamente nos devoraban con sus picaduras. Esos terribles mosquitos son los que privan del placer de la pesca con caña en tan maravillosos paisajes.

De regreso a la Base, el guía nos llevó con pasos seguros hacia el punto de partida, bajo la espesura de la selva, sin darnos cuenta, se había nublado y comenzado a llover, primero escuchamos el rítmico sonido en el follaje, pero sin mojarnos. El agua tardó en llegar hasta nosotros, resbalando por las hojas, luego la precipitación fue torrencial. Apuramos la marcha, casi corrimos por momentos.

Mi mayor preocupación era evitar que se mojasen la cámara y el reloj. Envolví a la primera con unas grandes hojas y al reloj con un plástico. Mojarse en la selva con semejante calor, resultaba agradable, pero llevando cosas delicadas, era una constante preocupación.

Cuando nos distanciábamos, por medio de gritos lo advertíamos. El guía se había adelantado, puse todos mis sentidos en correr en el fangal, logré darle alcance, junto con otros retrasados.

El aguacero duró media hora y fue así como permanentemente anduvimos bajo una ducha refrescante. Por fin llegamos a la Base.

Fueron cinco horas de movimiento contínuo, entre ida y regreso; mis piernas llegaron arañadas y lastimadas de tanto rascarme y por el roce de la vegetación.

Me puse a pensar en la capacidad del hombre de la selva para vivir en ese medio tan hostil. El nativo parece tener un sentido especial, que le permite orientarse y eso lo hace muy superior al extranjero que se aventure en estas tierras.

El domingo fui nuevamente hasta la Misión Salesiana; llegué cuando estaban en misa. En la iglesia en construcción, se encontraba armado un modesto altar. En mi visita anterior, me había admirado ver a Luis Casiraghi, el Padre Director, serrucho en mano, cortando tablas, montado en un andamio, haciendo paredes, con la camisa manchada y raída.

Ahora estaba celebrando misa con el Padre Bolla, vestidos de sacerdo-

tes entre todos los jibaritos y algunos conscriptos.

Fui invitado a almorzar y lo hicimos en un comedor amplio, abierto (sin paredes, puertas ni ventanas), bajo el techo de chapas, con bancos y mesas de maderas, hechas en la Misión.

Mientras comíamos, mirábamos a no mucha distancia, en la espesura selvática, otra torrencial precipitación.

En ese ambiente, comer tallarines, resultaba sin duda una experiencia original. Estaban realmente muy bien hechos. Estos sacrificados misioneros que se alimentaban mal durante la semana, solo con yuca, arroz, plátanos, papa china y frutas, el domingo comían tallarines.

''Dopo parleamo de la Italia, de la Argentina, del mondo''. Con sus ademanes toscos, propios de obreros de andamio, del aserradero, de la chacra, de treinta años de trabajar sin cesar en la selva, lejos de todo contacto con nuestra civilización, hacían con amor un apostolado de su fe.

Después de comer me mostraron algunos adornos jíbaros y me vendieron cosas para regalar a los indígenas; me dieron consejos muy apropiados para que no tuviese problemas.

Si podíamos llegar a los achuaras más primitivos, enemigos de algunos shuaras, influenciados aún por los brujos en contínuas guerras ancestrales, habría logrado mi objetivo.

Me contaron que esas guerras, tienen distintos motivos: venganzas personales, muertes por enfermedades, atribuidas a hechiceros o celos, o por obtener más esposas. Cuando existía alguna de estas causas, se internaban en la selva, armados con lanzas y escopetas, esperando algún tiempo a su rival, para así sorprenderlo y darle muerte en forma traicionera.

Cada cinco o seis años, los brujos, con cualquier motivo, alentaban esas viejas enemistades y las guerras volvían violentas, con mayor cantidad de muertes. Por eso eran muy pocos los achuaras que alcanzaban una mayoría de edad.

Al atardecer regresé a la Base. Malas noticias me esperaban allí. Se habían conocido las últimas novedades de las Jibarías hacia donde yo pensa-

ba dirigirme. Eran contrarias para el éxito de mi expedición, la que realizaría en un momento poco propicio.

Habían matado al Gran Tsántiak, famoso jíbaro de cinco esposas, rival de Kashíntiu y la guerra podía durar muchos meses. Era imposible que me acompañasen soldados como yo esperaba. Si iba con militares no me recibirían, porque ellos tienen la obligación de castigar estos crímenes.

De cualquier manera los achuaras recelaban contra los militares. A mí me habrían de recibir por mi aspecto semejante a los misioneros, por mi barba, pero no nos darían alojamiento viendo caras afeitadas y pelo corto.

Lo peor era que tanto Tsántiak como Kashíntiu, eran los principales personajes que me proponía visitar.

Por otra parte los misioneros, solo me podían proporcionar un hombre, porque los necesitaban para ayudar en la construcción.

Mientras esperaba el momento oportuno para iniciar la marcha, practiqué caminatas entre la Base y la Misión, por el sendero acostumbrado.

Un día tomé otro, por el que creí llegaría más rápidamente de regreso. Mi sentido de orientación, que tanto me sirvió para caminar en desconocidas ciudades como en solitarias alturas cordilleranas, de nada me valían en la espesura, donde no tenía punto de referencia posible (al menos para mí). En ese inconmesurable techo verde que no permitía entrar los rayos del sol, no se podía ir en línea recta, los árboles me obligaban a dar contínuas vueltas. El sendero desapareció y me dio la sensación de estar perdido. Dudé, si seguir o no. La quietud de los gigantescos árboles se volvió desesperante en la soledad verde. Solo algunos monos y tucanes, distrajeron mi atención. Cualquier pequeño ruido que a veces ni existía, me sobresaltaba.

Decidí volver, cuando sorpresivamente se produjo un fenómeno extraño. En medio de tanta quietud, en la que me encontraba perdido, ví saltar desesperados en las alturas, muchos monos que poco antes jugaban alegremente.

También los tucanes con sus coloridos plumajes y emitiendo extraños sonidos, huían despavoridos.



El objetivo de mi viaje en 1963, era llegar hasta el Gran Jefe Achuar Kashíntiu. Su rostro, un año antes de su muerte, dibujado por Franco Rovere en 1977.
(Foto Colección "Mundo Shuar").

Me quedé quieto, venciendo el temor; todos mis sentidos se alertaron. De pronto sentí acercarse un ruido subterráneo. Se trataba de un movimiento del suelo, una onda sísmica pasó bajo mis pies y se alejó junto al ruido.

Abrí las piernas para estabilizarme;la alteración se trasladó a los árboles que comenzaron a agitarse, a bambolearse. Todo ocurrió en segundos. La onda se hizo ascendente, llegó hasta las copas, sintiendo el ruido de las ramas que se quebraban y comenzaban a caer.

Había que saltar, esquivar, estar atento, todo al mismo tiempo. En instantes, todo era calma nuevamente. El previo aviso por parte de los animales había sido sorprendente. A lo lejos, el aullar de los perros me orientaron. Salí de la espesura a poca distancia de la Misión, por donde conseguí regresar a la Base; allí se comentaba, acerca del terremoto de regular intensidad que había sacudido a todo Ecuador, según habían oido por radio, después del fuerte remezón.

El pánico había sido grande y habría de quedar grabado en mi recuerdo como uno de los mayores sustos de mi vida.

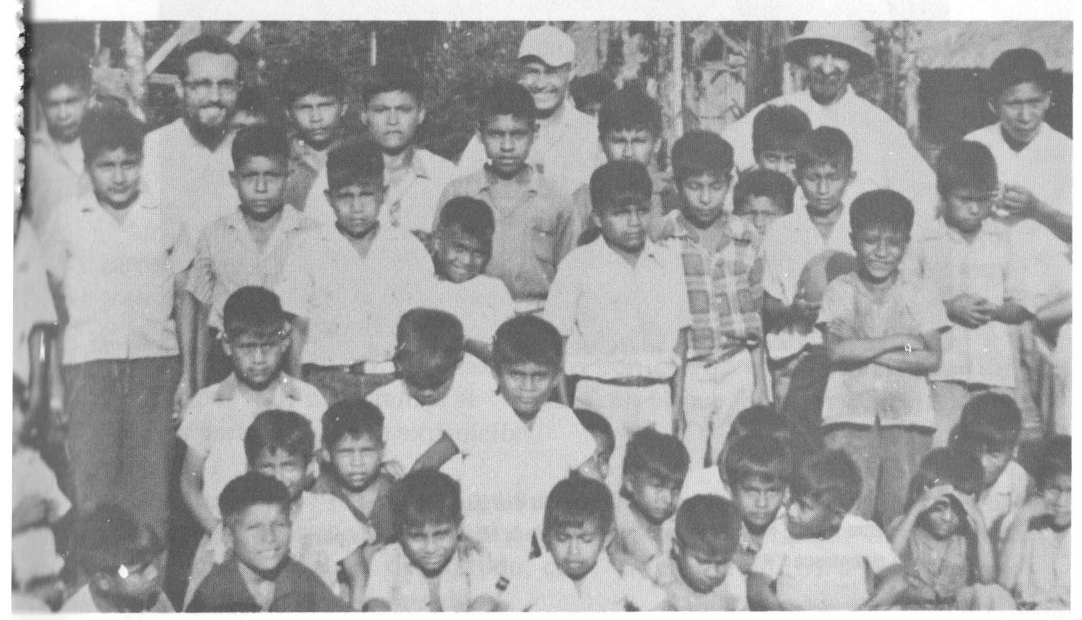
Al día siguiente, víspera de la partida, arribaron a la Base, el Padre Luis Bolla, treinta jibaritos que venían de visita y un "hermano" que había llegado para colaborar con ellos.

Los niños se mostraban asombrados y todo les interesaba. En la improvisada cancha de basquet de la Base, luego de recibir las instrucciones del padre Bolla, los niños jugaron demostrando gran capacidad de aprender rápidamente con incansable entusiasmo.

1– El Padre Bolla enseña a los niños indígenas a jugar al basquet.

2– Niños en la Misión Salesiana. Atrás, con lentes y barba, el Padre Luis Bolla; a su izquierda el Achuar Chuji, luego Jimpikít Tsamarín (cuyo padre fue muerto por Kashíntiu), actual presidente de la Asociación Achuar. Con gorra, el colono carpintero Eloy Rivera; con casco, el Hermano Francisco Monticone, fallecido en 1976.

1



2

Me presentaron a uno de ellos, de alrededor de 10 años, tenía buen
co, mirada al mismo tiempo penetrante y dulce. Era hijo de Jimpíkti, s
ra que visitaría al día siguiente, por ser el que estaba en primer términ
mi recorrido.

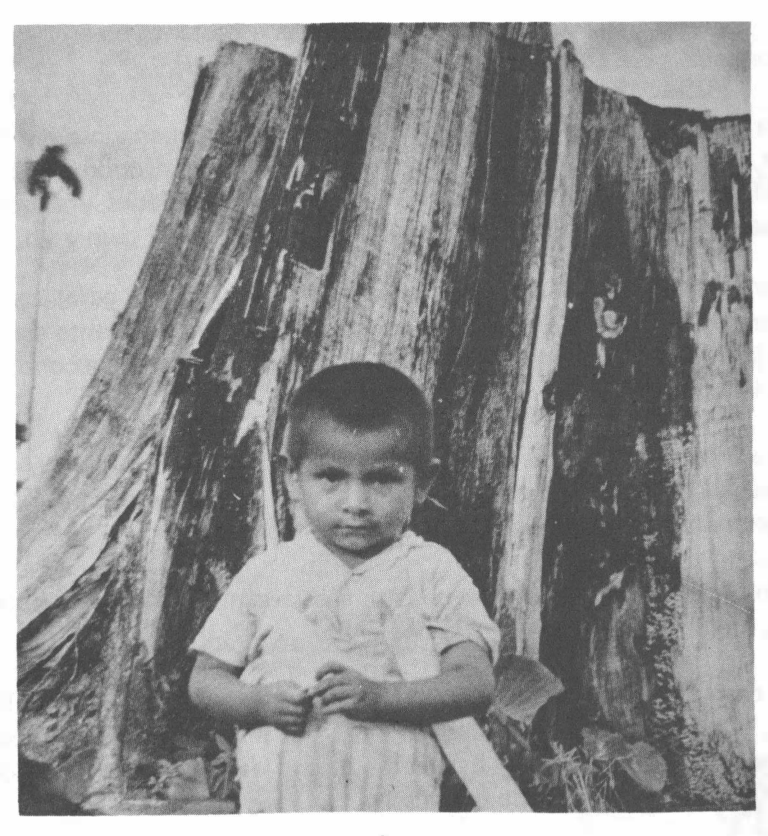
Los niños vestían pantalón y camisa, les gustaba jugar. Revisaban
y se hicieron amigos de los monitos y otros animales que componían e
queño zoo natural de la Base.



1

1– El hijo mayor de Jimpíkti, jugando con dos papagayos.

2– Uno de los huérfanos más pequeños de la Misión. Atrás, la parte inferior del gigantesco "Wampú".



2

Una nueva experiencia acompañó mi último almuerzo en la Base: comí carne de "Danta" o Gran Bestia (Pamá) . Es una variedad de tapir muy grande, de pelaje negro. Se alimenta de hojas.

Luego del almuerzo nos trasladamos con el Padre Bolla y los jibaritos a la Misión. Allí preparamos el Tsáparo, en el que irían los elementos necesarios para la reducida expedición.

Los misioneros me dieron medicinas, cartuchos de los que usaban los jíbaros, cuchillos y otras cosas que se sumaron a los espejos, hilos de colores, botones, peines de plástico, café, galletas, atún, cortes de género, ropas, etc.que yo había llevado.

El guía era una excelente persona. Hablaba bastante bien el castellano, se mostraba muy comprensivo y dispuesto para todo.

Era shuar, de Macas. Tenía 20 años y había acompañado a los misioneros el año anterior, en el mismo recorrido que yo me proponía hacer. Ellos lo criaron, ya que era huérfano. El viaje, en esas condiciones, era todo una aventura; la expedición se reducía solo a dos hombres: el guía y yo.

Pedro Juanka, era el nombre de quien, me oficiaría de guía, cargador e intérprete, pagándole una módica suma de dinero previamente estipulada, por día de marcha. El estaba ahorrando para salir algún día a conocer la vida de las ciudades.

Para achicar el volumen de la carga, mi bolso de dormir, quedó en la Base, usaría las camas duras de los nativos. No contaríamos con más provisiones que las proporcionadas por la caza y la pesca.

Limité mis vestimentas de repuesto, a otra camisa, pantalón, botines de goma, medias, interiores y el slip de baño.

En caso de tener suerte, pensábamos llegar hasta las jibarías del Río Wichimi, donde habitaban familias achuaras, que no habían querido aceptar la presencia de los misioneros. Estas eran, como oasis en el desierto, después de jornadas de caminar en la densa selva.

MISION EVANGELICA CANGAIME
Rio Panki
Rio Cangaimi
TAISHA
MISION SALESIANA
JIMPIKTI
PINKIO
Rio Macuma
TIWI
PININKIAS
TUTINENTSA
Rio Cangaimi
Rio MUISHIN
Rio Macuma
Rio Pumpuentsa
Rio Tsuientsa
Rio Wichimi
CHAYATI
SAMIRUK
Rio Kúpit
Rio Wichimi
PADRE BOLA (1982)
JEFE ACHUAR MUKUINK
Rio Huasaga
Rio Patukmai
KASHINTIO
TIWI (1982)
KAWARIM
SANTIAK (✝1962)
Rio Pakints
Rio Ipiak
KASHINTIO (✝1978)
Rio Huasaga
Rio Pastaza

III

VIAJE HACIA LA CHOZA DE JIMPIKTI

El lunes, 6 de mayo de 1963, con Pedro Juanka como guía, partimos hacia la casa del jíbaro Jimpíkti. Aparte de lo que me habían informado los misioneros y de haber conocido a su hijo en la Misión Salesiana de Taisha, de él recordaba los datos que había leído en un folleto editado por los misioneros norteamericanos.

Estos habían estado en una misión evangélica, a orillas del Río Cangaime, la primera avanzada religiosa hacia ese sector de la selva.

De allí, habían partido, los cinco misioneros norteamericanos, que protagonizaron el triste drama del Curaray, donde murieron en manos de los peligrosos aucas que los asesinaron el 8 de enero de 1956.-

En dicho folleto, figuraba el joven Jimpíkti como uno de los primeros cinco conversos, hijo del feroz Washicta. También señalaban entre otros, a Kashíntiu, indígena achuar, principal enemigo del brujo Tsántiak, hermano de Timas y Catani.

En los últimos años Jimpíkti había abandonado sus costumbres guerreras ancestrales, en haras de la civilización y se había acercado a Taisha, ubicándose a orillas del Río Panki, a seis horas de marcha de la Base.

Juanka cargaba sobre sus espaldas el tsáparo; llevaba una camisa larga que le cubría el pantalón corto y unos zapatos de cuero que yo le había regalado. A través de la marcha se los quitaría para seguir descalzo, ya que de ese modo se encontraba más cómodo.

Era robusto, no medía más de un metro cincuenta y cinco, pero demostraba un porte mayor, como la mayoría de los jíbaros. Tenía la tez cobriza, era simpático en el trato, aunque de gesto severo, con el cabello cortado a nuestra usanza, de piernas ágiles y fuertes.

En una mano llevaba el machete, en la otra, la escopeta y una gallina envuelta en hojas, amarrada con lianas, que dejaba ver solo la cabeza del animal. Sobre el tsáparo "Pitiák" viajaba, haciéndole compañía, su loro favorito, con el cual se comunicaba en algunos momentos.



Juanka, el guía, al iniciar la marcha.

El "Pitiák", es un canasto impermeable, utilizado en travesías muy largas, en donde son inevitables las lluvias.

Esta "maleta de la selva", es de fundamental importancia en estos viajes. Su realización exige muchos cuidados: primero seleccionan un bejuco llamado "Kaapi" (una variedad de lianas) que cuelga de los grandes árboles. De él separan los trozos más rectos, eliminando los nudos. Los pelan, raspan y cortan en medidas apropiadas. Van armando un primer canasto, el "Chankín", en base a un tejido exagonal, partiendo de una base plana y circular.

Dejan sin terminar el borde superior. Luego preparan otro chankín, ligeramente más grande, comprobándose que el primero entre en éste.

Posteriormente colocan entre ambos, hojas de "Apai", "Pumpú" o "Turúji", un poco superpuestas, para impedir el paso del agua.

A medida que colocan estas hojas, siguen tejiendo apretadamente el chankín externo. El remate final tiene otro tipo de tejido, denominado "Suku".

La tapa, confeccionada de la misma manera, ajusta perfectamente.

Mi mochila había quedado en la Base Militar. Las prácticas de marcha me habían demostrado que en la selva era necesario tener las manos libres para equilibrarme y sostenerme en las posibles caídas.

Iniciamos la marcha, caminando hasta el final de la pista de aviación, donde se encontraban tendidos una cantidad de árboles que serían aprovechados en el aserradero de la Base Militar. Por un sendero más o menos definido, entramos a la espesura. Este camino, poco a poco, fue perdiéndose y quedé a merced de la capacidad de orientación del guía, para ubicar el sitio preciso de la casa de Jimpíkti, a tantas horas de distancia.

Mientras marchábamos, más que la espesura o la densidad de la selva, había otros aspectos que concitaban mi atención: ¿era realmente posible a los seres humanos orientarse en esa espesura?.

Un ser solitario, no acostumbrado al medio, podría enloquecer de terror.

¿Qué sorpresas nos depararía el viaje que acabábamos de iniciar?.

También me preocupaba el hecho de no contar con la compañía de otro blanco, aunque más no fuese un soldado, pero mi decisión había sido rotunda y terminante. No podía haber acusado a nadie de emprender solo esta tan ansiada aventura.

Mientras avanzábamos, paso a paso, meditaba mucho al respecto al mismo tiempo debía concentrarme con todos mis sentidos en seguir el ritmo de Juanka.

Mi mirada no se alejaba de los pies del guía, quien iba unos tres metros más adelante. Yo procuraba no perder esa distancia.

La marcha era sumamente difícil. Los obstáculos me obligaban a un paso corto, el siguiente largo. Los pies buscaban hacia la izquierda o la derecha, según la maraña; subían o bajaban, algunas veces troncos, otras, grandes raíces, buscando puntos duros en que apoyarse, sumamente engañosos. Las hojas en su perenne caída, se confundían con las que se encontraban en estado de pudrición; ramas que parecían fuertes, en ciertos casos se quebraban.

Pero el guía sabía donde debía pisar y lo importante para mí, era tratar de no perder esa huella.

A veces, mi percepción me engañaba, trastabillaba y caía. Juanka rara vez tropezaba y nunca caía. Me causaba admiración ver la pericia con que se desplazaba.

Iba abriéndose paso con el machete, dejando algunas marcas en los troncos verdes. Según me explicó, señalaba el camino de regreso.

A veces observaba, deteniéndose por unos instantes muy breves, casi imperceptibles, antes de dar el paso hacia la derecha o hacia la izquierda.

Al partir, el jefe de la Base nos había despedido diciéndonos, un poco en serio y mucho en broma, que en caso de muerte, le pidiésemos a los jíbaros que nos entierren y que no nos echasen al río. De esa manera, podrían luego, encontrar nuestros restos.

Le respondí que como no me gustaban los protocolares entierros de nuestra civilización, era preferible que alimentáramos a las pirañas. De esa manera evitaríamos el problema de buscarnos, trasladarnos, velarnos y enterrarnos.

El diálogo común, permanente, en castellano, desapareció a partir de entonces, reduciéndose a escuetas palabras con Juanka. Estas eran elementales, apenas las imprescindibles.

Este hecho causó en mí fuerte impacto, difícil de describir. La comunicación oral casi no existía. Era como estar en otro mundo donde la angustia y la soledad me invadía.

Los jíbaros, a cuyo encuentro íbamos, hablaban solamente en lenguaje shuar y una variante, el achuar, de léxico relativamente limitado dado su hábitat tan diferente. Este idioma es, sin embargo, rico en sonidos guturales, expresados en tono elevado, ya que hablan a los gritos y salivando copiosamente hacia todos lados.

Un viaje a la selva entraña sorpresas a cada instante; durante el día reina la magnificencia del jíbaro; en la noche, la ferocidad de los animales salvajes, al que ni el indígena más valiente se atreve a enfrentar en la oscuridad.

De vez en cuando cruzábamos pequeños y fragorosos arroyuelos, llenos de fango. A veces eran atravesados por árboles caídos, que nos servían a manera de puente, pero en otros casos debíamos necesariamente enterrarnos en el barro maloliente, que dejaba sus huellas en nuestras botas y piernas desnudas.

En algunos declives resbaladizos trataba de asirme a las ramas.
En otros me costaba sujetarme y no podía evitar la patinada. Mis sentaderas quedaban embadurnadas de lodo arcilloso y restos de hojarasca.

En ciertas oportunidades aprovechaba de las aguas cristalinas para sacar el fango de las botas y refrescarme, de la intensa transpiración.

Por momentos, el calor era tan sofocante que la escasa ropa se adhería al cuerpo, hecho molesto que nos incitaba a andar desnudos. Por los pantalones cortos, aumentaba el riesgo de rasguños por espinas (causantes de fuerte ardor) y las picaduras de los insectos. Ello era preferible a enganchar-

nos constantemente los pantalones largos.

Cuando nos acercábamos a los sitios donde abundaba la caña "guadúa" (que en estos sitios alcanza dimensiones gigantescas), Juanka practicaba una incisión con su machete. Este corte lo hacía sobre los nudos de la caña, permitía la salida de un líquido fresco, que saciaba nuestra sed.

Llegamos así al río Panki (cuyo significado es anaconda). Estábamos cerca de nuestro destino. Recorrimos sus bellas márgenes buscando un lugar apropiado para cruzar. Mi sorpresa fue grande al comprobar que en lugar de atravesar el río por la parte más serena, lo hicimos por un rápido. Juanka me explicó que en las aguas tranquilas viven las anacondas (muy abundantes en esa zona). Nos aseamos y refrescamos, ya que la dura jornada llegaba a su fin.

Caminamos un poco más y ante nuestra vista apareció una choza no muy grande, hecha con palos y techo a dos aguas, de hojas de palmera, que bajaban hasta un metro del piso.

Después de tanta tensión durante el recorrido hasta allí, me sorprendió encontrar esta primer vivienda, que no coincidía con la imagen que me había formado.

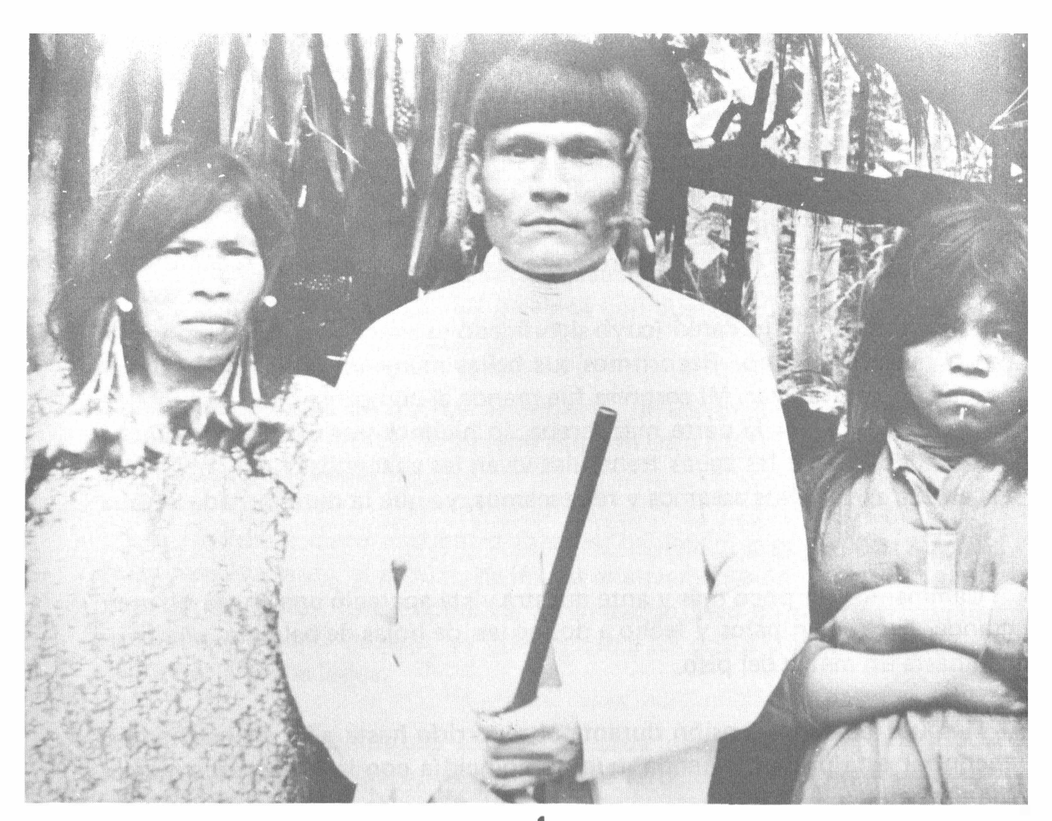
Habíamos puesto seis horas de intenso trajín y resultaba para mí, un fenómeno extraño encontrar esta casa, relativamente pequeña, en contraposición con lo que me suponía habría de ser la gran vivienda de los jíbaros, por los datos proporcionados por los misioneros.

Sufrí una emoción especial, inolvidable; cuando nos acercamos vi en la entrada que, escopeta en mano, nos esperaba sentado un Shuar.

Este poseía una estampa señorial y solemne; era un individuo joven de porte atlético, aunque de menor estatura que la mía. Su mirada era penetrante, escudriñadora. Su rostro serio. Tenía el mentón y los maxilares muy pronunciados.

Era Jimpíkti; vestía camisa y pantalón que había obtenido en la Misión, en canje por otras cosas.

Tenía el rostro pintado con trazos un poco desdibujados, de color rojizo.



1

1– Jimpíkti y sus dos esposas, posando con adornos típicos.
2– La cabaña provisoria de Jimpíkti.

Este lo obtenían del jugo de la semilla de "Achiote" o "Ipiaku".

Las rayas pintadas unían ambos pómulos (que los tenía muy sobresalientes) pasando por la nariz, las cejas y los bordes de los labios. En la nariz tenía marcadas líneas de puntos negros, productos de un tatuaje realizado por su madre cuando niño.

A veces, otros tatuajes, eran hechos por las jóvenes esposas con una flecha de guadúa y con el humo del "Shirípik", resina recogida en una hoja verde puesta en una llama. Introducen la punta ahumada en la membrana superficial del cutis, siguiendo trazos y líneas, preferentemente en las mejillas y en la nariz.

La mirada y los gestos, demostraban una verdadera personalidad recia, adaptada a la vida semicivilizada.

Remarcado por sus orejas, en cuyos lóbulos inferiores, muy estirados, habían orificios grandes, donde antes usaba cañas atravesadas: las "Karitsas" o "Karís".

Tenía el cabello negro azabache, muy brillante, cortado en tres niveles: un flequillo por encima de las cejas, en línea recta, cubriendo totalmente la frente. Otro grupo de pelos muy largos,a ambos lados de la cara, por delante de las orejas, estaban envueltos y amarrados con un hilo de color rojo, grueso, trenzado, llamado "Tirinkias".

2



La mayor parte de sus cabellos más largos estaban unidos con el mismo tipo de hilo, a la altura de la nuca.

Allí, Jimpíkti, tenía amarrado una especie de ramillete de flores, hechas con plumas de tucán "Tsukanká", rojas al centro y amarillas hacia afuera. Estas flores estaban unidas a un extremo de una fajita de algodón, finamente tejida, de unos cuarenta centímetros de longitud. En ellas había decoraciones con dibujos simétricos en forma de rombos, con líneas rojas sobre fondo blanco.

El otro extremo de la faja, que caía sobre su espalda, remataba también en un ramo de flores de plumas, al centro de los negros cabellos. Este importante y bellísimo adorno se llama "Tsukanká Apujtai".

Jimpíkti, lucía en su cuello otro adorno importante: el "Núnkutai". Era un conjunto de unas cincuenta filas de una semilla llamada "Sháuk", especie de mostacilla que obtenían de los ríos de la Amazonía, de color blanco calcáreo, amontonadas como colonias de corales.

Los comerciantes peruanos habían introducido lo que comercialmente conocemos como mostacillas, de origen industrial, más brillantes, que utilizan actualmente; se distinguen fácilmente por su color, más uniforme y porque las semillas naturales no son de igual tamaño.

Jimpíkti no practicaba ya, la ceremonia de enfrentamiento con las escopetas, a la llegada de los visitantes, como me habían anticipado los misioneros.

El, desde mucho antes, había presentido nuestra llegada captando con sus poderosos sentidos, los pasos, que bien orientados por Juanka, nos habían llevado a su casa. Simplemente nos recibió sentado en su "Chimpí".

Al principio solo hablamos con Jimpíkti, nunca con sus esposas. Sin embargo con la autorización del marido, posaron para mí. La mayor tenía actitudes imperativas, se mostraba muy segura de sí misma; la segunda, casi una niña, presentaba un aspecto triste y tímido. Ambas estaban embarazadas.

La primera se puso sobre la ropa que le cubría (un vestido enterizo), el "Tarachi", una camisa de vivos colores. En sus orejas se atravesó un ador-

no muy importante: el "Akítiai", una cañita de unos veinte centímetros de largo, de la cual pendían cinco filas de cuentas de "Sháuk". Este adorno estaba rematado por ramilletes de plumas de "Tsukanka", de vivos colores rojos y amarillos.

La otra esposa vestía solo un "Tarachi". Tenía un palito de unos cinco centímetros de largo atravesado debajo del labio inferior, el "Tukunu".

Ese orificio se lo agrandan paulatinamente desde que son chicas y lo usan hasta cuando tienen el primer hijo. Según me contó el guía, servía a las mujeres para lavarse las manos y duchar al bebé. Lanzaban el agua por el mismo, luego de haber sido entibiada en la boca.

Observé con curiosidad los pies de ambas: descalzas, remataban en dedos muy abiertos. El talón era fino. Todo ello originaba un triángulo de equilibrio y sustentación perfectos.

Mientras hablábamos, Jimpíkti, estaba sentado en el "Ichimpí" o "Chimpí". Era éste un asiento tallado en tronco entero de madera de cedro, con forma de caparazón de tortuga. Tenía una prolongación tallada imitando la cabeza de ese animal y que servía de manija, para tomarlo. Las patas en V invertida; cada lado era un trapecio, cuya base mayor se asentaba en el piso.

Ese banco era usado solamente por el dueño de casa. Para los visitantes nos trajeron unos troncos ahuecados, de sesenta centímetros de largo con una prolongación en la parte superior con la forma de cabeza de culebra. Eran llamados "Kutank".

No hubo saludos aunque con Juanka se habían conocido en otra oportunidad.

Se miraron de frente y comenzaron a hablar casi al mismo tiempo. El guía le explicó, que yo era amigo del Padre Lucho, Director de la Misión, donde se encontraba su hijo Luis. Quería escribir y tomar algunas fotos sobre sus vidas y costumbres. Esta conversación se prolongó durante algunos minutos, durante los cuales yo no entendía nada de lo que hablaban, aunque algo me daba cuenta por los gestos muy expresivos que ambos se hacían.

Las gesticulaciones formaban parte importante del rito de comunicación. Por momentos adquirían caracteres de solemnidad. En otros se mostraban aparatosos con ademanes exagerados.

Todo transcurría mientras el indígena seguía sentado, con su estampa omnipotente, sin soltar su escopeta.

Finalmente, hizo una señal a una mujer que se encontraba en el interior de la vivienda para que se acercara. Portaba una gran tazona de cerámica llamada "Umámuk", que contenía chicha de yuca, "Nijiámanchi", un líquido algo fibroso y denso.

Jimpíkti, nuestro anfitrión, comenzó a beber hasta casi terminar con su contenido, tomando la vasija con las palmas de ambas manos y empinándola hasta el final.

Se la devolvió a su esposa, quien siempre nos daba la espalda. Volvió con el mismo recipiente para Juanka, que la bebió con ansiedad. Mientras esperaba mi turno, observaba aparentemente tranquilo, la quietud del paisaje, las actitudes de quienes me rodeaban, el silencio de la mujer de Jimpíkti.

Cuando me tocó el turno, imitando en lo posible la actitud de ellos, tomé el contenido del "Umámuk" como si fuese agua. Mientras pensaba en la forma como había sido elaborado, cierta repugnancia dificultaba el paso por mi garganta, pero sin perturbarme cumplía un rito que sabía imprescindible para ser aceptado como amigo.

A pesar de lo desabrido y desagradable para mi paladar, noté que calmaba la intensa sed y reponía en parte mis fuerzas, perdidas por la deshidratación a lo largo de la marcha. Es un vitalizador necesario, luego de las extensas travesías.

La esposa mayor (Jimpíkti tenía solo dos), antes de servir la chicha, la mezcló con la mano, chupándose ruidosamente los dedos para demostrar que no contenía veneno. Luego presentó el "Umámuk"escupiendo en el suelo y mirando hacia el marido.

Esta actitud me resultó extraña. Sabía que los jíbaros eran sumamente celosos, por eso yo solo miraba a sus mujeres de soslayo.



Jimpíkti tomando chicha de yuca, servida por una de sus esposas.

Luego me enteré que la chicha era además, un símbolo de fidelidad, unicamente la servía la esposa mayor o la que le había dado hijos varones y solo después de recibir la orden del marido.

Jimpíkti le comunicó a Juanka, que era muy peligroso avanzar hasta los achuaras, porque estaban en plena guerra, debido a la muerte del famoso Tsántiak (noticia que por otra parte, ya había recibido en la Base Militar, días antes). Sería muy difícil, llegar hasta ellos.

Estaban muy excitados, influenciados por los brujos "Bishinio" o "Uwuishin". Estos tenían poderes para curar toda enfermedad hechizada y trasmitir brujerías a otros.

Le hice saber que mantenía la decisión de llegar hasta el final; mi objetivo eran los achuaras, o por lo menos lo más lejos posible, cumpliendo con el recorrido señalado por los misioneros de Taisha.

Los jíbaros admiran el valor por lo tanto debía demostrarles que no le temía a nada: ni a ellos, ni a sus escopetas, ni a los enemigos, ni a los peligros de la selva.

Por los obsequios ofrecidos y la recomendación de los misioneros, gané su confianza y me consideró su amigo.

Jimpíkti se ofreció entonces a acompañarnos en el viaje, para darnos su respaldo, ya que solo con Juanka era imposible que me aceptaran.

Al día siguiente partiríamos; primero a visitar a Tiwi, a siete horas de marcha junto al Río Macuma, el más caudaloso de los que me tocó cruzar.

Tiwi era amigo y nos indicaría si era posible llegar hasta otros achuaras más alejados y que no hubiesen entrado en guerra. Sin duda ésta era la gran solución que yo necesitaba. Tendría dos expertos guías, uno importante en la región.

A medida que transcurría la visita, Jimpíkti se mostraba amable y comprensivo y respondía a mis preguntas exitosamente.

Observé y me explicó detalles de su casa provisoria, previa a la construcción de la gran "Jea", que lleva mucho tiempo realizar, por lo complejo de

la misma.

La vivienda era muy sencilla, de una sola habitación, sin paredes: que le servía de dormitorio, cocina, comedor. Como no llovía, nos recibió en la puerta de su casa, construída de troncos y hojas de palmera. Distintos objetos colgaban del techo. De un palo, había mazorcas suspendidas, secándose. Observé dos camas hechas de caña guadúa, llamadas "Peák". No usaban colchón (ya que los haría ociosos). Dormían con los pies fuera de la cama. Una de las esposas se turnaba cada noche para mantener el fuego encendido. Jamás duermen sin la candela a sus pies. Esta sirve para auyentar a los mosquitos y otros insectos. En una de esas camas dormiríamos Juanka y yo.

Al día siguiente, Jimpíkti nos invitó a escuchar los sonidos de sus instrumentos musicales.Uno de ellos era el "Pinkuí", flauta de caña "Kúnki" seccionada en la parte externa de cada nudo, de cuarenta centímetros de largo, con un hueco en un extremo para soplar y dos en el otro para modular el sonido, tapándolos y destapándolos con los dedos.

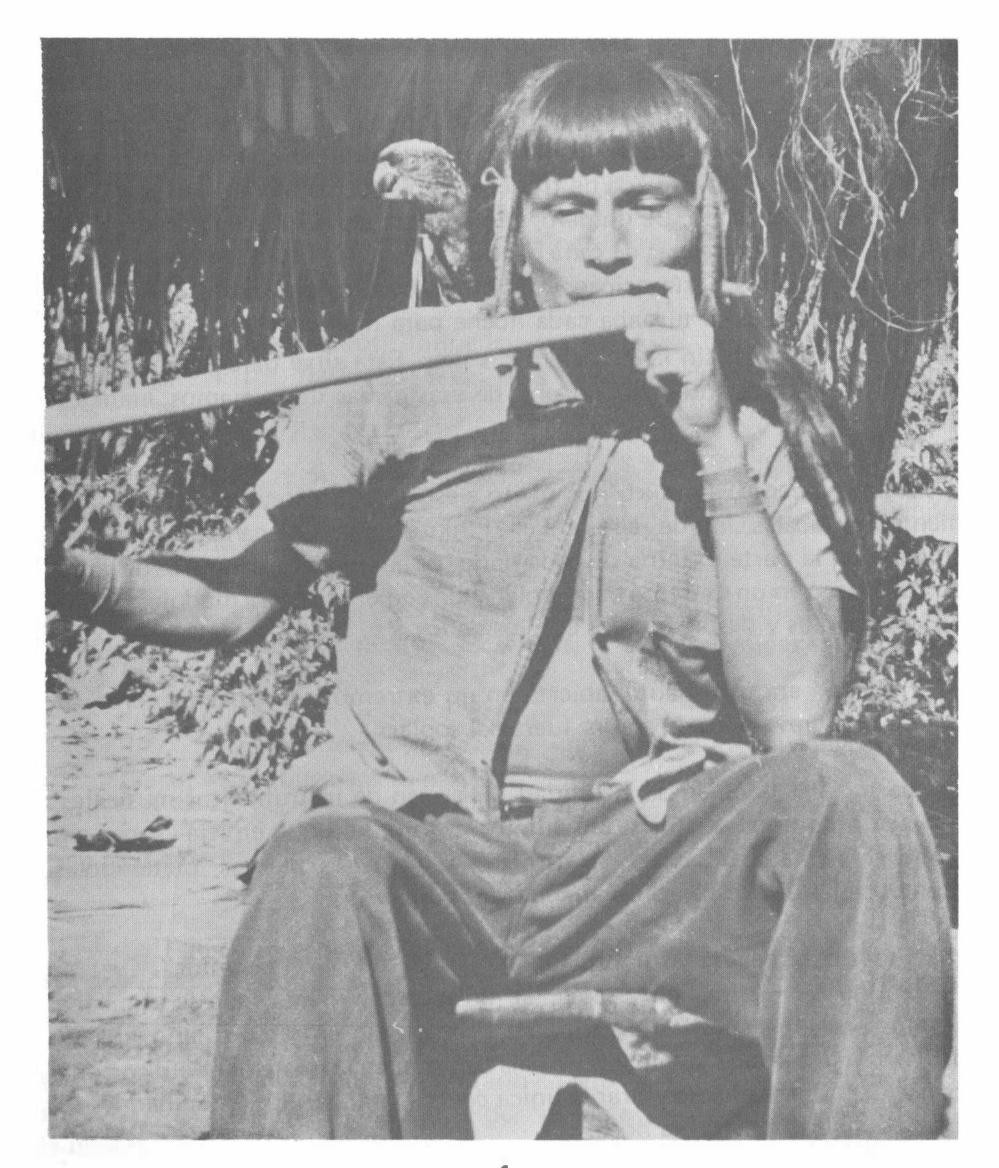
El "Péen" era otra flauta, abierta en un extremo, con cinco agujeros, de sonido más grave pero de mayor fuerza al soplar.

Nos mostró también su habilidad en el uso de instrumentos musicales, con distintos tipos de hojas. Me admiró la forma en que emitía sones tan diversos. Tomaba hojas de "Katírpish" y de otras plantas, metiéndolas en la boca las hacía vibrar, originando raras melodías.

Pero el que más me asombró fue el "Tsayador" o "Tsáyantur". Consistía en una cañita fina muy larga, de un metro y medio, que se arqueaba al templarse una cuerda (de tripa de animal). Un extremo lo apoyaba en el interior de la boca, que hacía de caja de resonancia, sosteniéndolo con una mano. Con la otra hacía vibrar la única cuerda, ampliando y modulando los sonidos al abrir o cerrar la boca.

Las notas que emitía eran dulces y melodiosas. Este instrumento, curiosamente se parece al "Kolo" que usaban los araucanos, también de una sola cuerda, templada a los extremos de una vértebra de ballena.

El "Tsáyantur", según me explicó Jimpíkti, servía para llamar a la esposa de turno a la selva y allí tener sus relaciones sexuales; consideraban que el



1

1– Jimpíkti, sentado en su "Chimpí", toca la flauta. En su hombro, el loro "Shiepo".
2– Jimpíkti tocando el "Tsayántur".



2

hijo concebido y nacido así, sería más valiente.

Los jíbaros tenían pocas relaciones en la cama. El "Tsayador" era el instrumento de enamorar. Entonaba diferente melodías para llamar a cada mujer. Toda esta explicación me pareció muy interesante y me daba algunas pautas sobre estos hombres que gozan de una vida tan libre y natural.

Pude ver como las mujeres preparaban la chicha de yuca. Este tubérculo es una gigantesca raíz de color blanco y contextura fibrosa, principal alimento y que ocupa la mayor área de cultivo en las chacras.

Una vez descascarados, los introducían en un recipiente cerámico de gran tamaño, llamado "Ichínkian". Este posee un cuello muy ancho, para poner con facilidad cualquier tubérculo o raíz que se quiera cocinar y termina en forma de cono en la base.

En el fondo acomodaban tallos entrecruzados, sobre los cuales apilaban las yucas trozadas y peladas.

Con la "Yumi" o calabaza, rociaban un chorro de agua. Una vez llena, la "Ichínkian" era tapada herméticamente con hojas de plátanos, amarradas con bejucos "Yapáyap" o "Chinchíp". Luego la colocaban al fuego. Con este sistema cocinaban la yuca, lentamente a vapor de agua.

Una vez cocida, se extraía y molía con un mazo de madera, el "Ijiútai".

Esa masa era colocada en un "Muíts" (cántaro más grande), removiéndolo con una paleta "Táink".

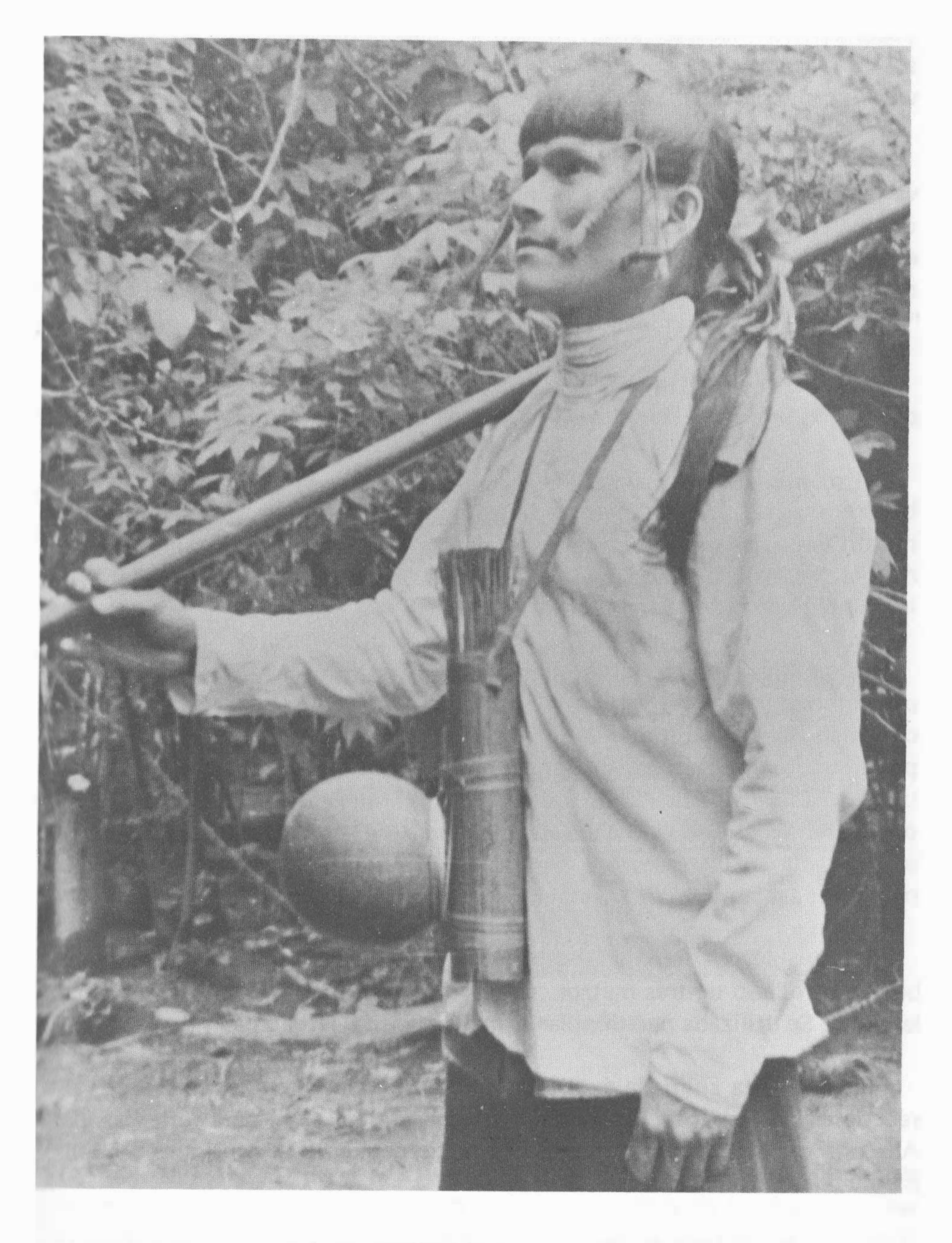
Se llegaba así al aspecto más desagradable para el forastero y tan natural para ellos: la mujer más jóven mascaba este preparado, extrayendo las partes fibrosas.

Lo disolvía en la boca; con las secreciones salivares se formaba un bolo, que tomaba con las manos y devolvía al "Muíts".

De este modo lograban la fermentación del preparado, "Masato" ya que no conocían los fermentos artificiales. El "Muíts", tapado con hojas, era colocado sobre la "Ajintrúkma": soporte armado con cuatro palos de "Apai", de unos ochenta centímetros a un metro de alto. Estos, clavados en el suelo, estaban unidos por unos bejucos, a manera de aros, en la parte superior.

Extraían el "Masato" ya fermentado diluyéndolo con agua dentro de un "Ichínkian". Posteriormente usaban un colador semi esférico: el "Tsatsa" que fabricaban con el fruto de la "Tsapa". Este es un árbol que da una especie de calabaza, que parten por la mitad y perforan con agujeritos. Con este instrumento, separaban el líquido de la papilla y obtenían la chicha de yuca, "Nijiámanchi" que tantas veces habría de tomar.

Jimpíkti, además de la escopeta que tenía al llegar y que había obtenido a cambio de pieles, poseía una lanza de chonta de dos metros de largo y punta triangular, denominada "Káinink". Tenía también una cerbatana "Ume", hecha de madera de chonta. Jimpíkti me demostró como se usaba, cazando un pájaro. Se deslizó lentamente, extrajo una saeta de la "Tunta", la colocó en la cerbatana, avanzó unos pasos más entre las plantas de



Jimpíkti con cerbatana y "Tunta". En su cuello, el "Núnkutai".

yuca, apuntó hacia el lugar en que se hallaba el ave y emitió un fuerte soplido. Pocos segundos después la presa estaba en nuestras manos, atravesada cerca del cuello por un dardo.

La "Tunda" o "Tunta" era el depósito en que se llevaban las saetas envenenadas, ensartadas en un manojo de paja de "Chípiat", en el interior de una caña guadúa abierta arriba. A un costado le amarraban con un tejido especial, una calabaza de "Tsapa" entera, con un pequeño hueco de dos centímetros de diámetro (por allí se la vaciaba). Este otro depósito "Matí", se llenaba con lana vegetal de ceibo, "Wampúsh".

El "Matí" y la "Tunta" iban amarrados juntos y a su vez se colgaban del cuello con una cinta de palmera "Kumái".

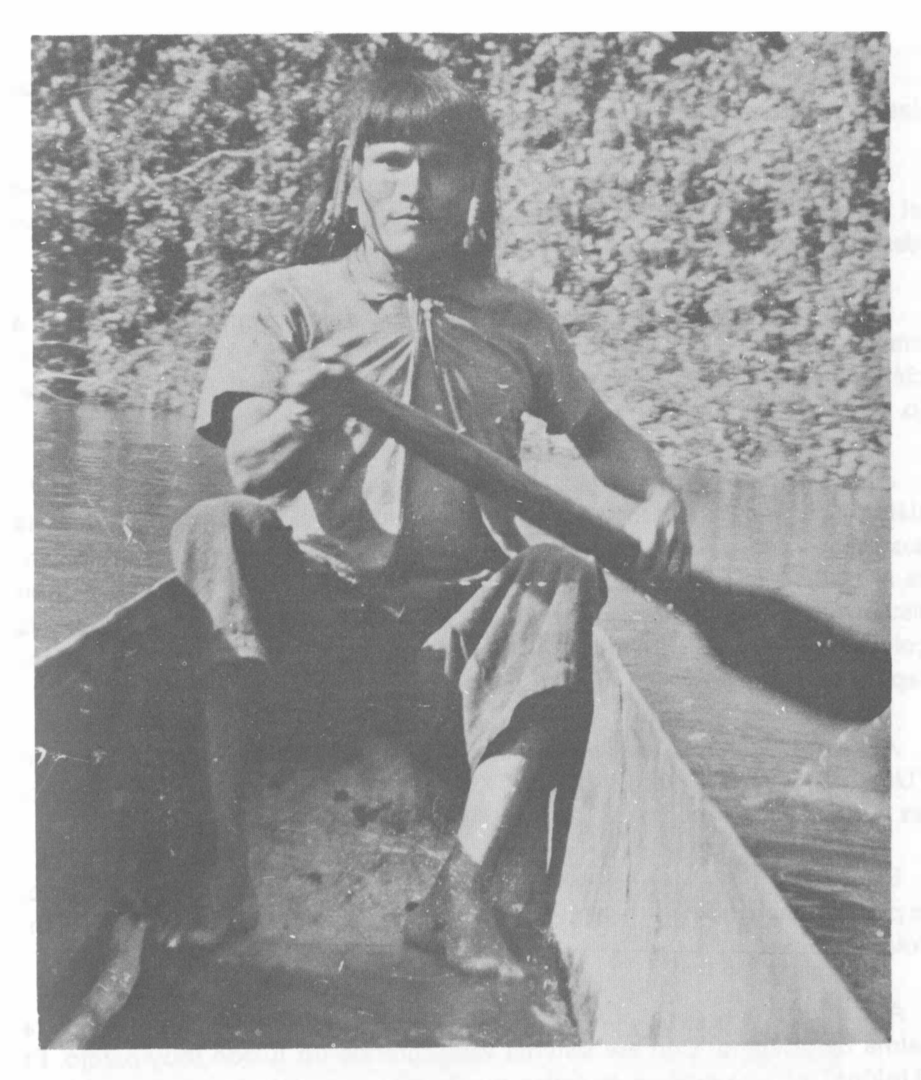
En manos de un jíbaro, la cerbatana es un arma terrible por su asombrosa precisión. El tirador toma la saeta y le coloca a dos cm. de un extremo un poco de lana de ceibo enroscada a la medida del hueco de la cerbatana. Al soplar con todo ímpetu, se forma una cápsula de compresión que impulsa el dardo con total rectitud por el interior del tubo.

Las saetillas "Tsentsák" estaban hechas de palmeras. Tenían unos treinta centímetros y eran muy finas. En una de las puntas se les hacía una ranura con mandíbula de piraña "Pãni", que siendo envenenada, penetraba en la presa quebrándose sin que el animal pueda sacársela. Esa punta se envenenaba con "Tsía" o "Tseas", un jugo que se obtenía de cinco clases de bejucos o raíces a las que se calentaba, segregando una brea negruzca, que a su vez se guardaba en un cascarón. El mismo se recalentaba agrégandole agua, para teñir así la punta de la saetilla.

El jíbaro llevaba también, entre la "Tunta" y el "Matí", el "Japíki" un bejuco arrollado de tres metros de largo, con un poco de lana de ceibo en la punta. Se utilizaba para limpiar el interior de la cerbatana.

Luego de esta animada explicación, Jimpíkti nos invitó a recorrer los alrededores de la choza; marchamos hacia el Río Panki para refrescarnos. Allí nos ofreció un paseo en su canoa, de pequeñas dimensiones y hábilmente tallada en un tronco.

El río con su bajo caudal y aguas cristalinas, se nos mostraba hermoso, enmarcado en el verde paisaje. El sol calentaba la tarde, alumbrando de



Jimpíkti en su canoa, en el Río Panki.

manera diáfana en un cielo increiblemente azul.

Gran cantidad de mariposas multicolores sobrevolaban entre las hojas de un verdor brillantísimo, los cantos rodados y arenas de la playa, que hacían del paisaje un ensueño de luz y color. No sabía qué admirar más: si el paradisíaco lugar o los seres que con tanta naturalidad vivían su libertad de ser dueños y señores de la inmensidad de esa selva.

Viviendo, amando, matando, regidos unicamente por las leyes elementales de sus costumbres, la naturaleza y el medio en que se desarrollaban.

Mientras permanecimos en el río, una de las esposas bajó y se internó en el agua, cruzando a la orilla opuesta. Había ido a recoger frutos. Sostenido desde la cabeza, llevaba un canasto: el "Chankín"o "Chanquiña".

Estos son de formas y medidas diferentes, según los productos que van a transportar. Lo sostienen con una lonja de fibras de "Yúnkua" o "Kaka", haciéndolo pasar por dos huecos laterales del mismo y amarrándolo por debajo.

Jimpíkti tenía también un hermoso canasto impermeable llamado "Pitiák", que después utilizaría en la marcha hacia los achuaras. Allí llevaría sus prendas personales, resguardadas de las frecuentes lluvias. Era semejante al tsáparo que llevaba Juanka, pero de tejido más fino y resistente, con sistema rectangular hecho como si fuera doble "Chankín".Entre ambos había colocadas hojas de "Bijao". Del mismo material tenía confeccionada su tapa. Todo adornado con fajas negras horizontales.

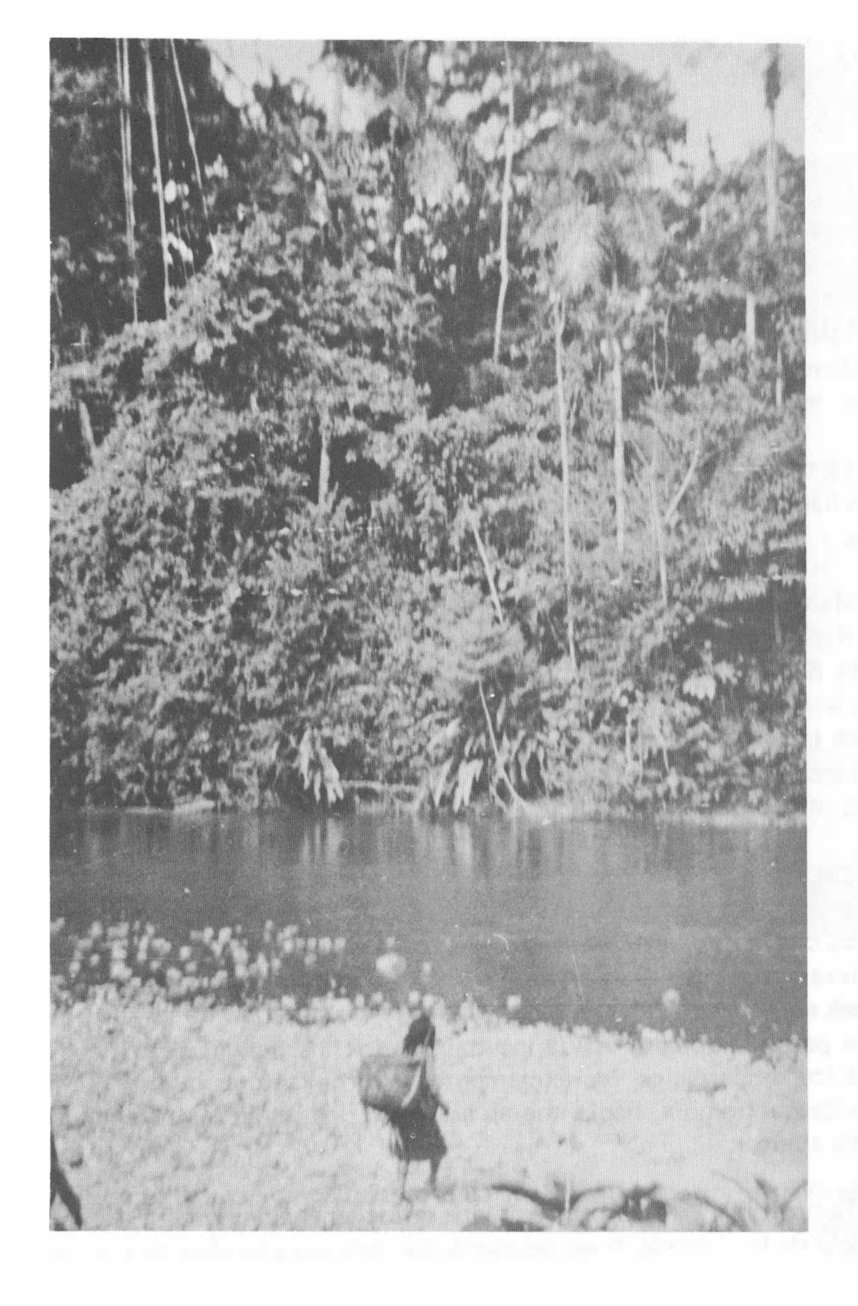
Al caer la tarde, ya de regreso, Jimpíkti se sentó a terminar de tejer un "Uniúnt" o "Iyunt" con piola de "Kumái". Las fibras se obtiene de las hojas tiernas de la palmera "Bijao".

Estas se cortan a la misma medida con un cuchillo de chonta bien afilado, se ponen a hervir en un "Ichínkian", luego se las exprime y retuerce, dejándolas secar.

Así queda lista para fabricar la piola enrollándola sobre el muslo con la palma de la mano. Con ese sistema van logrando un hilado muy parejo. El "Uniúnt" es una especie de bolso que se teje muy tupido, para que no se caigan de él las cosas más pequeñas que allí se colocan.

Ahí ubican desde venenos alucinógenos (en tarritos) hasta mandíbulas de pirañas. Actualmente colocan también cartuchos y municiones.

Este tipo de bolso lleva mucho tiempo de trabajo, ya que el tejido es muy fino. Una larga cinta, confeccionada del mismo modo, sirve para colgarlo desde el hombro al costado del cuerpo.



Una de las esposas de Jimpíkti aprestándose a cruzar el Río Panki, para cosechar frutas en la otra orilla.

Otro bolso es el "Wampáchi". Está hecho con cuero de mono de tal manera que la cabeza hace de tapa y la cola, de bandolera.

Es sumamente extraño para nuestra mentalidad, ver como estos indígenas se sientan con mucha paciencia a hilar y tejer fajas, adornos y bolsos tan variados, finos y delicados en su elaboración, mientras las mujeres realizan todo el trabajo pesado.

Parecía muy contradictorio; me habían hablado tanto de su belicosidad y costumbres asesinas, que comprendí lo poco que se los conocía. Demostraban tener sensibilidad y arte, aún dentro de su primitivismo nómade.

La charla con Jimpíkti, por medio de Juanka, quien con mucha calidad me hacía de intérprete, era cada vez más fluída, como de verdaderos amigos.

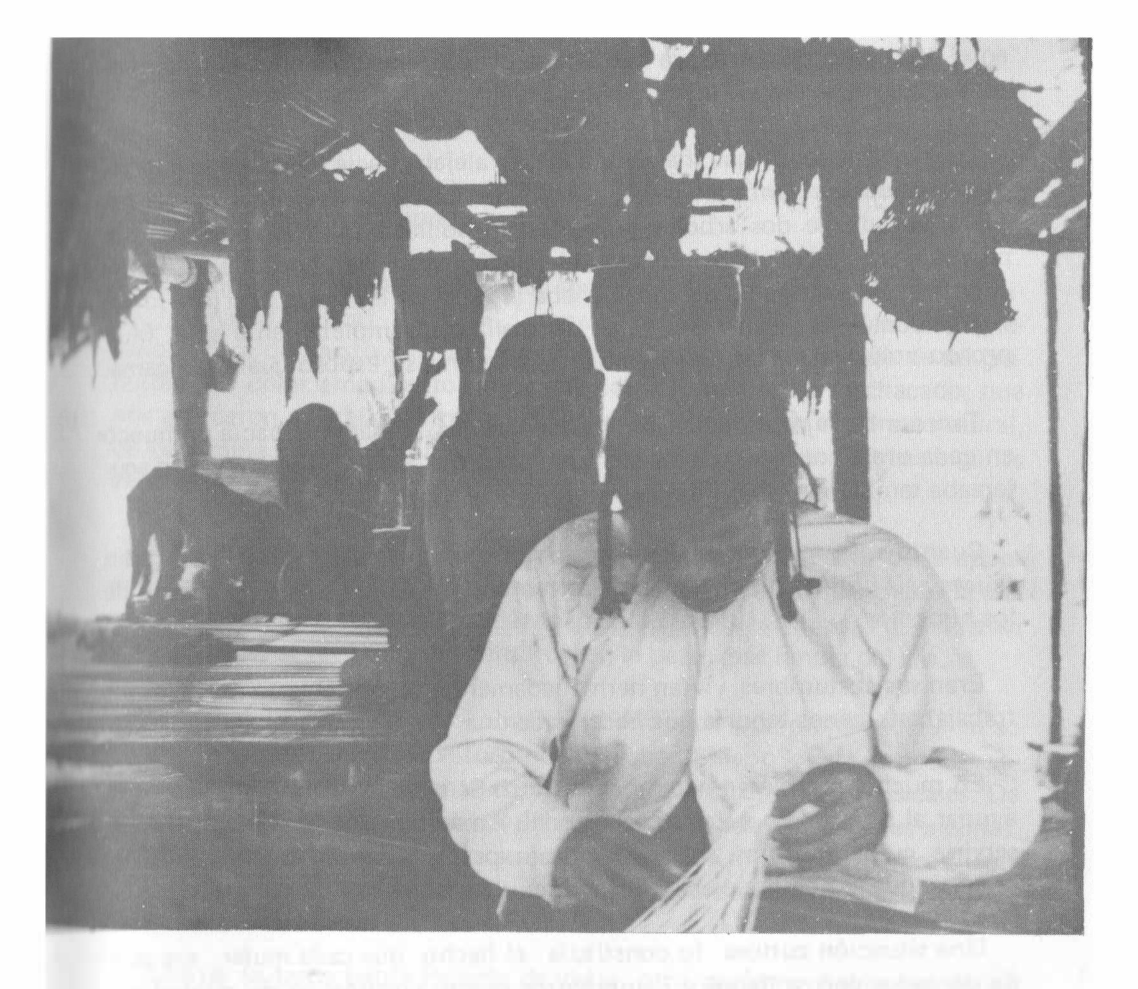
Me explicó así que antes vivía a varios kilómetros de distancia, próximo al Río Cangaime. A poco de llegar a este lugar, lo eligió para la construcción de su nueva "Jea" o Gran Casa.Tumbó varios árboles, seleccionando los troncos que le servirían para la vivienda definitiva y quemó un sector de unas tres hectáreas que habría de servir para la chacra de cultivo. Después construyó una choza pequeña, que es la que se encontraba habitando en esos momentos, mientras esperaba que la madera elegida se sacara.

Las mujeres habían comenzado a cultivar la chacra.

Es costumbre entre ellos, trasladar cada siete u ocho años la morada para renovar la calidad de la tierra de cultivo, que consideraban agotada en ese lapso. Buscaban así un nuevo sitio, muy distante, en la selva vírgen. Por otra parte, la zona se volvía inevitablemente insana, difícil de habitar dado que los desperdicios, los excrementos y otros factores que se dan junto a la vida del hombre, hacía que en ese lapso, los insectos volvieran insoportable el lugar.

También el deterioro que origina la inclemencia climática, en la consistencia de la vivienda, hace necesaria que ésta sea abandonada por otra nueva.

En medio de la chacra, donde nos encontrábamos, el clima era sano y agradable. Los cultivos de maíz, yuca, papa china, plátanos, etc, habían al-



Jimpíkti tejiendo un "Shíkiar" en el interior de su casa, mientras al fondo, las esposas descansan sobre las camas de caña "Guadúa".

canzado un enorme incremento.

Jimpíkti me dijo que desde que trató con los misioneros norteamericanos varios años atrás, estaba lentamente modificando algunas de sus costumbres.

Un jíbaro, cuanto mayor número de esposas tenía, era considerado más importante. Era esa una de las causas de que hubiese tantas matanzas entre ellos. Había que tener en cuenta que muchas de las esposas morían jóvenes,

en el momento del parto, ya que éste se producía en condiciones totalmente faltas de higiene y de atención.

La mujer, al sentir que iba a dar a luz, se alejaba hacia la selva o la chacra, preférentemente junto al río. Se tomaba de una soga que previamente había amarrado de dos árboles próximos, arrodillada sobre grandes hojas y pujaba. Al nacer el bebé, cortaba el cordón umbilical, con una estaca de chonta y enterraba la placenta. Bañaba al niño en las aguas del río y lo envolvía con hojas. Toda esta tarea, la realizaba completamente sola. Muy pronto volvía a sus labores habituales, mientras su esposo guardaba cama.

Tanto a las hijas mujeres como a los varones, la madre le hacía un hueco en cada oreja con una espina de puerco espín "Kuru". A las niñas, le agujereaba también el labio inferior.

Cuanto más mujeres tenía cada jíbaro, mejor sería atendido. Ellas eran felices así, podían servir a su amo, alternándose en el trabajo y cuidado de los hijos.

Eran sus costumbres, vivían hermanadamente, ya que cuanto más esposas trabajaban, menos tendría que hacer cada una.

En muchos casos eran hermanas entre sí. Se ocupaban alternadamente de ayudar al hombre en su arreglo personal y maquillaje, preparar la chicha y servirla, cuidar los hijos, cultivar la chacra, pescar y conseguir la materia prima para que el hombre ejecute los tejidos.

Una situación curiosa lo constituía el hecho que cada mujer, era dueña de varios perros flacos y hambrientos que se encargaban de cuidarlas y que solo obedecían al llamado de su amo o de ellas mismas. Es de imaginar lo que pasaría a cualquier persona, que se acerque a una de estas mujeres.

Esa tarde alistamos el "Tsáparo" de Juanka y el "Pitiák" de Jimpíkti, quien llevaría algunas cosas y pieles, para canjear a Tiwi por una cerbatana. Me habló de su gran habilidad para la construcción de esa arma; se lo consideraba el mejor especialista en la región. Dado el extraordinario trabajo que conlleva su fabricación, el valor de trueque era elevado. Jimpíkti preparó también su escopeta, lista para cazar.

Esa noche comimos abundantemente, incluso la gallina que había traído

Juanka y que las mujeres cocinaron en una olla metálica. Jimpíkti la había conseguido de los militares, a cambio de un mono.

Sirvieron en un recipiente cerámico, "Pinínk", muy abierto arriba con una base pequeña, para apoyarlo en el suelo.

Sentados en "Kutánk", comimos también "Sháa" (maíz), "Mejéch" (guineo), "Mama" (yuca), "Kénke" (papa), "Míik" (fréjol) y "Páantam" (plátano). Para dar gusto a la comida le agregabámos un preparado de sal granulosa, de color amarillento, mezclada con "Jimia" (ají) machacado, que nos acercaron en hojas de plátano. Dicha sal la obtenían en forma natural, de una mina que quedaba muy lejos, a la cual hacían excursiones algunas veces al año.

Volvimos a tomar chicha, quedando plenamente satisfechos de la abundante comida. Reconozco la repugnancia que me producía ver meter la mano revolviendo el líquido blancuzco para extraer las fibras. Al no tener agua potable, se la recogía en cántaros, en la parte más limpia del río.

Me llamó la atención ver conversar a Jimpíkti por momentos y en su idioma, con una variedad de loro que llamaba "Shiepo". Este se posaba sobre su hombro, especialmente cuando tocaba instrumentos musicales. De vez en cuando, el ave acercaba el pico a su rostro, acariciándole las mejillas. También por medio de silbidos se comunicaba con unos "Chirlicreces" (pequeñas cotorras), que vagaban libremente, revoloteando sobre su cabeza o alrededor de la casa.

Durante la tarde había llegado de visita, otro indígena, habitante de las márgenes del Panki, al que llamaban Pinkio.

Traía un hijito, quien estaba totalmente desnudo. Hablaron aparte largo rato, a los gritos y al mismo tiempo, como era costumbre entre ellos.

Noté entonces que cuando ninguno de los dos tenía nada que decir, llenaban ese vacío, emitiendo un sonido gutural; "Jum..jum..jum". Me admiró la manera tan peculiar de salivar, alternando con violentos gestos, en medio de la conversación.

Me hubiese causado miedo, de no saber con anterioridad de esta costumbre. Juanka me indicó que el diálogo era amigable.

Ambos tomaron chicha "Nijiámanchi" y luego Pinkio se retiró. Observé que entre ellos no se estilaba el saludo al llegar o despedirse. Durante la conversación, había notado que se referían a mí, aunque aparentemente no me miraban. Es de señalar, que aunque sabían de su superioridad para supervivir y luchar en la selva, tenían noticias de la existencia de otros seres, de donde yo provenía, muy inteligentes, que habían creado carabinas, escopetas, machetes; también, enormes pájaros que de tanto en tanto veían volar sobre sus cabezas. Alguno de ellos, en la Base Militar de Taisha, se extasió en la contemplación del aterrizaje y despegue de aviones, capaces de llevar gente en su interior y transportarlas a mucha velocidad sobre la selva.

En los momentos de charla con nosotros, Jimpíkti, demostraba una gran capacidad para hacer ademanes elegantes; por momentos se parecía a un hombre de nuestra cultura. Esto se manifestó al hacer el trueque de objetos. Por otra parte, también captaba algunas palabras en castellano.

El valoraba a su modo, mis cosas. Así intercambiamos su "Tunta", peines, adornos, por mis fulminantes, espejos, peines de plástico, camisas, botones, etc.

No conocía el pan, pero le gustó saborear unas galletitas y chocolate que yo llevaba. Me parecía una fantasía encontrarme en ese ambiente tan paradisíaco, rodeado de deslumbrante verdor, escuchando el trinar de los pájaros y viendo volar a las mariposas.

No corría la más leve brisa. La noche serena elevaba su manto negro, salpicado de estrellas. La luna llena me daba la oportunidad de distinguir el perfil de los árboles gigantescos, fantasmales, en permanente vigilancia.

Parecía que los mil sonidos de la naturaleza, resaltaban sobre un fondo de silencio y calma. La noche era una exótica combinación de belleza y majestuosidad. Ante ella me sentía sobrecogido.

Así pensaba mientras, sin poder conciliar el sueño, por la dureza de la cama y por la intensidad de las emociones, sentía la íntima satisfacción, por haber cumplido exitosamente esta etapa.

Pasé toda la noche desvelado, acurrucándome para evitar el ataque de los murciélagos, tratando de mantener la mente entretenida y así no cansarme

de esa quietud. No podía ir a ningún lado en plena oscuridad. Hacia la media noche sentí frío, por el contraste entre el gran calor del día, sumado a la enorme actividad y el fresco agradable de la noche en una total inercia.

Juanka y yo, nos cubríamos con un trozo de tul, que oportunamente había recortado del gran toldo mosquitero, de la antigua cama de bronce de mis padres. Me había acompañado desde Argentina y ahora más que nunca me era útil.

Jimpíkti no necesitaba de este extraño (para él) elemento, ya que tenía una fogata a sus pies que lo protegía, mantenida por la esposa de turno.

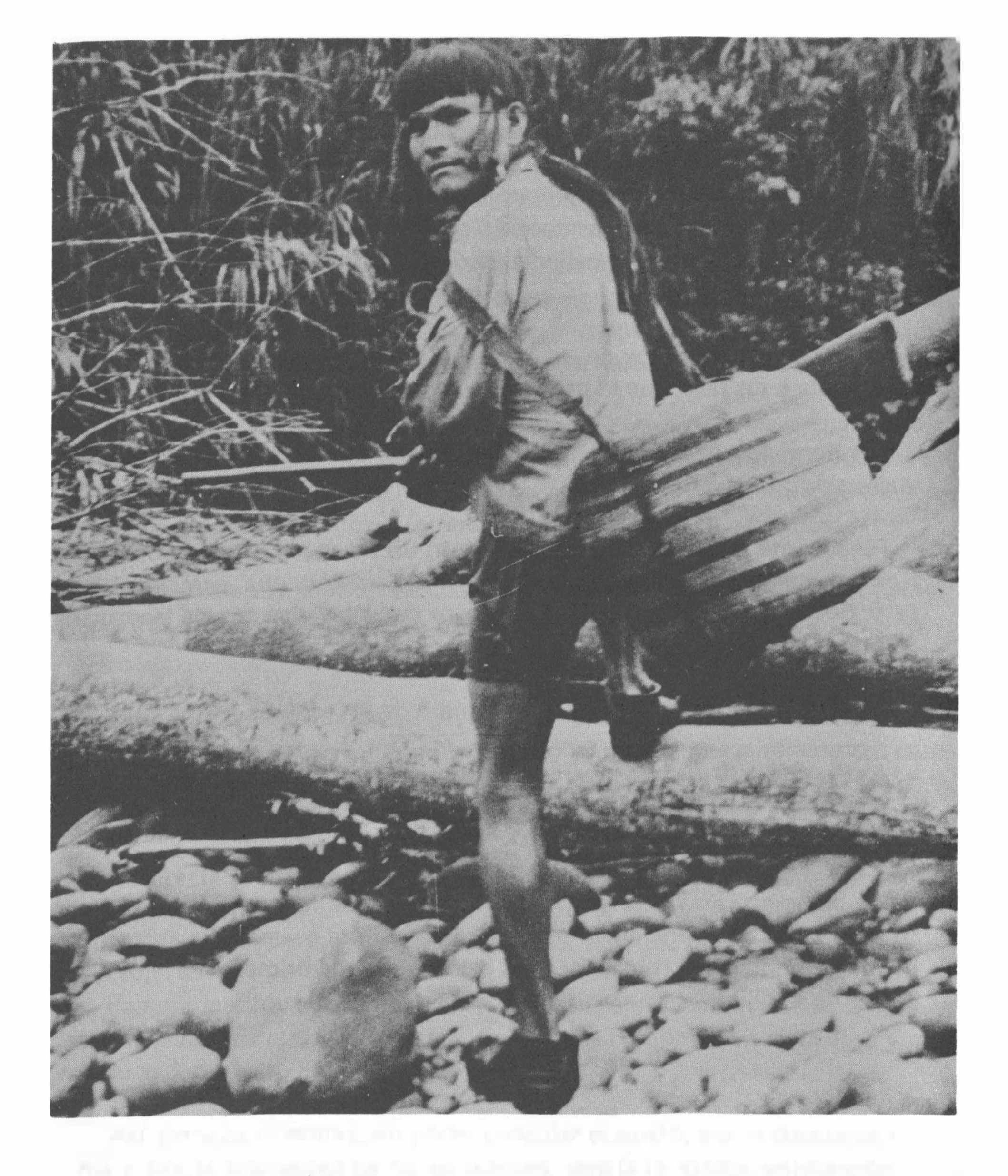
Las horas fueron pasando. Todavía estaba oscuro cuando una de las conyuges sirvió la chicha a Jimpíkti, quien bebió antes de abandonar el lecho.

Finalmente las luces del alba, marcaron un amanecer sereno y hermoso. Nos levantamos, aseándonos con agua que trajeron en una pequeña calabaza y desayunamos con yuca y huevos de gallina. A las seis de la mañana, emprendimos la marcha de siete horas, hacia la casa de Tiwi.

No pude observar si Jimpíkti, se despidió de sus esposas.

Antes de partir hice los primeros apuntes de la jornada. Al señalar la fecha, ocho de mayo, me dí cuenta que el día anterior, yo había cumplido treinta y dos años.

Me parecía sumamente original la forma en que lo había pasado. Recordé, asimismo, que mi aniversario número treinta y uno, me sorprendió, mientras recorría las ruinas incáicas del Cuzco, por primera vez lejos de mi ambiente familiar.



Luego de cruzar el Río Panki, antes de penetrar en selva cerrada, Jimpíkti colocó su "Pítiak" suspendido a la altura de la cadera. Es sorprendente esta forma de cargar el peso, de manera tan baja. Ello le permitía articular el cuerpo para penetrar en pequeños espacios en la espesura, sin alterar su ritmo veloz de marcha.

TRAVESIA HACIA LOS DOMINIOS DE TIWI

Cruzamos el cristalino Río Panki con el agua a la altura de las rodillas; otra vez por las picas de la selva, ahora casi plana. El trayecto desde Taisha hasta el Panki, había estado marcado por contínuas subidas y bajadas en el terreno. La altura sobre el nivel del mar en Taisha, es de aproximadamente cuatrocientos metros. El Macuma, hacia donde nos dirigíamos, tiene en cambio, trescientos metros de altitud y es menos ondulado, con zonas más inundables y lodosas.

Vadeamos varios arroyuelos, encontrando diversos claros en la selva, que pertenecían a antiguas jibarías abandonadas. Daba la impresión que hubiesen cortado los troncos principales (postes). Los techos que emergían en parte, estaban totalmente derruídos. Todo se encontraba en estado de pudrición. La naturaleza, en gran parte, había vuelto a cubrir el lugar. Transpiré a raudales otra vez.

Marchábamos en caravana: Jimpíkti delante, detrás Juanka y yo en tercer lugar.

Me resultaba difícil seguir el ritmo de ellos. Por momento tenía que gritarles para que me esperaran y de esa manera no perderme en la espesura. Ambos mantenían un paso regular y tenían una increible facilidad para esquivar los distintos obstáculos, en los que yo trastabillé y caí varias veces. A poco de la partida tomé algunas fotos con mi cámara de instantáneas.

Durante la marcha me sentí realmente fatigado y en otras oportunidades me pareció que nunca habría de llegar. Tantas horas me resultaban verdaderamente agotadoras, pero tenía que mantener el ritmo, a pesar del barro



1

que cubría mis piernas y que en pocas oportunidades pude limpiarme.

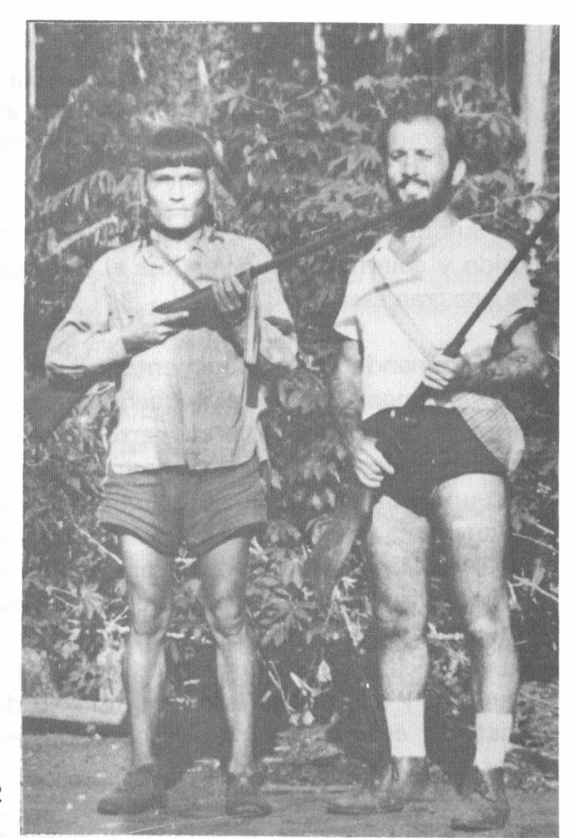
Picado por los innumerables insectos, sentía deseos de rascarme, especialmente las piernas, pero debía evitarlo a riesgos de una eventual infección.

Me lavaba los rasguños y la sangre de leves heridas en los riachuelos y seguíamos la marcha.

Reflexioné que en casi siete horas, practicamente no habíamos cruzado palabras. Era solo caminar y caminar, a su ritmo y en silencio. Este era interrumpido solo por el volar de los pájaros, especialmente tucanes; también por el aullar de los monos que jugaban en las alturas y a los que distinguíamos como sombras.

1– Juanka y Jimpíkti en un claro de la floresta, observando la casa abandonada, después de la muerte de un Achuar tiempo atrás.

2– Jimpíkti y yo con las escopetas. Llevo colgada, la fina "Shigra" de los Yumbos; allí transportaba mi cámara fotográfica.



2

Pasado el mediodía llegamos a las márgenes de un río muy caudaloso: era el Macuma, que por suerte no estaba muy crecido.

Buscábamos un rápido para intentar el cruce, que mis guías con su experiencia ubicaron enseguida.

Jimpíkti y Juanka, cargaron los "Tsáparos", sobre sus cabezas, llevando las armas a la misma altura. Lo hicieron con el agua hasta la cintura.

Observé primero sus movimientos y cuando llegaron a la otra orilla, comencé a atravesar el cauce, próximo a los rápidos. Mientras contemplaba el maravilloso y difícil lugar, tenía que afirmarme bien, avanzar lentamente para no resbalarme en los peligrosos cantos rodados.

Ya estábamos cerca de la casa de Tiwi, en tierra de los bravos achuaras.

Pocos pasos después de cruzar el Macuma, Jimpíkti se detuvo. Tomando la escopeta la abrió, colocó la punta hacia arriba y usando el caño como corneta, emitió un sonido prolongado. De esta manera su amigo sabría de su llegada en compañía de otros.

Subimos una especie de escalera de troncos; el sendero era ya más definido y abierto, pronunciándose el claro de la selva, típico de la proximidad a una gran casa.

Caminando por un rudimentario puente, uno de esos troncos tirados sobre el fango, pasamos el pequeño curso de agua, en tiempos de lluvia. Oimos ladrar una infinidad de perros y voces de chicos. Todo daba la impresión que desde la espesura, éramos observados, pero seguimos avanzando. En un instante nos hallamos frente a la vivienda. A una cierta distancia nos detuvimos. Jimpíkti, nos pidió a Juanka y a mí, que esperáramos. El avanzó solo hasta pocos pasos de la casa. Mi espectativa se vería satisfecha ante el extraordinario rito de protocolo de recibimiento.

Jimpíkti, escopeta en mano, se enfrentó con un hombre erguido, que con pinturas y adornos en la cara, salió solo de su casa. Presenciaría el "Atránmatai", espectacular rito de negación, es decir reusar recibir al huésped por motivo de la guerra.

En idioma achuar, se gritaban al mismo tiempo. Era sorprendente. Había momentos en que realmente parecían prontos a luchar. Daban saltos hacia adelante o hacia atrás. Las explicaciones eran interminables y giraban en torno al intruso que osaba pisar sus tierras, sabiendo el estado de guerra entre ellos. La tensión era grande. Tiwi no participaba por el momento en el conflicto, pero uno de sus vecinos más próximos, el Tsántiak, había sido asesinado y el crimen era motivo de la existencia de un gran nerviosismo.

Finalmente, después de tanto gritar el mismo tiempo, de hacer gesticulaciones y escupir hacia ambos lados durante varios minutos, Tiwi se introdujo en la casa. Jimpíkti nos hizo una señal indicando que podíamos acercarnos. Tras demorar unos instantes más, cargamos los tsáparos y entramos por la puerta principal, a un recinto que me pareció enorme.

En medio de la oscuridad, ya calmado el griterío de los perros por orden de sus amos, observamos que en el centro, junto al gran poste principal de la casa, estaban sentados muy erguidos como en dos tronos, Tiwi y

un visitante: este era Pininkias.

Pensar que el año anterior toda esta gente vivía en paz, incluso el brujo Tsántiak, quien había recibido la visita de los misioneros.

Me sentía satisfecho, pues pese a los malos augurios, conseguí llegar hasta la casa de un achuar. Allí vería cosas muy importantes por la riqueza y magnitud de su vivienda y también por la variedad de utensilios, adornos, etc.. Eran los auténticos primitivos que me interesaba conocer.

Mientras Tiwi y Pininkias estaban sentados en los "Chimpí", los visitantes nos ubicamos de frente a ellos, dándole la espalda a la puerta principal. Así iniciamos una animada conversación. Nos habían acercado tres "Kutánk", de los varios que estaban desparramados en la gran sala, destinados para las visitas.

El diálogo a los gritos iba transcurriendo entre ellos. Era poco lo que yo intervenía. Se decían infinidad de cosas al mismo tiempo, escupían, se gritaban, hacían señas, en fin, por momentos, la escena se tornaba dantesca. Este discurso se llama "Aújmatai".

En un momento dado, el jefe de la casa ordenó la presencia de una de sus mujeres, que trajo la ya consabida chicha, que habría de demostrar que éramos aceptados en la vivienda como amigos. Era el símbolo de la amistad que necesitábamos.

Desde ese momento respiré tranquilo, porque la cara de Tiwi se mostró más serena. El indígena resultaba accesible y hasta simpático.

Mientras ellos conversaban observé el interior de la casa. Ya la vista se había acostumbrado a la oscuridad reinante y alcanzaba a distinguir el movimiento de los niños y mujeres en dirección a la puerta ubicada exactamente al otro extremo de la vivienda.

Se trataba de una construcción de líneas regulares; había muchos niños que se movilizaban, corrían, gritaban, jugaban en su interior.

También había perros, loros y otros animales que no alcancé a distinguir y cuya existencia traté de disimular. Podía, por otra parte, ser mal interpretado, que detuviera la vista en alguna mujer que veía moverse a lo lejos.

Momentos después nos acercaron una "Pinínk", en la que había plátanos hervidos y trozos de yuca. Como no tenían sal en ese momento, ya que su consumo era raro entre ellos, usamos la mía que saqué del bolso, lo que les pareció simpático.

La curiosidad de estos seres era insaciable. Yo esperaba el momento más oportuno para abrir el tsáparo, que me había traído Juanka y mostrarles los regalos destinados a ellos, iniciando así algún tipo de intercambio. Quería primero adelantar un poco la amistad, recién iniciada y de paso ver qué cosas de ellos me resultarían más interesantes y apropiadas para el canje.

Lo que más me llamó la atención, fueron las hermosas coronas que lucían sobre sus cabezas tanto Tiwi como Pininkias. Eran de plumas de "Tsukanká", de colores muy vivos.

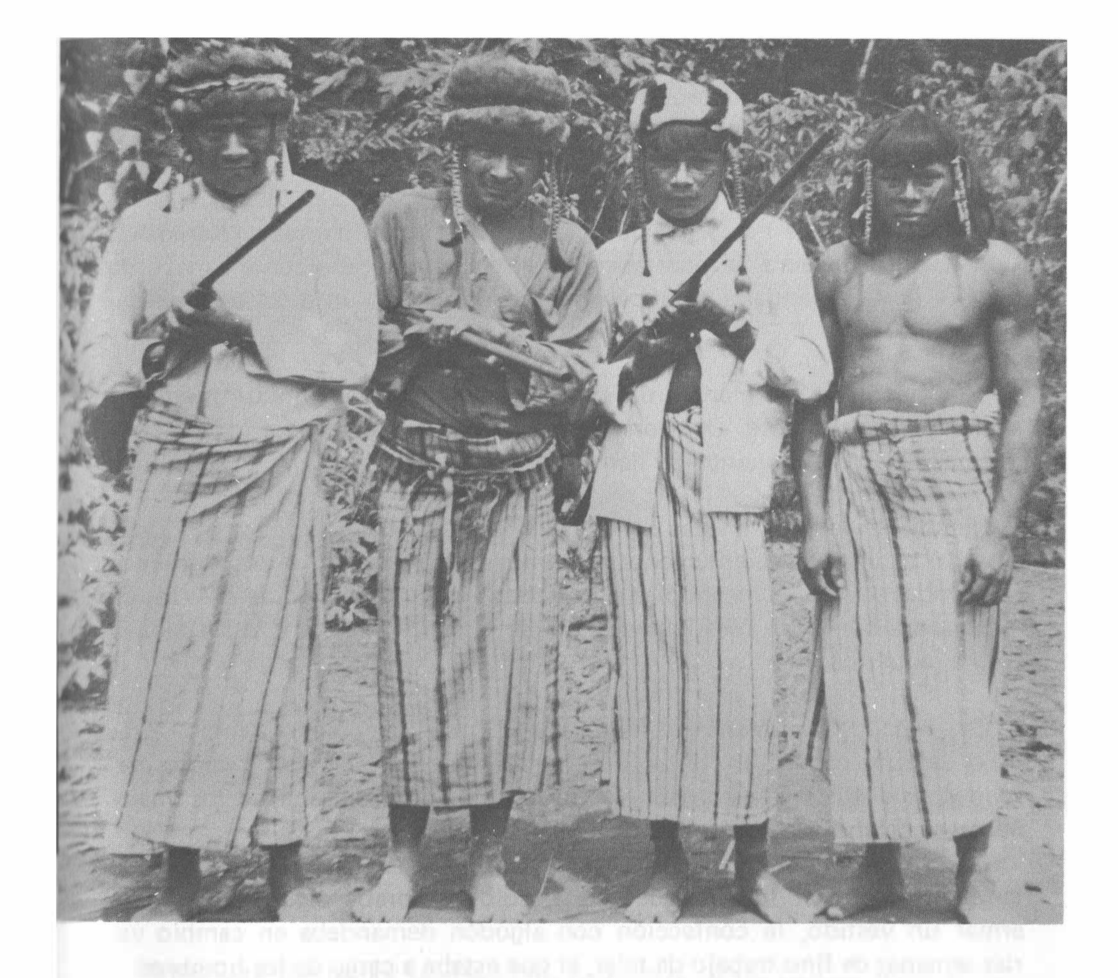
Esta corona de los jíbaros importantes, se llama "Tauaspa" o "Tawáshap". Tenía unos diez centímetros de ancho y requería para su confección, mucha paciencia y maestría.

Con hilo de algodón se hacía un tejido "Shikiar" y en cada nudo se amarraba una o varias plumitas. Distribuyendo simétricamente los colores, se formaban cinco franjas verticales: roja al centro, dos amarillas a cada costado y otras dos rojas, que se unían al amarrarse en la nuca. De esa manera se cubría totalmente la frente, desde las cejas, hasta la parte superior del pelo. Una franja horizontal de color azul oscuro (extraído de plumas del pájaro "Secha"), atravesaba la corona por la mitad.

Hay que tener en cuenta la calidad de trabajo que requería hacer este tipo de corona, tradicional atuendo del jefe. Se trataba de unir, nudo por nudo, las plumitas amarillas y rojas que escogían de la cola de infinidad de tucanes. Había que cazar muchos "Tsukanká" para lograr hacer una sola de esas coronas, ya que cada pájaro posee muy pocas de estas plumas.

La "Tauaspa", utilizada solo por el dueño de casa, era el símbolo de los más valientes.

Luego ví otro tipo de corona; fue cuando salimos al exterior y se acercaron dos de los hijos mayores de Pininkias, uno casi en edad de casarse, alrededor de veinte años y el otro algo menor.



De izquierda a derecha: los Achuaras Tiwi, Pin ínkias (fallecido en 1976 de una gripe), Caserpa (o Jusé, asesinado en 1973) y Pítiur (muerto por enfermedad). Los dos últimos, hijos de Pin ínkias y cuñados de Tiwi.

El último, llamado Caserpa, tenía en la cabeza una corona "Tenteémp", hecha a su medida con bejucos entretejidos, cubiertos con el pecho entero de cinco tucanes, cosidos alrededor. Estos adornos pueden hacerse con pieles de monos o también de otras aves.

En algunas ocasiones, agregan varios pechos de tucanes a modo de cola o también la cola entera de este pájaro.

Observé las vestimentas que ellos usaban; tenían puesto el "Itipi", una especie de lienzo con el que envuelven la parte inferior del cuerpo, hasta el tobillo.

Antiguamente se hacía con la corteza de un árbol llamado "Kamúsh". Con hacha de piedra la recortaban; luego era machacada con un mazo de madera hasta ablandarla y despegarla del tronco con un pincho como palanca.

Se obtenía de esa manera un lienzo de aproximadamente un metro de ancho para el hombre. De troncos mayores se extraían para las mujeres, algunos de un metro veinte. Se llamaban "Tarachi".

Remojaban en el río estas cortezas, desprendiéndoles las partes leñosas. Cuando estaban suficientemente maceradas, se tomaban de los extremos con ambas manos, golpeándolas con cuidado contra las piedras del río; de esa manera quedaban muy blandas. Así se las tendía al sol y se les daba la forma requerida.

Este tipo de vestimenta se había usado hasta muy poco tiempo atrás, pero después debido al contacto de algunos jíbaros con comerciantes peruanos, que ascendian por los ríos navegables y la llegada de los misioneros, se difundió la costumbre de hilar el algodón.

Mientras que el trabajo que relaté, solo demoraba algunos días para armar un vestido, la confección con algodón demandaba en cambio varias semanas de fino trabajo de telar, el que estaba a cargo de los hombres.

Sembraban algunas plantas de algodón "Uruchi" en terrenos vecinos a la casa o la chacra. Producían fibra casi todo el año.

Con el huso "Shikit", obtenían un hilo fino en ovillos "Kaént". Luego tejían con un telar de lanzadera ,"Payánku" similar al que usan otros indígenas sudamericanos.

El "Itipi" se ceñía a la cintura con una faja "Nuntsuna", también tejida de algodón (como si fuera un cinturón). Los diseños del "Itipi" eran líneas verticales, de colores: morado, rojo y negro, alternando cada dos centímetros de color blanco.



Con las familias de Tiwi y Pinínkias.

Dimos una vuelta por la chacra en compañía de los nativos, Tiwi, Pininkias, Caserpa, Pitro, Jimpíkti, Juanka y yo. Caserpa tenía el pelo, amarrado con "Tirinkias". En su extremo estaba insertado el "Tsukanká Akítiai", adorno realizado con un palito (de veinte centímetros de largo y medio de ancho), al cual envolvían manojos de plumas rojas y amarillas, de tucanes. Remataba este conjunto con largos cabellos, que antiguamente los shuaras cortaban a sus enemigos antes de hacer las "Tsantsas" (cabezas reducidas). En la actualidad son de su propio pelo.

Me llamó la atención un adorno que lucía Tiwi: se distinguía por las plumas predominatemente amarillas y algunas rojas, atado en la parte baja del cabello, cayendo sobre la espalda. Remataba en una cantidad enorme de coleópteros, color verde—dorado, muy brillosos y llamativos.

Tiwi y Pininkias, tenían en los lóbulos de las orejas, los "Karís" o "Karítsa". Eran estas unas cañitas de veinte a treinta centímetros de largo por dos de diámetro. Poseían diseños figurativos geométricos, en el extremo que lucen adelante.

Antes de introducirlos en las orejas, los mojaban con saliva.

Los achuaras dedicaban mucho tiempo a su apariencia personal, especialmente al cuidado de sus hermosas cabelleras.

Los adornos más importantes eran llevados en la cabeza. Para peinarse utilizaban un peine especial, el "Temáshi", muy fino, de meticulosa elaboración.

Se confeccionaban con palillos muy finitos, extraídos de la caña "Pindo". Eran como flechitas de dos puntas, amarradas de manera especial, con hilos de colores entre dobles tiritas de caña.

El diseño del tejido de amarre, era complejo y muy hermoso; generalmente, figuras geométricas.

Tiwi me mostró, sacando de su "Pitiák", unos adornos interesantes: uno de ellos, el "Awánketai" era usado por el hombre. Cubría su pecho y espalda, rodeando los hombros. Estaba confeccionado con una cinta de algodón fino. De ella pendían engarzados con hilos, huesos del ala de un ave rapaz, denominada "Tayu". De los extremos de los huesesillos, colgaban picos de tucanes, recortados de manera especial. En otro "Awánketai", los colgantes eran grandes semillas vaciadas.

También me hizo ver otro adorno de importancia: el "Shakap" usado en las fiestas por la mujer adulta, generalmente la preferida. Consistía en una faja tejida de algodón con colgantes de mostacillas y grandes caracoles "Kunku", recortados en forma triangular o con semillas variadas, que al bailar emitían sonidos acompasados.

Tiwi me enseñó las diferentes sustancias que utilizaban para teñir los "Itipis" y otras telas. La llamada "Yamakai", era una planta de la que se extraía un zumo morado, machacando bien las hojas y diluyéndolas con agua hasta darle la densidad deseada.



El rojo lo obtenían exprimiendo entre los dedos las nueces de achote y el negro era el resultado de la mezcla del zumo de varios árboles.

Asímismo Tiwi me explicó el empleo de distintos tipos de pintura para el rostro. Ellas tenían un significado especial y se las hacían según las ocasiones, principalmente para fiestas o actos guerreros. Usaban tintes de "Karawira", "Súa" o "Ipiáku".

Los diseños en algunos casos, representaban el tigre "Shiáshia". LLevar esta imagen en el rostro, significaba que poseería la fuerza de ese animal para desgarrar el cuerpo del rival.

En otras ocasiones el dibujo era el de la culebra equis "Yamúnk", que les daría el poder de traspasar al enemigo con su lanza sin ser vistos. Otros trazos eran el símbolo de la anaconda "Panki", mediante la cual el dios Arutam, trasmitía su potencia para inmovilizar al adversario con su fuerte abrazo, como la gran serpiente.

Tuve la suerte de haberme ganado la amistad y la confianza de ellos, especialmente de Tiwi, que me resultó un personaje muy interesante y comunicativo.

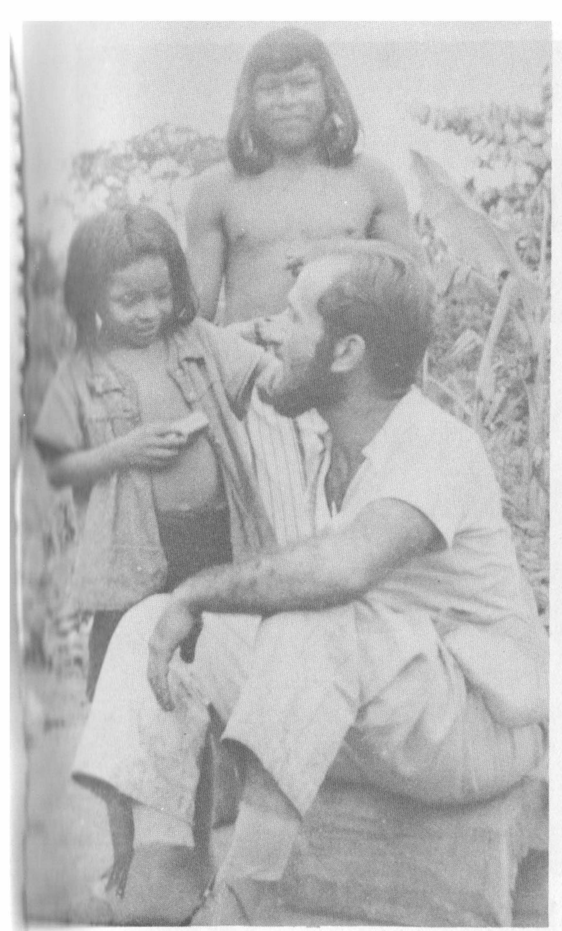
En momento oportuno, vi conveniente entregarles los regalos que llevaba y que recibían con mucha alegría y curiosidad. A veces me pedían algo que no pensaba darles, pero debía hacerlo.

Incapaces de robar, expresaban con tanto entusiasmo y naturalidad su deseo de poseer algún objeto, que era imposible negárselos.

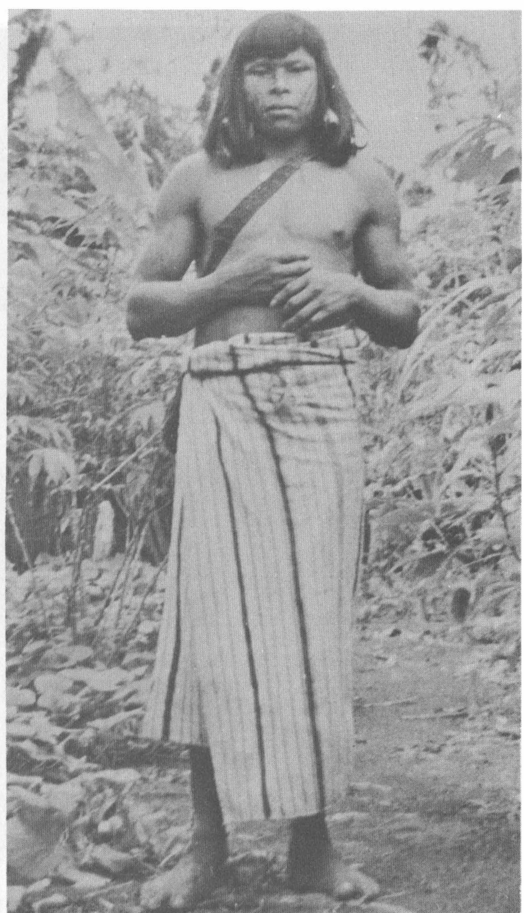
Con esto logré de ellos mayor colaboración para continuar mi viaje y pagarles en parte el imprescindible hospedaje.

Otras cosas servían para el trueque, ya que desconocían absolutamente el dinero.

Así conseguí adornos importantes, de incalculable valor etnográfico y que en la actualidad no realizan. El inexorable avance de nuestra cultura los hará desaparecer a breve plazo.



1



2

1– Tsamarín, hijo de Pinínkias, me peina la barba, mientras descanso, sentado en un "Kutánk".
2– Pítiur, vestido con "Itipi". Atrás, plantaciones de yuca.

Logré así obtener la "Tauaspa", el "Tsukanká Akítiai", los "Temáshi", el "Awánketai" y los "Tenteémp", que constituyen hoy en mi colección, los recuerdos más preciados de mis viajes por Sud América. A cambio de estos adornos les dejé peines de plástico, botones, hilos de colores, espejos, cortes de género, cuchillos, sal, fantasías, etc. que les atrajo mucho.

La jornada siguiente pasamos descansando con ellos. Fue para mí una experiencia extraordinaria y una de las más ricas.



1

1– Un niño achuar me acaricia la barba. Observan la escena sonrientes, Pinínkias y dos de sus hijos.

2– "Tawáshap", corona del Jefe Achuar y "Tsukanká Apújtai", faja con plumas de tucanes y cabellos humanos.

3– "Akiamu", palitos que atraviesan las orejas de la mujer, con colgantes de mostacillas y mechón de plumas. "Tirinkias", piolita de algodón con amarres de plumas y coleópteros. "Tsukanká Akítiai", palito con plumas de tucán, para adornar el pelo que cae hacia adelante.

4– Abanico de plumas de papagayo, picos de tucanes. "Tayu Tsukanká", adorno hecho con una fajita de la cual penden huesos de alas de ave y picos recortados de tucanes.

5– "Tenteémp", corona usada por los jóvenes, confeccionada con pechos de tucanes. Imitación de cabeza reducida. "Shakáp", faja de mujer adulta, con colgantes de mostacillas y caracoles "Kunku", utilizada durante las danzas.

2

3

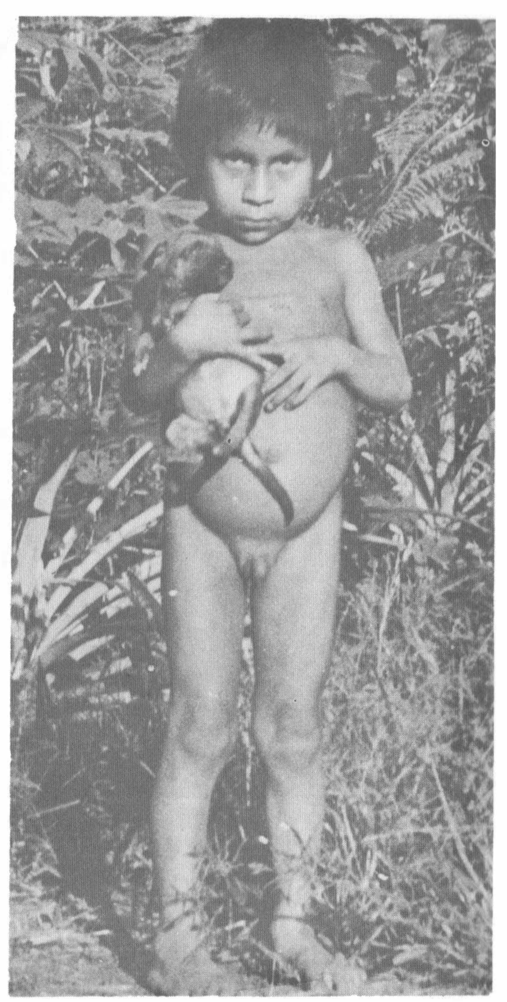
4

5

4

5





Niños Achuar: el primero apuntando con su escopeta de juguete; el segundo, jugando con un perrito.

Alejados de nuestro mundo tan complicado, aprendí una auténtica y humana filosofía de la vida. Su profunda compenetración con la naturaleza, una particular visión para educar a sus hijos, la autenticidad y pureza que expresaban sus sentimientos.

Pude tomarles fotos con mi modesta cámara de aquél entonces. Tiwi accedió, ordenando a sus esposas que posaran para mí. Lo hicieron pero de mala gana y escondiendo la cara al principio.



1

1– Niños Achuar apuntándome con sus armas de juguete.
2– Tiwi, puliendo con el "Shíkit" y arena, el interior de una cerbatana. Una de sus esposas, riega agua sobre ésta.

Ganaba la amistad de los niños a medida que pasaban las horas. Les encantaba acariciarme los brazos velludos y especialmente la barba. Constituía toda una novedad para ellos ya que los indígenas son lampiños.

Eran realmente muy juguetones y curiosos, despiertos y creativos en sus juegos. Fabricaban pequeñas cerbatanas y armas en miniatura. Un chico había armado una escopeta con pequeñas cañas y un arco flexible; con ésta disparaba semillitas.

Jimpíkti me había dicho que Tiwi era un gran fabricante de cerbatanas "Umi" ó "Uum". Esta arma predilecta de los achuaras, en sus manos a veces era superior al rifle, por lo silenciosa. Tiene la virtud de no auyentar a los animales, como las de fuego.



2

Confeccionarla, significaba un trabajo lento y de alta precisión.

Preparaba una especie de caballete para trabajar. Este consistía en cuatro palos alineados y enterrados, sobresaliendo un metro del suelo. En sus extremos superiores hacía una incisión, colocándole cuñas, quedando abiertas como horquetas.

En ella apoyaba dos tiras de madera de chonta, de aproximadamente tres metros de largo y cinco centímetros de espesor.

Una de éstas, era fijada en el caballete, friccionando fuertemente la otra hasta lograr la unión perfecta de ambas.

En las dos hacía un canal al medio y lo pulía, utilizando el "Shikít": fina varilla muy resistente, de chonta, medio metro más larga que la cerbatana, de un centímetro de espesor, de forma cilíndrica que, como herramienta fundamental, requería un pulimento perfecto.



Tiwi apuntando con una cerbatana.

Amarraba fuertemente ambas tiras con fibras de "Kaka", colocando entre ellas, cuñas a ambos lados del hueco.

Estas, eran reemplazadas paulatinamente por otras, cada vez más delgadas, hasta eliminarlas totalmente.

La esposa le ayudaba, regando agua y arena muy fina. Tiwi hacía fricción con el "Shikít", con movimientos circulares, que desgastaban el espacio interior, logrando así un hueco cilíndrico perfecto, de un centímetro de diámetro entre las dos chontas originales.

Luego con un "Tsenken", horqueta en cuya abertura había un cuchillo, redondeaba el lado exterior de tal forma que hacía la punta más delgada y la embocadura (desde donde se sopla), más gruesa.

Después de todo este procedimiento que llevaba varios días, Tiwi procedía a amarrarla en forma muy ajustada con tiras de bejuco "Kankump", hasta que las dos piezas quedaban perfectamente juntas y fijas.

Entonces la revestía en su totalidad con "Tsékat", una especie de brea vegetal, sacada de la planta "Penká" y con cera negra de avispas "Kántse" o "Tsícat". Finalmente calentando al fuego la cerbatana, que ya tenía su forma definitiva, la encharolaba hasta quedar lista para su uso. Su acabado era muy liso y brillante.

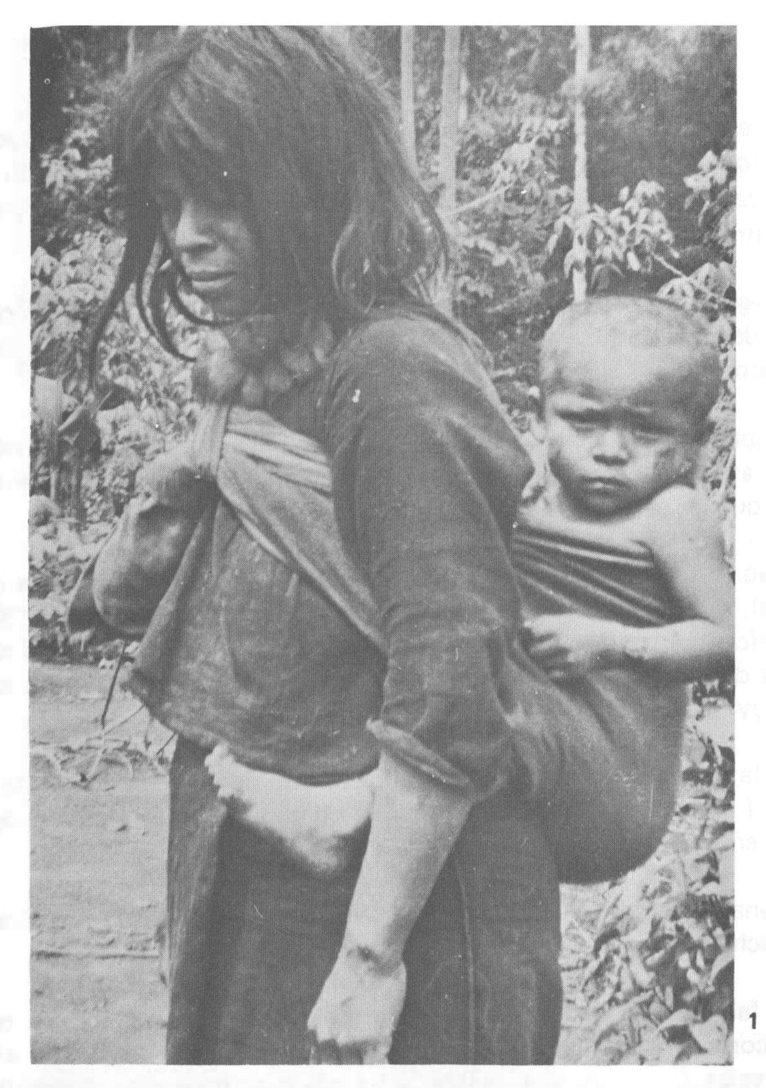
En la embocadura "Chuchúk", colocaba un pedacito de fémur de tigre o sajino (especie de jabalí). Bien pulida con arena, serviría para apoyar los labios en el momento de soplar.

A una cuarta de la embocadura, colocaba una especie de mira para apuntar, hecha con un diente de roedor y fijada con cera negra.

La fabricación de los dardos "Tsentsák", también me resultó curiosa. Tiwi cortaba los trozos externos, más duros de la caña guadúa en tiras bien rectas (de unos veinticinco a treinta centímetros y dos milímetros de diámetro). Los redondeaba con un cuchillo y afilaba las puntas. En un extremo les hacía una ranura con mandíbula de piraña a dos centímetros de la punta y le bañaba en "Curare", veneno paralizante.

Antes de guardar las "Tsía" o "Tsentsák" en la "Tunta", a tres centímetros del extremo opuesto, arrollaba, apretando entre los dientes y la mano, un poquito de lana de ceibo.

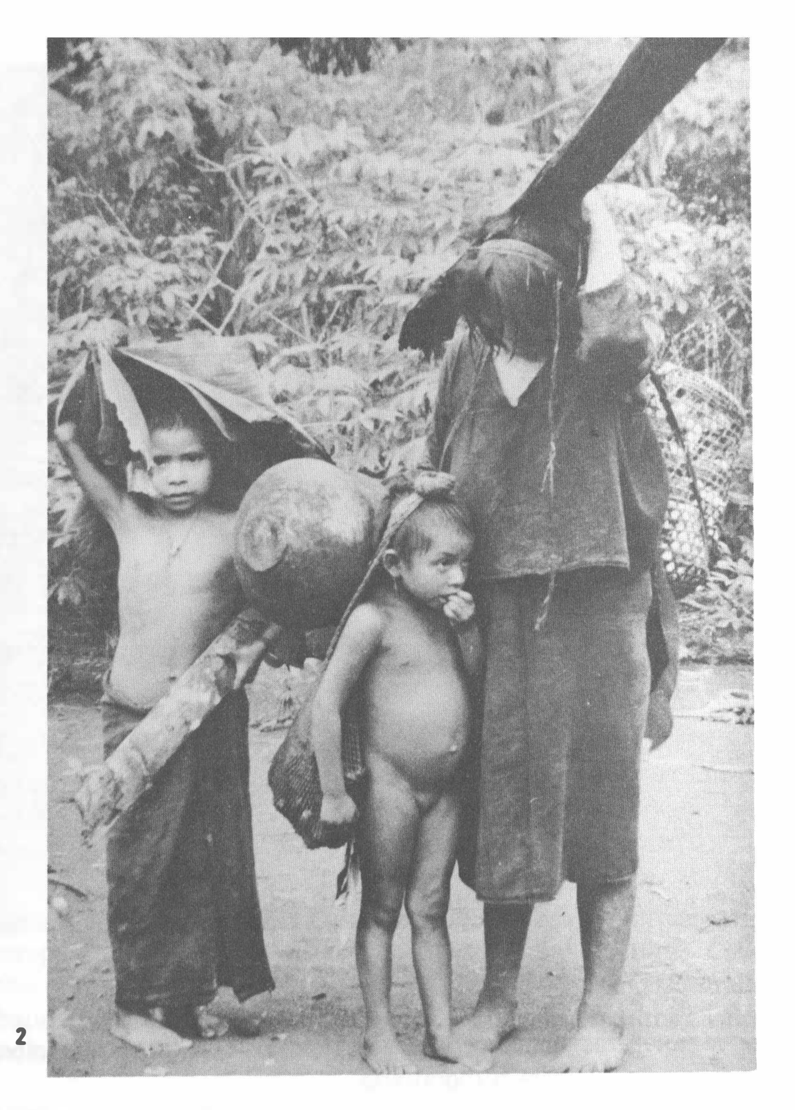
Mientras recorríamos la chacra de Tiwi, pude observar el trabajo de algunas de sus esposas, cosechando y cargando en los "Chanquines". También



nos cruzamos, con tres mujeres de edades diferentes, a las que, luego de pedir autorización a Tiwi, fotografié.

La más pequeña tendría unos cinco años, iba totalmente desnuda, cargaba en la parte superior de su cabeza un bolso "Shíkiar", lleno de frutos. La otra de unos siete u ocho años, tenía la piernas envueltas en un "Tarachi" y también cargaba sobre su cabeza y manos productos de la chacra. La mujer mayor vestía con una falda, "Pambaña" y una especie de camisa llamada "Pushia". Sobre la cabeza llevaba un tronco y en la espalda un "Chankín" grande, con los productos recogidos en la huerta.

2



1– Putsum, esposa de Tiwi, con sus hijas Chinkiamí y Jusép, cargando productos de la selva.
2– Pirísan, portando a su hijo en la espalda.

Pirísan, una de las esposas de Pininkias, portaba envuelto en un lienzo a sus espaldas, un niño con la cabeza rapada. De vez en cuando, lo pasaba con gran habilidad por debajo del brazo y levantando la parte delantera de la breve camisa, lo amamantaba sin dejar de trabajar.



Pirísan, mujer de Pinínkias, modelando una cerámica.

La observé mientras hacía cerámica y siempre con la autorización de Tiwi, pude acercarme y hasta fotografiarla.

Para esa actividad, las mujeres debían acudir a lugares muy distantes, a buscar arcilla natural apropiada "Nuwei". La traían envuelta en hojas, en un "Chankín". La materia prima en estado natural, era mezclada con las cenizas de corteza "Apáchiran", árbol que abunda por allí, obteniendo así un material sumamente moldeable y liviano.

Hacían todo el trabajo a mano, por desconocimiento absoluto del torno, sin embargo (y esto es lo que más me maravilló), lograban realizar perfectas circunferencias.

Sobre una tabla "Tantánk", que obtenían de la raíz de la "Cayuá", colocaba un poco de arcilla bien aplastada, formando la base de la vasija a crear. Después con rollos alargados del mismo material como cordeles, iba colocando en círculos y superponiendo hasta tomar la forma deseada.

Los bordes y las paredes del lado exterior se pulían con la palma de la mano y del lado interior con trozos de calabaza. Todo era remojado en saliva.

Cuando la cerámica era de gran tamaño, modelaban la primera parte sobre el "Tantánk", dejándola orear hasta el día siguiente. A medida que las paredes de la olla se secaban, reanudaban la tarea.

Esta implicaba gran experiencia para su realización, ya que eran muy resistentes y de paredes relativamente finas.

Una vez terminadas, las dejaban secar por un lapso de dos a tres meses, colocadas sobre una repisa especial "Píik".

Algunos recipientes, los "Ichínkian" y "Yunkúnt", eran ahumados con sumo cuidado. Otros, "Umámuk" y "Pinínk", los pintaban con rayas de diversos colores usando un rudimentario pincel consistente en cabellos sujetos a un palito.

No tenían hornos pero lograban su cocción a cuatrocientos y más grados de temperatura, directamente al fuego, entre ramas y cenizas. Calientes aún, encharolaban su parte interna con el mismo material que usaban para el acabado de la cerbatana, es decir brea y cera. En algunos casos, pintaban también adentro con el color rojo del achiote.

Pirísan, mientras hacía su trabajo, siempre portaba a su niño amarrado a la espalda. Tenía, como la mayoría de ellos, tobilleras de piel de iguana y los pies lastimados por el caminar descalzo. Me llamó la atención la gran callosidad o corteza plantal muy dura, formada por el corres de los años, ya que desde niños andan sin ninguna protección.

La mortandad infantil, antes del primer año de vida, era muy elevada. Hasta los diez años, la lucha por la supervivencia, en un medio tan hostil, los iba endureciendo. Solo sobrevivían los más fuertes. La eutanasia practicada en niños deformes, fue un hecho frecuente, hasta en épocas no muy remotas.

Por el clima tropical, el contagio de enfermedades era muy grande, dentro de sus precarias formas de hijiene. Ello se ha incrementado desde que hubo mayor contacto con los blancos, quienes les han trasmitido enfermedades desconocidas, para las cuales no contaban con defensas orgánicas.

Un hijo de Tiwi, por ejemplo, tenía una infección debajo del ojo izquierdo; de propagarse, tal vez hubiera llegado a afectarle la visión. El niño se había encariñado conmigo desde que llegué. Entre las pocas medicinas que había en el tsáparo encontré yodo y polvo de sulfamida. Pedí autorización al padre para curarlo. Aceptó y durante dos días hice las aplicaciones tratando de cicatrizarla. Tuve éxito y ello me ganó más, la simpatía de toda la familia.

Creí entonces llegado el momento oportuno, para indagar sobre su grupo familiar y la gran intimidad que veía con Pininkias. Había oído explicaciones sobre casamientos entre primos cruzados y hermanas con un mismo hombre. Me sorprendía ver lo bien que se llevaba entre sí, las tres esposas de Tiwi. Entonces me explicó que cuando se consideró un joven fuerte, preparado para la vida y en condiciones de formar un hogar aparte, insistió a su padre hasta convencerlo para que le ayude a hacer factible un buen matrimonio.

Dada la amistad con Pininkias, que tenía varias hijas mujeres, se dirigieron ambos a casa de éste, para arreglar el pedido. Portaban regalos, víveres y productos de caza para Pininkias, al cual explicaron el motivo de la visita.

Este aceptó que Tiwi viviera una temporada en su casa, ayudando en las tareas masculinas, para demostrar su hombría y en la crianza de la que sería su esposa.

Como todo marchó bien, una vez que la hija mayor estuvo preparada, Pininkias autorizó la consumación del casamiento, para lo cual no hubo ninguna ceremonia, simplemente pasaron a convivir en una misma cama. Antes, compartiendo la ''Jea'', dormían separados; la madre preparaba a la futura esposa, no dejándole nunca sola. Siempre consigo en las tareas cotidianas, aprendía a ser una buena ama de casa.

Después de un tiempo de vivir como matrimonio en casa de Pininkias, decidieron formar su propia ''Jea'', no lejos de éste.

Más adelante, Tiwi pidió como esposas, a las otras dos hermanas meno-

res. Por ser aún pequeñas, él se encargó de su crianza y cuidado, sin tocarlas hasta que llegaran a la menstruación. Cuando ésto se produjo avisó a Pininkias. El organizó una fiesta "Nuwa Tsanku", invitando a familiares y amigos, que trajeron regalos y comida para celebrar.

La mujer más viejita de todas, "Wea", que sabía los cantos antiguos "Anént", dirigió la preparación de la nueva esposa, repitiendo éstos, a medida que le entregaba cada cosa.

Los "Anént" se referían a la huerta, los frutos, el esposo, el perro, la yuca, etc. Todo esto acompañado de ritos tradicionales, bebiendo chicha, comiendo y bailando. Era la oportunidad en que las jóvenes aprendían de la "Wea", los "Anént" que harían perdurar sus ancestrales tradiciones y tomaban el tabaco, preparado por la ancianita con su saliva.

Con esta explicación comprendí el porqué del buen vivir de Tiwi, con las tres hijas de Pininkias y que éste con sus hijos varones, tan largamente visitara la gran casa del que era su yerno.

Tiwi me explicó que la armonía del hogar no siempre se da así. Cuando las esposas no son hermanas, hay frecuentes reyertas, que comienzan desde el mismo momento en que el marido trae al hogar a una nueva compañera.

Hay casos en que el jefe, castigaba duramente a su esposa para obligarle a aceptar a la nueva, pero nunca se llevarían tan bien como cuando eran hermanas.

Me contó que cuando moría un niño lo ponían en un "Ichínkian" y lo enterraban en medio de la casa, de igual modo hacían con las mujeres pero debajo de la cama donde en vida había dormido. Me indicó el sitio, junto al poste principal que sostenía el techo, donde se acostumbraba a enterrar al jefe de la casa, junto con sus pertenencias personales y comida. Así se alimentaría "durante el largo viaje". Lo envolvían en "Tarachis", usando como ataúd un tronco tallado en forma parecida a una canoa, tapado con cortezas del mismo árbol.

Lloraban mucho a los muertos, cantando "Anénts" que recordaban los méritos del fallecido. Se pinchaban y hortigaban para aumentar el dolor y provocar más llantos, cuidándose de no comer ciertas cosas, ni de cazar animales por algún tiempo.

Por lo general, las viudas pasaban a ser esposas del hermano mayor, quien se encargaba de criar a sus sobrinos.

Cuando mataban a un enemigo, se adueñaban de sus esposas y las obligaban a convivir con él.

En ciertos casos, una vez enterrado el dueño de casa, se cortaban los pilares centrales de la vivienda para que el techo se derrumbe. Se abandonaba así el lugar, donde la selva volvería a renacer, convirtiéndose el sitio, en original cementerio.

Al otro día recorrimos, en compañía de Jimpíkti, las márgenes del Macuma y al regresar a la casa de Tiwi, encontramos una sorprendente visita: era Kawárim, un achuar de rostro agresivo y terrible que nos clavó la mirada; nos obligó a desviar la nuestra hacia otra dirección. Lamenté no haber presenciado su llegada.

Había un espectante silencio. El indígena se mantenía muy rígido y solemne, no hablaban entre ellos.

Más tarde me enteré que el visitante era muy amigo de Tsántiak y traía a uno de los huérfanos con él, para llevarlo a la Misión. Lo acompañaban también, dos de sus hijos y dos esposas.

Una estaba embarazada y por el palito ensartado debajo del labio inferior, deduje que estaba por darle el primer hijo. La segunda era sin duda la preferida, ya le había dado descendientes; llevaba adornos y cargaba un niño sobre sus espaldas, al que de vez en cuando amamantaba.

Kawárim tenía las orejas atravesadas con "Karitsas", las más grandes que yo había podido observar, luciendo en sus extremos, llamativos dibujos geométricos. Llevaba varias muñequeras y tobilleras de piel de culebra y una camisa a cuadros.

Las vestimentas no propias de ellos habían sido obtenidas a través del comerciante peruano de apellido Córdoba. (Este remontaba periódicamente el Pastaza con armas y otras cosas que cambiaba por pieles. Se establecía así, un peligroso comercio para Ecuador por la penetración del vecino país.

Este intercambio se prolongaba por medio del trueque entre los indígenas, desde el Río Pastaza hasta más allá del Cangaime).



Kawárim con dos de sus esposas, una hija, dos hijos y a la izquierda su sobrino, hijo del asesinado Tsántiak.

Las mujeres y los niños llevaban brazaletes hechos de piel de iguana, llamados "Súntai Patáke". Los utilizaban como antiofídico masticándolo enseguida de una mordedura de culebra. También usaban con este fin, la semilla de "Matut", que molida se aplicaba a la picadura, especialmente si era de hormigas "Conga" o "Yutuí". Estas, llamadas "Quitacalzón" me habían atacado en el Río Panki y las cruzamos en el camino varias veces.

La mayor de las mujeres llevaba también un adorno, "Asantímtai", collar cruzado delante del pecho confeccionado con plumas y semillas de "Etse". Estas eran completamente rojas con una mancha negra. Algunos "Asantímtai" preferidos por las mujeres, eran solo de plumas rojas, otros únicamente de semillas.

Kawárim tenía unas rayas oscuras pintadas desde los pómulos hasta la boca y me llamó la atención su labio leporino, dentro de la imagen de su rostro agresivo.

Estaba indudablemente de mal humor y fue poco comunicativo. Traté por mediación de Jimpíkti de lograr algo de él, pero me rechazó con un gesto tal, que no admitía réplica alguna.

Le pedí una foto pero era imposible, el gesto fue aún más desalentador. De todas maneras preparé la cámara y disparé al pasar a cierta distancia, calculando el enfoque desde la cintura. Por suerte logré imágenes aceptables y así tener un recuerdo de este bravo personaje.

Poco después de haber descansado, se fue sin despedirse continuando su viaje con toda la familia.

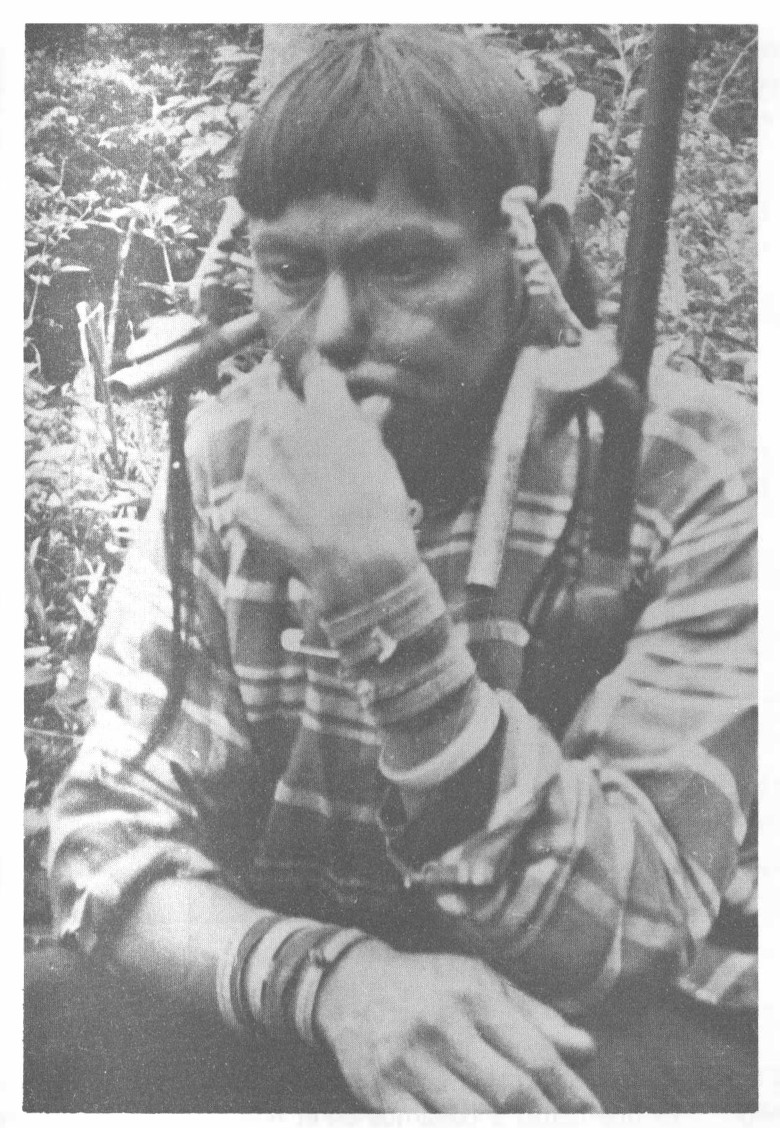
Ese día comimos yuca, "Inchi", camote, frijoles y por primera vez carne de mono; de éste hay muchas variedades y tienen distintas denominaciones. No me resultó muy sabrosa, pero de todos modos no había otra carne en ese momento.

Necesitaba acumular energías para la marcha del día siguiente, en que partiríamos hacia los límites de la zona de guerra.

Tras el frugal almuerzo me dediqué a tomar notas, escribiendo mis impresiones. Los indígenas me rodearon y se divirtieron expresivamente al verme realizar un rito tan insólito para ellos, como el de hacer rápidos garabatos sobre un papel (para aquel entonces no conocían ninguna forma de escritura, eran pues culturas ágrafas).

Poco después, Tiwi me ofreció una hamaca finamente tejida, llamada "Tambu", hecha con fibras de palmera "Chambira". Se la cambié por dos cortes de género.

Juanka quedó sorprendido por el trueque y me explicó que era realmente muy difícil que quien tenga algo tan personal como esa hamaca acepte canjearla, ya que su confección era única y llevaba mucho tiempo. En la actualidad han dejado de elaborarla.



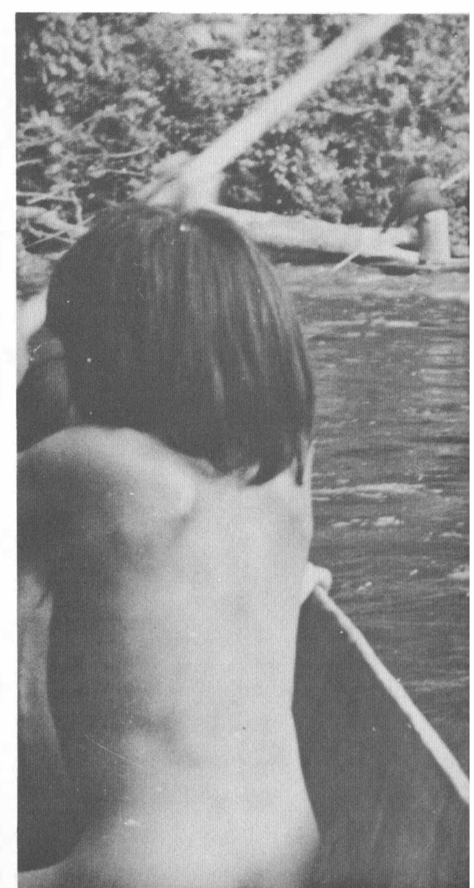
El Achuar Kawárim. Obsérvese las enormes "Karís", que atraviesan sus orejas.

Era indudable que yo le había caído muy bien a Tiwi, gustándole los "Tarachis" que le dejé a cambio.

Parecía mentira que un elemento tan grande como era una hamaca, lo confeccionaran con un solo hilo. Este a su vez, se fabricaba arrollando sobre el muslo, la fibra de palmera, haciéndola girar con la palma de la mano.



1



2

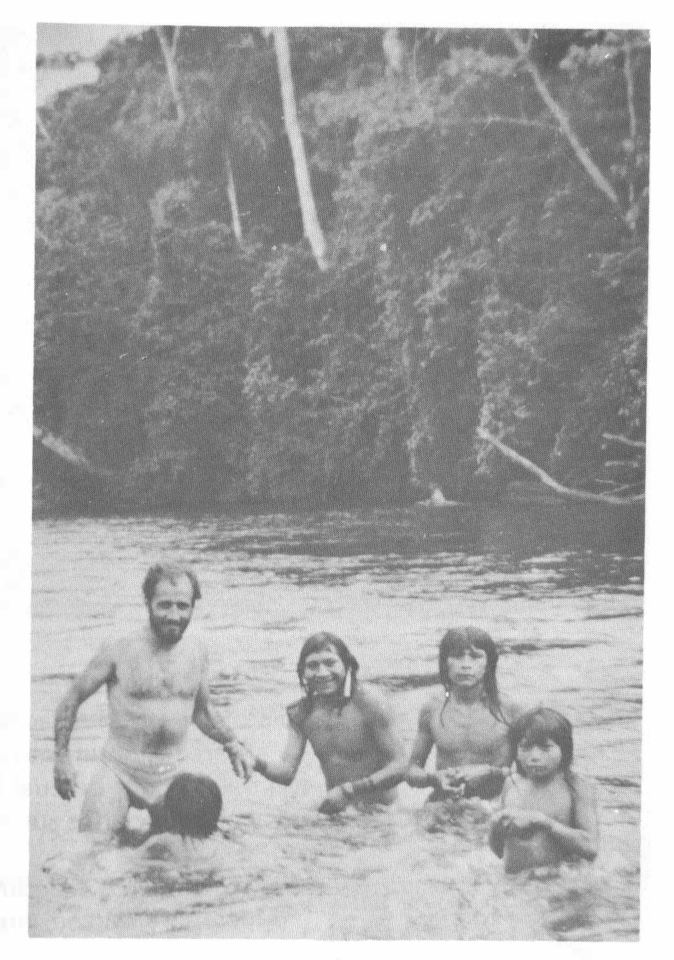
La tarde se presentaba hermosa y apacible, el sol brillaba en todos su esplendor. Tiwi nos invitó a bañarnos en el Río Macuma. Nos acercamos a las márgenes y ascendimos todos en dos canoas. Los niños iban desnudos, los demás sin adornos y con el pelo suelto.

Navegamos hasta un rápido donde dejaron amarradas, las pequeñas embarcaciones. La selva nuevamente relucía en el brillo de sus hojas. El follaje se extendía cubriendo las márgenes del río. Tras desnudarse completamente, los nativos se introdujeron con toda agilidad en el agua. Yo me desvestí pero conservando mi slip.

1– Tiwi y Caserpa navegando el Río Macuma.

2– Llegando en canoa a un rápido del río.

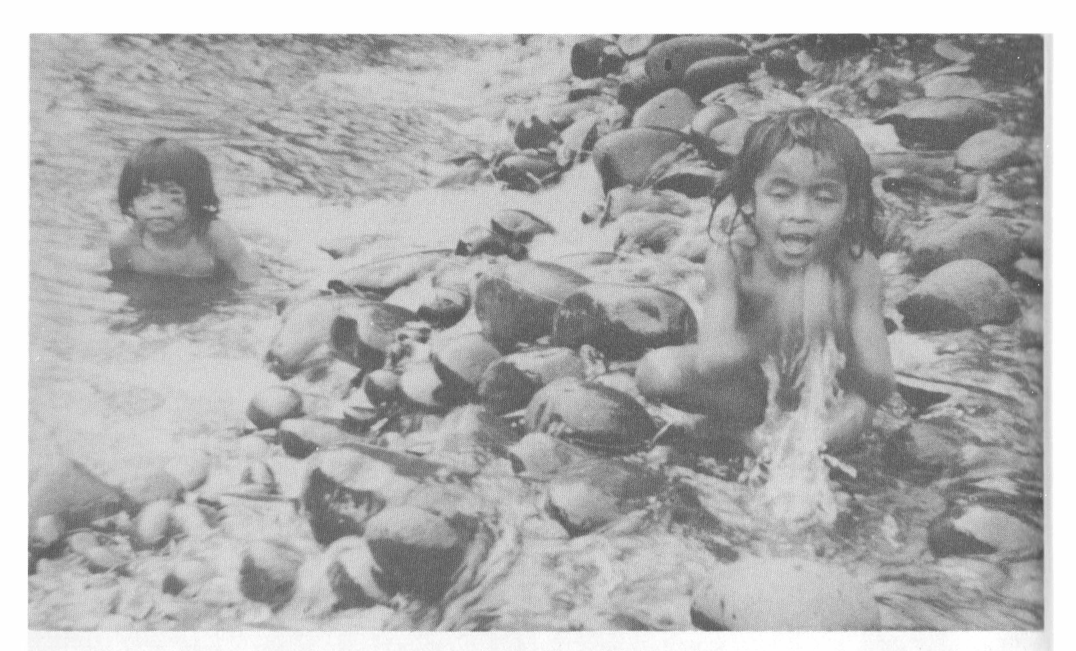
3– Tiwi, dos de sus hijos, Caserpa y yo en el Río Macuma.



3

Ellos se dejaban llevar alegremente por la corriente en medio de piruetas y movimientos de natación. Las aguas del Macuma estaban cristalinas y de una frescura agradable, que nos hacía olvidar que no muy lejos había lagartos y anacondas. Era muy difícil nadar entre rápidos, pero muy divertido abandonarse a la fuerza de las aguas. Les llamó mucho la atención, cuando me vieron nadar de espaldas. Ellos lo hacían por pura intuición, en lo que podríamos llamar estilo libre.

Su desnudez era un hecho natural, solo se ocultaban el pene tapándose con las manos, como signo de respeto.



1

Algo digno de destacar es que una invitación para nadar, representaba una auténtica muestra de amistad. Era un acto muy íntimo para ellos y demoraba en producirse con un extraño. Lo cual hizo que me sintiera alagado y agradecido y me incitara a apreciarlos aún más.

Despues de refrescarnos y relajar los músculos, tomando sol sobre los cantos rodados y en una playita de arena, nos sentíamos renovados. El atardecer era realmente hermoso.

Regresamos en las canoas. Jugué un rato con los chicos y mientras el sol se ponía en la majestuosa serenidad de la selva, nos sirvieron comida: "Sáa" (maíz), "Méjech" (guineo), "Jimia" (ají). También presas de "Waisán" (especie de pavo) en su caldo, chicha de "Pandam" (Plátanos). Esta me resultó más rica que la de yuca "Nijiámanchi", de la cual después nos sirvieron varios "Umámuk".

Sentí que la mezcla de estas bebidas me había producido cierto efecto como de mareos y la transpiración me invadió todo el cuerpo.

Mientras todos bebían alegremente, hice un gran esfuerzo mental para no



2



3

1– Niños Achuaras jugando junto al río, en los cantos rodados.

2– Dos hijos de Tiwi junto a la pared de palmera de "Chonta".

3– Caserpa con su "Itipi".

dejarme vencer, pero la cabeza me daba vueltas y me recosté por un rato en el "Péak", que tenía cerca del "Kutánk" en que estaba sentado. Le consulté a Juanka que siempre me cuidaba, si este efecto sería provocado por una espina que me había clavado en la mano produciéndome intenso dolor.

Dijo que yo estaba pálido y que traspiraba afiebrado, la chicha me había descompuesto; tomé una pastilla calmante e hice nuevamente concentración mental, como en casos similares en que vencía a la borrachera.

En medio de la oscuridad, apenas iluminada por la candela y una tea encendidas, vi a Pininkias preparar unos brevajes.

Juanka expresó que era el famoso alucinógeno "Natim" o "Natém", bejuco que hervían para obtener un líquido, que supuse me darían a beber. Me dijo que no; eran los hechiceros quienes lo tomaban y con su poder trasmitían la curación al enfermo. Yo por si acaso le había manifestado que me sentía mejor y me incorporé, sentándome en el borde de la cama.

De todos modos Pininkias lo ingirió, mientras sentados en rueda, con algarabía, seguían hablando a los gritos y bebiendo para que se sane el amigo. Creo que todos tomaron de ese fuerte narcótico.

Esa noche, era una más que pasaba sin colchón, sobre la repisa de chonta, cubierto con el mosquitero. Alrededor veía infinidad de escarabajos y cucarachas que pululaban; sin embargo, ya sea por la chicha, el cansancio o la adaptación al medio pude dormir un poco más. La noche se me hacía interminable, especialmente cuando el frío húmedo, penetraba por las rendijas. Por más que ponía los músculos en tensión, ya no podía dormir pasada la medianoche. Solo veía a una de las mujeres que de tanto en tanto aventaba los fogones "Ji".

Serían las cinco de la madrugada cuando sentí que los hombres tomaban agua de "Guayusa", té medicinal para lavar los intestinos. Luego eruptaban, vomitaban y lanzaban flatos con gran fuerza, lo que me causaba cierta repugnancia y risa, pero sabía que esas eran sus costumbres.

Después del habitual desayuno al amanecer, partimos Jimpíkti, Juanka y yo. Nos despedimos de Tiwi con el compromiso de vernos al regreso.

V

RUMBO A LA CASA DE CHAYATI

Esta vez la marcha sería de aproximadamente seis horas. Por momentos se nublada, cayendo ligeras lluvias, pero el sol brilló y el sinuoso camino se tornó anegadizo . La humedad era tan intensa como para dejar en nosotros, especialmente en mí, las señales de una nueva deshidratación. Mientras marchábamos, Juanka percibió un movimiento entre los árboles, apuntó con su escopeta y disparó, cayendo un "Waisán" que llevaría a Chayáti.

Juanka con su machete cortaba ramas para facilitarme el paso.

En un momento dado, a medio camino, se detuvieron al sentir extraños ruidos en el follaje. Alguien se acercaba. En ese estado de tensión entre los selvícolas, esto nos puso alerta. Yo observaba sus movimientos. Prepararon sus armas, auscultando el ambiente en forma minuciosa y en todas direcciones.

Me metí entre los raigones de un gran árbol, el "Wampú". Estos gigantes de la selva semejaban cohetes espaciales. Eran impresionantes: sus raíces bajaban a modo de contramuros delgados y anchos como tablones hasta hundirse en la tierra, cubriendo un diámetro de ocho a diez metros, en cuyo entorno no dejaban crecer otros árboles, solo pequeños arbustos o algo de pasto. Se los veía más imponentes a través de las grandes lianas que bajaban desde lo alto de su copa.

La espectativa y tensión fue en aumento en breves instantes. Juanka y Jimpíkti agudizaban sus sentidos, puestos de espaldas entre sí, con sus ar-

mas listas; de pronto en forma decidida se acercó alguien. Jimpíkti lo reconoció y bajó su arma. Esto me tranquilizó y comencé a respirar más normalmente, sentía muy fuertes los latidos de mi corazón; había finalizado el excitante suspenso.

Alguien había estado siguiéndonos escondido en la espesura; cada uno de nuestros pasos fueron sigilosamente observados. El nuevo personaje y Jimpíkti se acercaron mutuamente. Mientras, Juanka y yo quedamos a la espera de los acontecimientos, sin pronunciar palabras.

Se enfrentaron y discutieron a su modo un buen rato, después el achuar se acercó a Juanka; lo recordó del viaje anterior con los misioneros. Era Chayáti a cuya casa nos dirigíamos. Llevaba una carabina y la cerbatana. A sus espaldas un rico cargamento de caza: dos ''Paujil'' (pavo), un mono ''Sungamat'', de mucho pelo color anaranjadorojizo, otro gris, un tercer mono marrón y varios tucanes.

Caminamos juntos un largo trecho; cuando llegamos a un río de poco caudal, ellos cruzaron rápida y ágilmente sobre un tronco, que estaba atravesado sobre el curso del agua, a unos cuatro metros de altura. Tendría quince metros de largo y no era muy grueso.

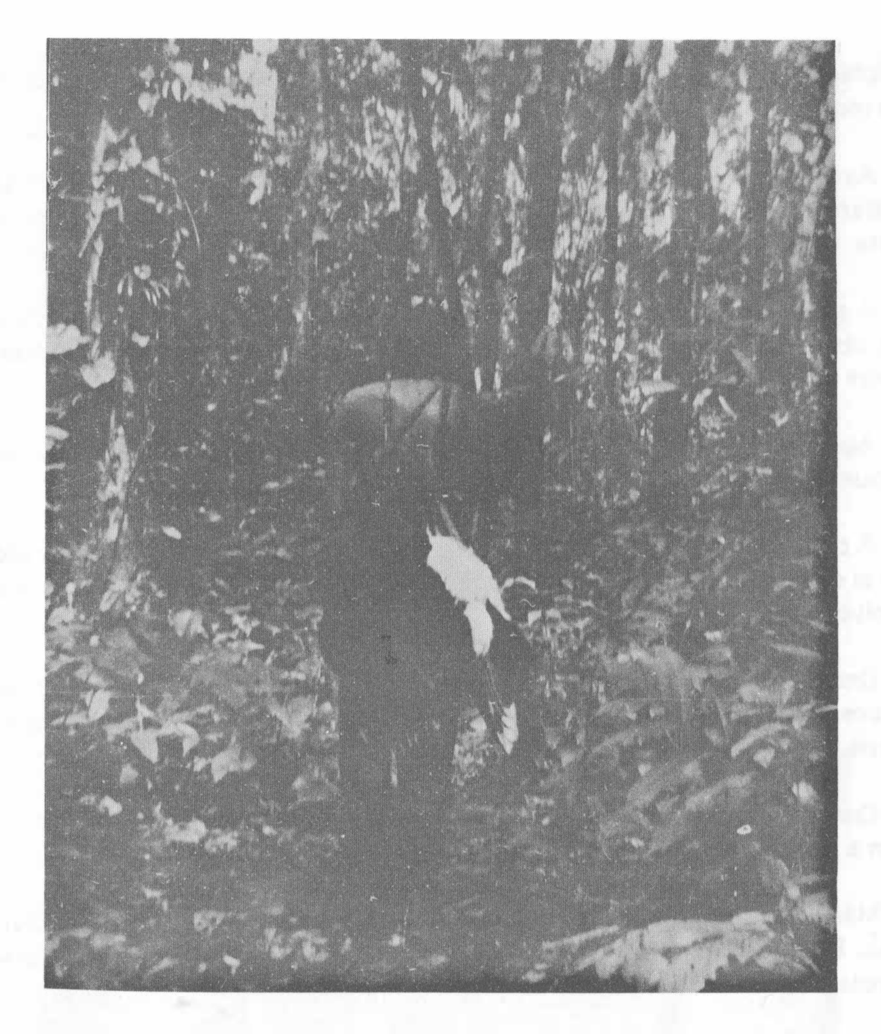
Observé que se arqueaba bajo el peso sucesivo de Chayáti, Jimpíkti y Juanka, cada uno con sus respectivas cargas; admiré su extraordinario equilibrio. Con qué facilidad llegaron al otro lado.

Yo no me animé a cruzar, quedé viéndolos; ellos se reían menos Chayáti, que imperturbable se había perdido de vista, adelantándose en la espesura.

Tuve que hacer lo mismo que en la mayoría de los casos anteriores. Jimpíkti y Juanka me esperaron, mientras yo de rama en rama, me deslizaba por el lodo, conteniéndome de no caer en los sucesivos escalones formados por raíces, hasta llegar al lecho del agua.

Aproveché para refrescarme y limpiar el barro de las piernas; ascendí en la misma forma por la margen opuesta.

Poco me duró esa higiene. Desde allí, continuamos a un ritmo más regular y pude practicar en partes fangosas, como equilibrarme sobre



Chayáti cargando animales de cacería, en la espesura selvática. Los llevaba a la altura de la cintura para flexibilizar el cuerpo y no perder el ritmo al pasar por lugares estrechos.

algunos troncos más finos. Traté de perfeccionar esta técnica, no desarrollada en mí, para hacer más rápido el regreso, dado que por esta causa perdíamos valiosos minutos. Me torturaba pensar la paciencia que conmigo tenían mis guías.

Nos acercamos a las márgenes de otro río, de lecho pedregoso, que cruzamos con el agua hasta las rodillas. Era el Pumpuentsa, afluente del

Wichimi que se une al Macuma, para cruzar la frontera con Perú, despues de recibir otros tributarios.

Avanzamos un poco más, divisando por fin, la casa de Chayáti. A cierta distancia aún, Jimpíkti emitió un fuerte sonido a través del caño de la escopeta. Un potente 'Tuuuuuu'' se prolongó retumbando en el espeso follaje.

A partir de ese momento soportamos el barullo de los perros ladrando y de otros animales. Vislumbramos cabecitas de niños asomándose, curiosas, entre las plantaciones de yuca.

Aguardamos el tiempo suficiente para que el dueño de casa se pinte y coloque los adornos. Los perros se acercaban amenazadores.

A pesar que Chayáti sabía de nuestra visita porque nos habíamos cruzado en el camino y Jimpíkti le anticipó de la misma, no se asomaba a la puerta a recibirnos.

Decidimos introducirnos directamente a la oscuridad interior. Divisamos a dos personajes que nos esperaban sentados, apuntándonos con las escopetas. En ese momento aumentó el aullido de los canes.

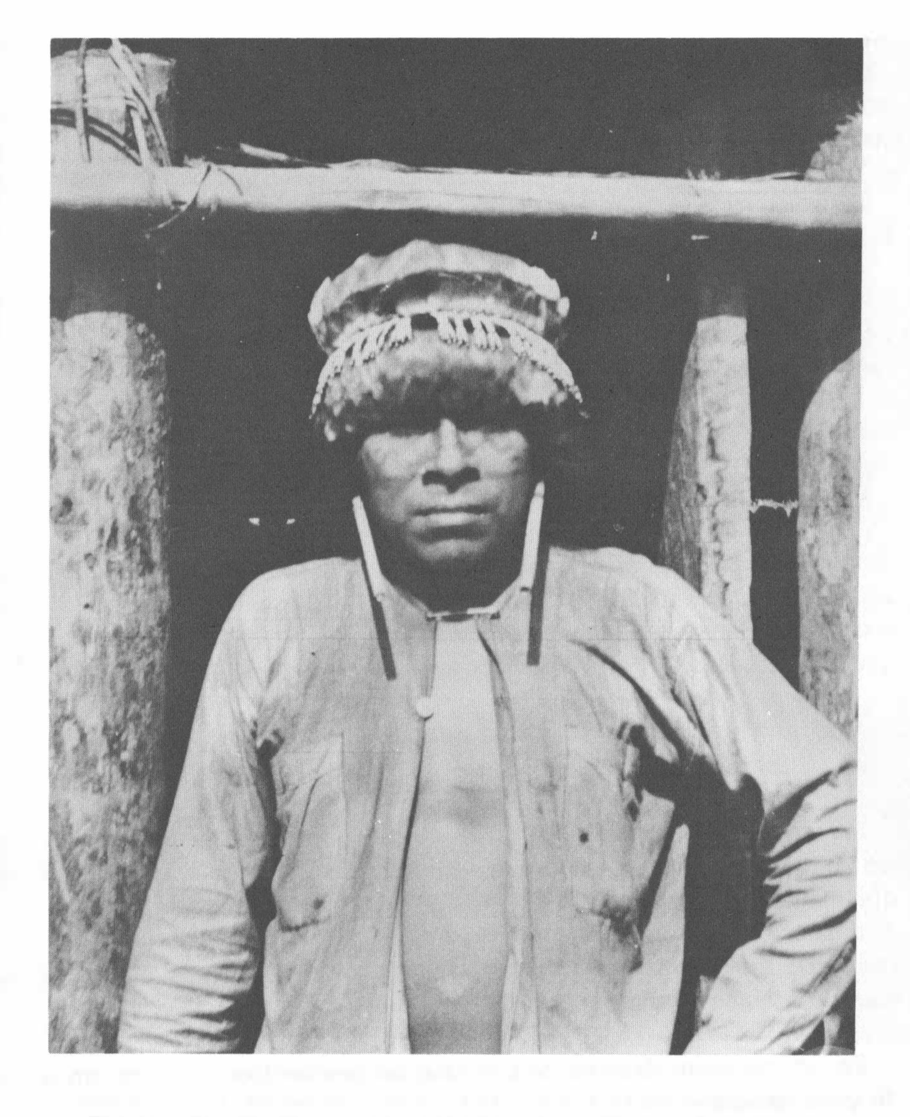
Como era costumbre entre los achuaras, Jimpíkti y Chayáti comenzaron a hablar simultáneamente y a los gritos.

Más adelante se introdujeron en la conversación, Juanka y el otro individuo. Este era Samíruk, hermano del dueño de casa; vivía a tres horas de distancia y pensábamos visitarlo también, al regreso.

Tenía el rostro agresivo y la mirada dura. A medida que mi vista se acostumbró a la penumbra, observé el movimiento de muchas personas, mujeres y niños, en diferentes tareas domésticas. Los varoncitos, aunque chicos aún, se acercaron poco a poco al grupo en reunión.

Samíruk, el más joven, tenía el pelo recortado y sin adornos. Una pintura color negro le cruzaba el rostro de pómulo a pómulo sobre la nariz, complementando con rayas horizontales entre los ojos y las mejillas. Esto me inquietó; esa pintura de guerra representaba el ''Yamúnk'' (culebra X).

Por fin estábamos en la zona de guerra entre achuaras, de la que tanto había oído hablar.



El Achuar Chayáti en la puerta de su casa, luciendo la bella corona "Tawáshap", tejida con plumas de tucanes y mostacillas.

Chayáti había accedido a recibirnos, aunque en medio de una hostilidad manifiesta. Había sido amigo de Jimpíkti y conocía a Juanka, pero le molestó mucho mi presencia allí, lo cual repetía constantemente en las discusiones que entre ellos se planteaban, para poder ser yo aceptado. El protocolo fue largo y la situación muy tirante; supuse que tendríamos que volver de inmediato. Si todo seguía así, ya no habría forma de calmarlos.

Juanka, quien se había mantenido siempre sereno, estba cada vez más nervioso y me advirtió que era imposible volver por la cas de Samíruk, tal como habíamos planeado, ni mucho menos avanzar hast otros achuaras.

Este achuar vivía a mitad del recorrido entre Chayáti y la casa del gran Tsántiak, quien había sido asesinado.

Traté de no prestar atención a Samíruk; parecía devorrme con la mirada. La dije a Juanka, que insistiera en la amistad con Chayáti. Yo le traía regalos de parte de los misioneros. Le rogué solicitara que nos dejaran pasar la noche allí. Ya era muy avanzado el mediodía y me sentía muy cansado como para emprender enseguida el viaje a casa de Tiwi. uanka así lo expresó, con el apoyo de Jimpíkti, siempre a los gritos.

No podía observar muy bien, el rostro de Chayáti, siempre bravío, debido a que sus ojos estaban cubiertos por la preciosa corona de plumas escogidas de Tsukanká. Era la "Tauaspa" más grande que haba visto. También estaba adornada de pequeñas mostacillas de colores, ensrtadas en líneas que bajaban desde el centro de la corona.

Noté en sus pómulos, trazos de pintura color rojo y las carís que le atravesaban las orejas.

Me sentía muy aturdido debido al intenso y constante grterío de los cuatro achuaras, sumado a los ladridos de la tremenda jauría de perros, (no podía imaginar su número) que retumbaban en todas direccioles y con fuerza atronadora. Nada podía hacer, sino esperar y estar a la espectativa, ya casi resignado a tener que emprender el regreso, si volvían a fracasar las gestiones que incansablemente se repetían.

En un momento dado pensé que estarían quedándose afónicos, sin saliva, de tanto escupir.

Por fin, Chayáti y Samíruk, dieron orden a sus respectivas esposas para servir la chicha. Respiré con alivio. El suspenso se mantuvo hasta ver si nos invitaban a nosotros, después de haber tomado los anftriones, sendos "Umámuk".

Chayáti indicó a una de sus esposas que le sirviera a Jimpíkti; éste tomó rápidamente. La mujer, que como siempre nos daba la espalda, tenía rostro



Samíruk y Chayáti con sus armas. En los rostros, trazos de pintura con símbolos de guerra.

agradable, pómulos anchos, pelo azabache; cargaba de costado a uno de sus hijos.

Los gritos parecían calmarse lentamente.

La mujer recogió el ''Umámuk'' vacío y regresó con él, cargado, para ofrecérselo a Juanka.

Juanka, quien se había mantenido siempre sereno, estaba cada vez más nervioso y me advirtió que era imposible volver por la casa de Samíruk, tal como habíamos planeado, ni mucho menos avanzar hasta otros achuaras.

Este achuar vivía a mitad del recorrido entre Chayáti y la casa del gran Tsántiak, quien había sido asesinado.

Traté de no prestar atención a Samíruk; parecía devorarme con la mirada. La dije a Juanka, que insistiera en la amistad con Chayáti. Yo le traía regalos de parte de los misioneros. Le rogué solicitara que nos dejaran pasar la noche allí. Ya era muy avanzado el mediodía y me sentía muy cansado como para emprender enseguida el viaje a casa de Tiwi. Juanka así lo expresó, con el apoyo de Jimpíkti, siempre a los gritos.

No podía observar muy bien, el rostro de Chayáti, siempre bravío, debido a que sus ojos estaban cubiertos por la preciosa corona de plumas escogidas de Tsukanká. Era la "Tauaspa" más grande que había visto. También estaba adornada de pequeñas mostacillas de colores, ensartadas en líneas que bajaban desde el centro de la corona.

Noté en sus pómulos, trazos de pintura color rojo y las karís que le atravesaban las orejas.

Me sentía muy aturdido debido al intenso y constante griterío de los cuatro achuaras, sumado a los ladridos de la tremenda jauría de perros, (no podía imaginar su número) que retumbaban en todas direcciones y con fuerza atronadora. Nada podía hacer, sino esperar y estar a la espectativa, ya casi resignado a tener que emprender el regreso, si volvían a fracasar las gestiones que incansablemente se repetían.

En un momento dado pensé que estarían quedándose afónicos, sin saliva, de tanto escupir.

Por fin, Chayáti y Samíruk, dieron orden a sus respectivas esposas para servir la chicha. Respiré con alivio. El suspenso se mantuvo hasta ver si nos invitaban a nosotros, después de haber tomado los anfitriones, sendos "Umámuk".

Chayáti indicó a una de sus esposas que le sirviera a Jimpíkti; éste tomó rápidamente. La mujer, que como siempre nos daba la espalda, tenía rostro



Samíruk y Chayáti con sus armas. En los rostros, trazos de pintura con símbolos de guerra.

agradable, pómulos anchos, pelo azabache; cargaba de costado a uno de sus hijos.

Los gritos parecían calmarse lentamente.

La mujer recogió el ''Umámuk'' vacío y regresó con él, cargado, para ofrecérselo a Juanka.

Mi espectativa seguía, esperando que me invitaran. Así fue: la mujer volvió, trayendo la chicha que puso en mis manos.

Yo esperaba este momento para demostrarles mi valor. Me encontraba muy deshidratado y con un gran desgaste nervioso. Tomé el brebaje, con ganas. Me parecía que estaban supeditados a mi actitud y por cierto pareció que Chayáti quedó satisfecho. Tardé menos tiempo que en oportunidades anteriores para tomar la chicha. Con ello traté de impresionarlo favorablemente.

Desde ese momento las relaciones comenzaron a mejorar un poco.

Se pasó a la segunda vuelta. Me preocupaba la idea, que pasasen de una tercer ronda, que yo consideraba el límite propicio para mi capacidad de absorción. Hubiese sido lamentable un mareo, como ocurrió en la casa de Tiwi.

Esa tercer vuelta se cumplió, con gran esfuerzo mental de mi parte. Ya. todo parecía en calma.

Creí propicia la oportunidad para sacar a relucir los regalos que me quedaban. Me convencí que la expedición no podría continuar. De todos modos, podía considerarme satisfecho con lo observado, sobre todo, si podía sacar conclusiones de la charla con Chayáti y Samíruk y en la nueva visita que haríamos a Tiwi.

Hasta ese momento permanecimos de pie. Nos invitaron a sentarnos en los "Kutánk" cercanos, formando una rueda entre los cinco. Abrí el "Tsáparo" y comencé a sacar algunos objetos: espejos, peines de colores, hilos, botones, agujas, mis cubiertos y mi cuchillo para asado, que poco uso había dado durante el viaje, la última camisa veraniega, anillos de bronce que utilizan los indígenas del Chimborazo y Tungurahua (provincias del centro de la cordillera de Ecuador) y los últimos "Tarachis" de vivos colores. Traté de esconder mi reloj en el fondo del "Tsáparo", por si se les ocurriera pedírmelo.

Solicité a Juanka les explique para qué servía ese aparato envuelto en cuero (mi cámara de fotos), que yo me había colgado del hombro.

Para aclarar la situación, saqué algunas fotografías que llevaba en un so-

bre y me acerqué a mostrárselas. Era muy interesante observarlos mientras fijaban su atención en los detalles de esos papeles brillantes.

Allí veían hombres con cabellos cortados, color rubio, con bigotes y anteojos, con saco y corbata y sobre todo, elegantes mujeres que les hizo reir por primera vez.

Su risa me pareció muy ingenua e infantil. ¡Cómo habían cambiado sus rostros!

Traté de imaginar el impacto que les causaría ver esas imágenes, plasmadas en papeles raros para ellos, más aún cuando les hice explicar que yo, con ese aparato que no podía dejarles, iba a imprimir a mi regreso sus imágenes, como si fuese un espejo, así quedarían fijadas para siempre. El comentario les cautivó. Los conquisté definitivamente. Los rostros empezaron a alegrarse y fue notable su cambio de actitud. Ordenaron a sus mujeres calmar a los animales y traer comida.

Primero tomamos el caldo, en donde se encontraban sumergidos algunos huesos con carne de mono. Todo estaba muy desabrido; lamentablemente había dejado mi sal en casa de Tiwi.

Sin mesas ni utensilios, tomábamos de otro "Pinínk" directamente con las manos, trozos de carne de sajino, asados al fuego, alternados con yuca y plátanos. Después saboreamos unas riquísimas papayas, que cultivaban. ¡Con qué ganas comimos todo!

Como postre nos sirvieron maní "Nusé" y unas formas redondas, negras, tostadas, que crujían entre mis dientes. Traté de identificar qué serían. Juanka me indicó que eran hormigas "Jiurmik", de una variedad gigante, llamada "Wéek". Me acordé de unos amigos colombianos que me habían hablado de las hormigas "Culonas". Estas tienen poderes afrodisíacos y se comen como un plato exquisito, también asadas.

Relacioné asimismo este hecho, con los gusanos que por suerte no me dieron a comer. Había visto a los indios "Yaguas" del Amazonas, degustarlos vivos.

Los achuaras solían saborear gusanos "Puntish" de gran tamaño, extraídos de una variedad de palmera "Natúnch". También consumían algunos

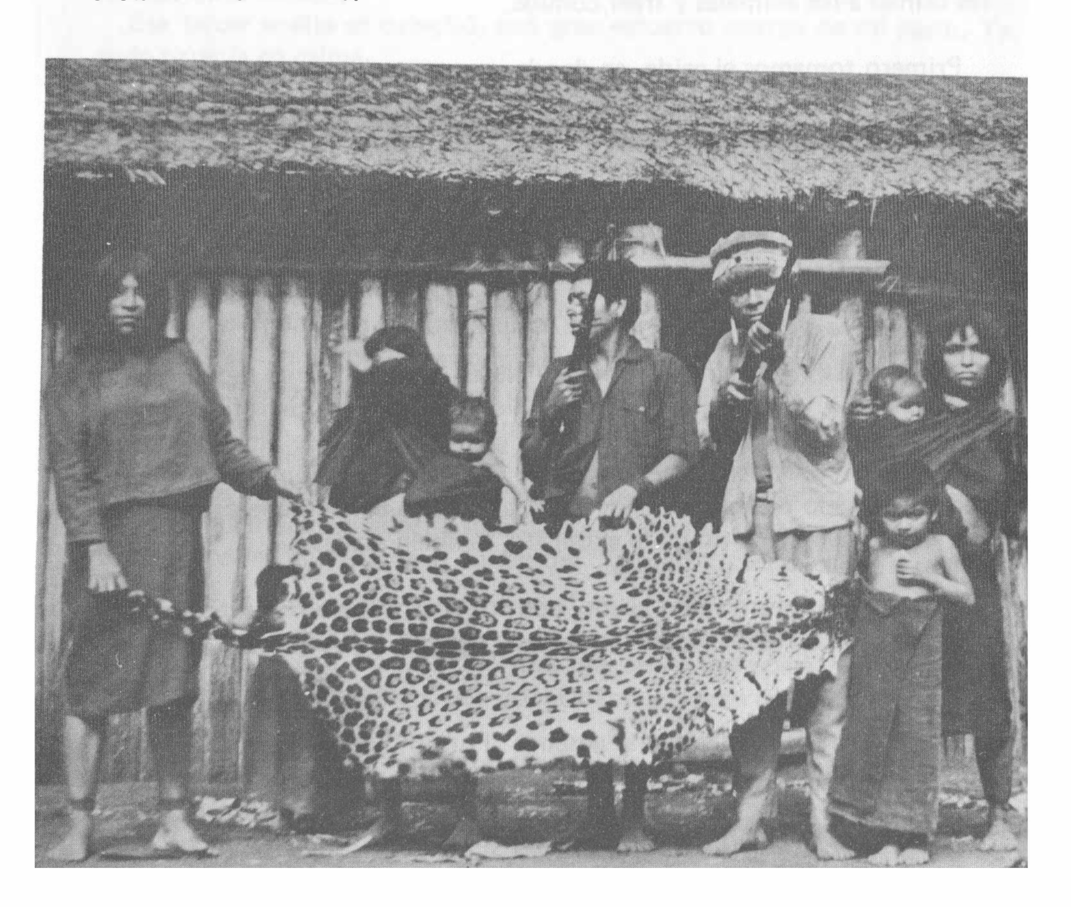
que viven en cuevas, bajo tierra, son los "Ijiáchu".

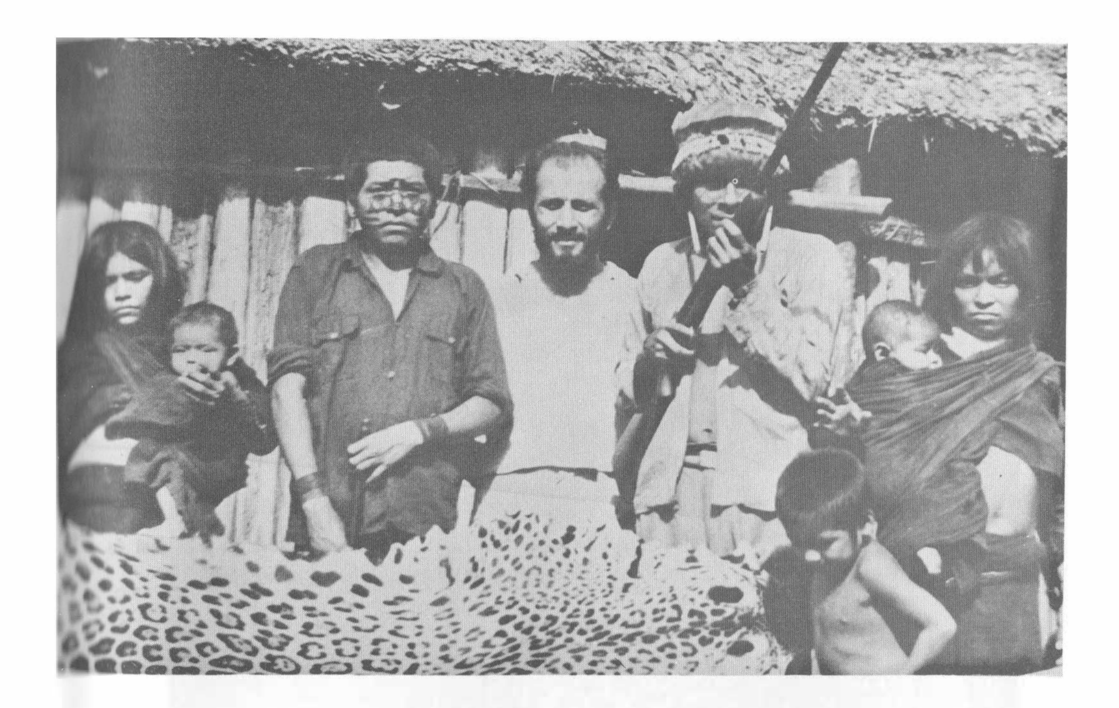
Posiblemente nos habían dado en la sopa. Tomamos nuevamente chicha, para digerir la abundante comida.

Mi sorpresa fue grande cuando luego de comer, ellos mismos me pidieron que los fotografíe. Me parecía insólito tras el recibimiento tan agresivo de que habíamos sido objeto. Esta tarea resultó fácil, después de la formal promesa de mi parte de enviarles las tomas.

Les señalé que para fijar mejor las imágenes, necesitaba luz exterior y entonces con gran decisión, Chayáti se ubicó en la puerta de su casa y posó con su hermosa corona. Después llamó a su hermano Samíruk y a algunas de sus esposas, invitándolos para ser fotografiados. El lo hizo con su escopeta en la mano. Ya sus miradas no eran fieras sino confiadas.

Después sacó una piel de tigre de gran tamaño, que tenía arrollada a un costado de la vivienda.





2

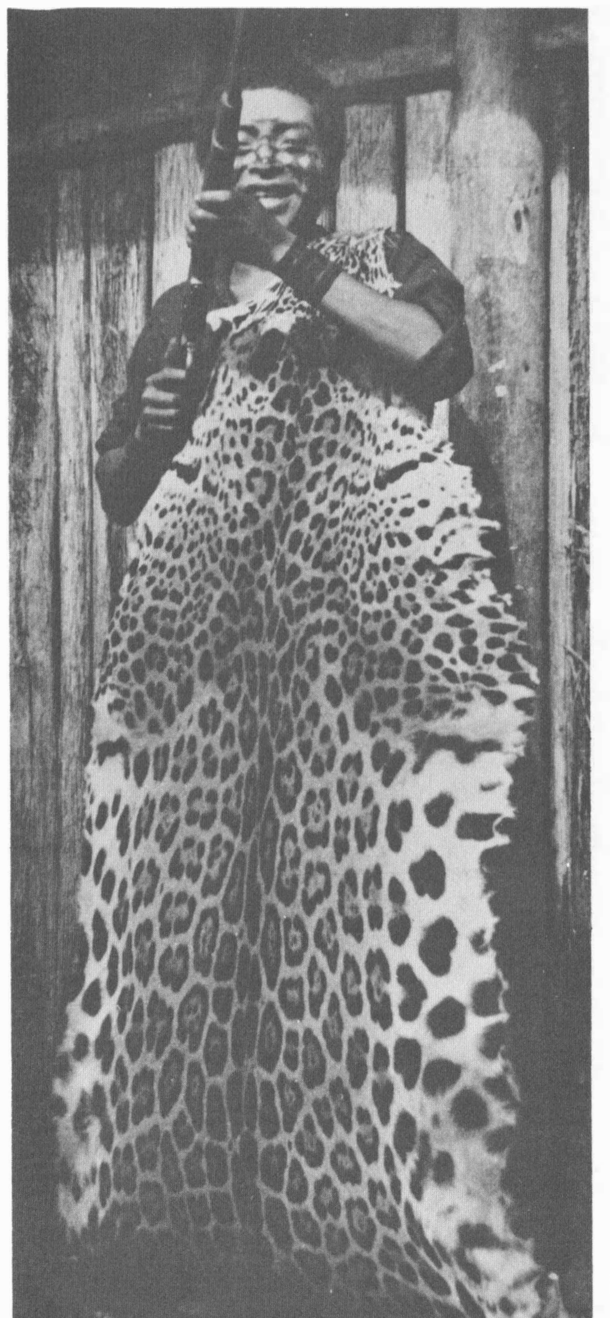
1– Samíruk, Chayáti y algunas de sus esposas, sosteniendo una hermosa piel de tigre.
2– Posando con Samíruk, Chayáti y miembros de sus familias.

Esta me causó enorme sorpresa, nunca había visto una tan hermosa y grande. No creía que en ese lugar de la selva, se pudiesen cazar tigres "Yampínkia", de ese porte.

Luego, mientras él fue a quitarse la corona que le cubría el rostro, le sugirió a Samíruk que posara sirviéndome la chicha. Pero antes, éste, muy sonriente, quiso que lo retratara envolviéndose el cuerpo con la piel de tigre, delante de la gran empalizada de madera que como fortaleza rodeaba la casa.

¡Qué felicidad! No cabía en mí de alegría al poder tomar esas fotografías, con tanta facilidad.

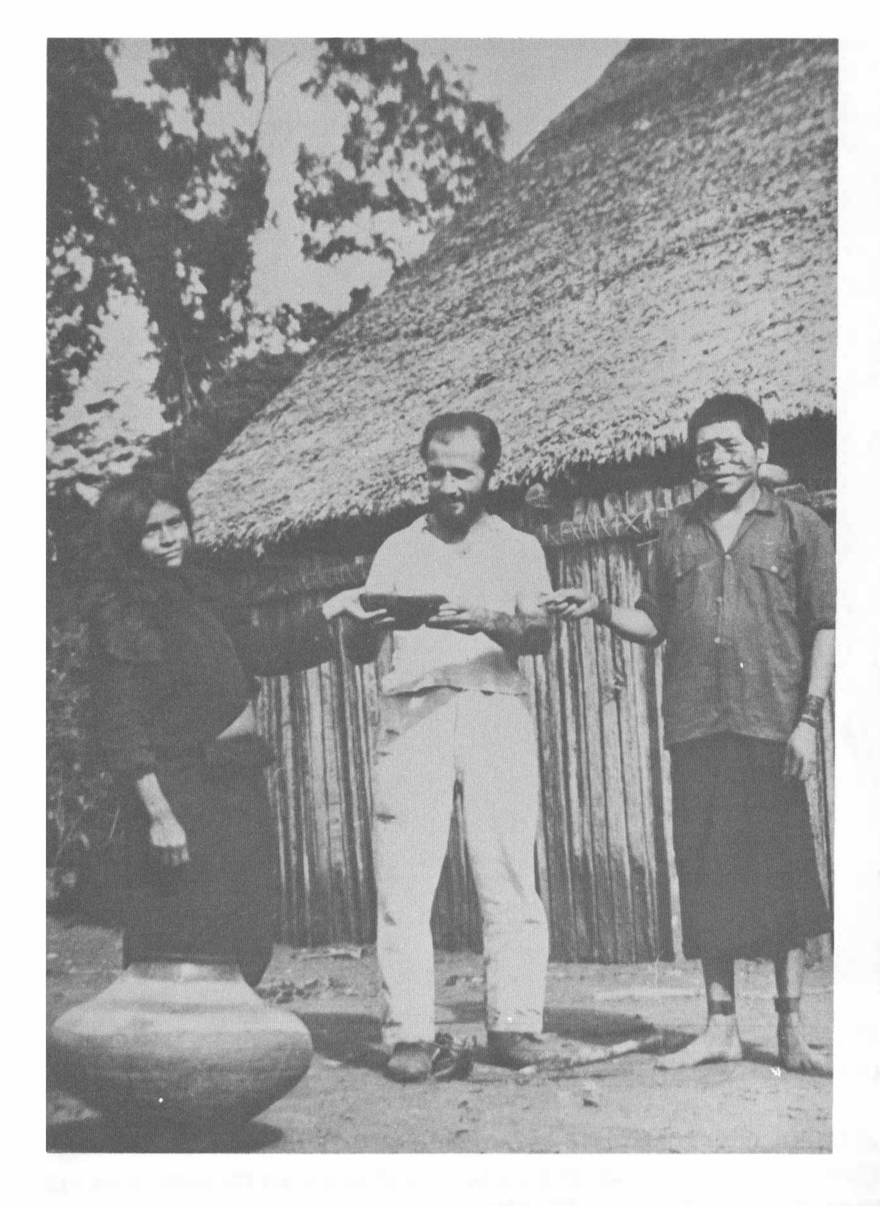
Samíruk ordenó a su simpática esposa, quien también cargaba a su hijito menor, que trajera el cántaro de chicha en fermentación "Muits", y la gran copa de servir "Umámuk".



1

1– Samíruk con la gran piel de tigre y su escopeta.

2– Arús, sirviéndome chicha de yuca, en presencia de Samíruk.



ɪspués volvió a asomar Chayáti en la puerta, trayendo un cuero de sa-
y me pidió que le tomase fotos con los animales que había traído de
ɔería: un paujil en una mano (que uno de los hijitos ayudaba a sos-
) y un mono de pelo color rojizo en la otra. Los comeríamos esa mis-
oche.



1

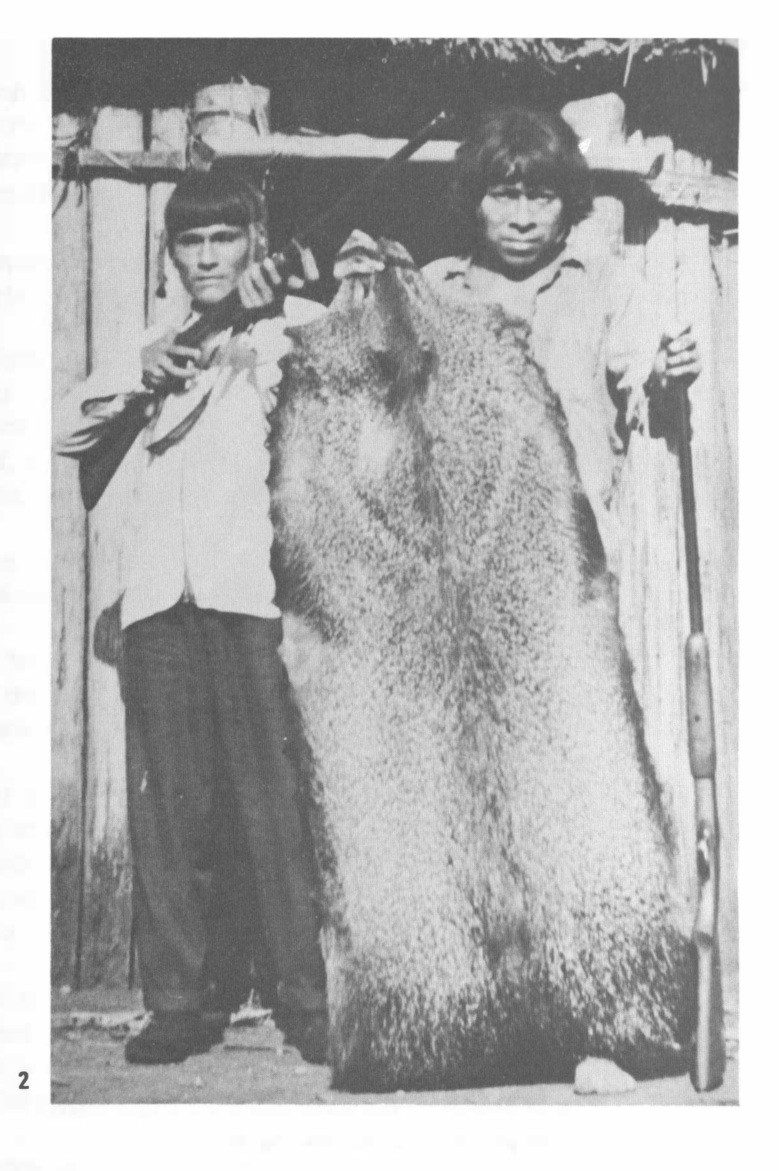
1– Arús, esposa de Samíruk, con el "Muits" para fermentar chicha y el " Umámuk" para servirla.

2– Jimpíkti y Chayáti con una piel de sajino y sus escopetas.

Por último me alejé unos cuantos metros de la gran vivienda Jea, para captar una instantánea.

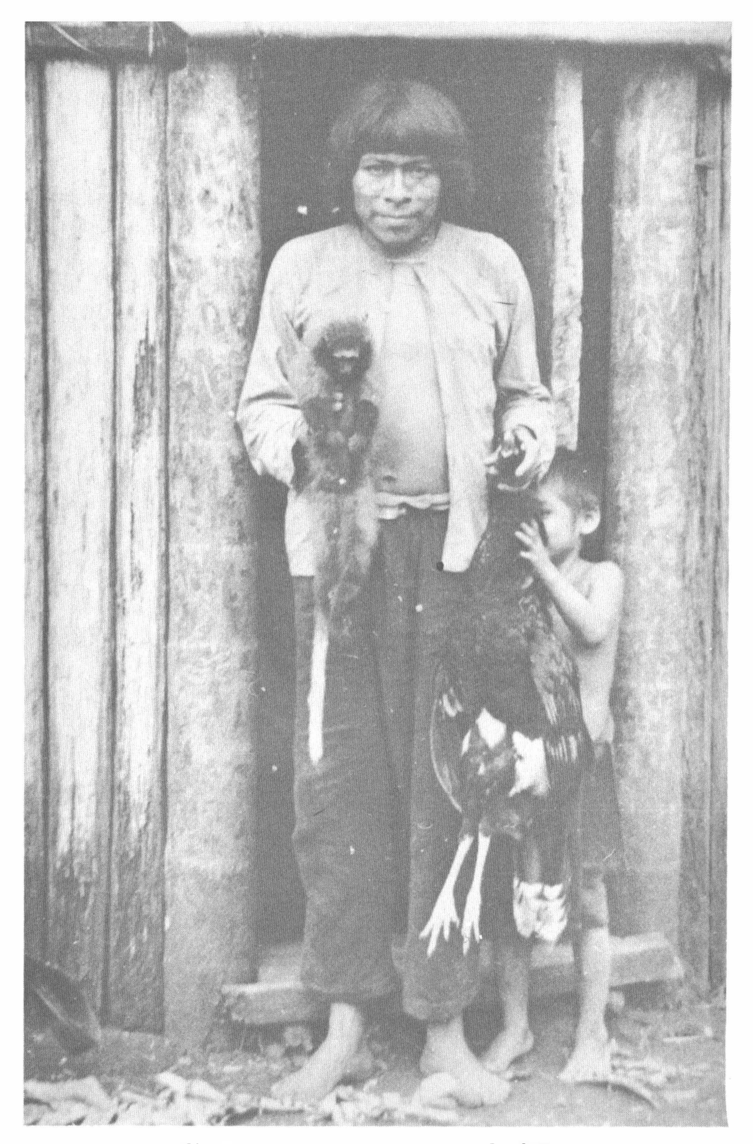
Jimpíkti me explicó que las antiguas casas achuaras eran abiertas, sin paredes (semejantes a las que yo había conocido, en mi visita a los indios Yaguas del Amazonas y los Shipibos del Alto Ucayali).

Por asimilación desarrollada en contacto con los shuaras y por las anteriores guerras que habían tenido con ellos, los achuaras se vieron en la necesidad de hacer que su vivienda fuese también un poco su fortaleza. Por


2

ese motivo, desde hacía ya tiempo, se construían cerradas. Llegué a la conclusión que la actual era muy semejante a lo que fue la casa shuar, antes de la aculturización. Estos a su vez, le han cambiado totalmente sus características.

Asimismo tuve referencias que achuaras, que habitan zonas más bajas y cálidas, del lado peruano, siguen utilizando sus primitivas casas abiertas.



Chayáti posa con un mono y un "Paujil".

La de Chayáti, me parecía comparativamente, a una carpa de circo, de forma rectangular con dos semicírculos, cerrando los lados menores.

La puerta principal era para los hombres e hijos varones, que verían de su padre el ejemplo de aprender en todo, para labrarse el futuro en ese difícil mundo de supervivencia.

Jimpíkti me explicó conjuntamente con Juanka, que antes de comenzar a construir una casa tan grande, era necesario limpiar y desbrozar varias hectáreas de terreno. Aprovechaban para seleccionar los árboles más apropiados para su elaboración.

Preparaban así la parcela, en la superficie calculada para la casa, que tendría unos veinte metros de largo, diez de ancho y diez de alto.

Alistaban cuatro troncos: la cumbrera "Winiánke" y los tres "Pau", o postes verticales que eran de la misma dimensión entre sí. Constituían el soporte de toda la estructura. Cavaron dos huecos de un metro de profundidad, a una distancia de diez metros. En ellos pararon los dos postes extremos.

Fue necesario previamente, tallar la forma de U en la parte superior, donde se apoyaba la cumbrera.

El tercer "Pau" se colocó entre los dos anteriores, alineado, a dos metros, del lado correspondiente a las mujeres. Allí armaron las repisas para las cerámicas.

Del primer "Pau", se trazó un semi círculo con radio de cinco metros hacia afuera. Este es el denominado "Tankamáshi", sector de los hombres y donde el achuar recibe a sus huéspedes. En la misma forma se hizo un semicírculo en el otro extremo. Es el "Eként", con su propia puerta en el medio, lugar destinado a las mujeres e hijos pequeños.

En todo el contorno de la casa, plantaron cada dos metros, los pilares "Mákui", enterrados sesenta centímetros y asomando unos dos metros sobre el suelo. Dos de éstos, en cada extremo de la vivienda, servían de marco a las puertas.

Entre los "Mákui", como travesaños superiores de la pared, eran amarrados los "Péerkamu". De troncos de la palmera "Terén", se obtenían las tablas de unos diez a quince centímetros de ancho, clavadas en tierra y amarradas a los "Péerkamu", a lo largo de toda la pared.

Entre los "Mákui" y la cumbrera se sujetaban los tirantes del techo "Tententámu". De este modo la estructura de la casa, tenía extraordinaria firmeza.

Completando el armazón del techo, cada medio metro ascendían tirantes de caña guadúa, hasta la parte superior, perfectamente atadas.

Para cubrir el techo "Tere", preparaban gran cantidad de hojas de palmera "Terén", de dos metros de largo, cortándolas por la mitad y doblándolas. Estaban amarradas en forma escalonada, de abajo hacia arriba, obteniendo un tejido simétrico, de líneas horizontales y paralelas, que le otorgaban un acabado armonioso y agradable a la vista.

Como las hojas eran colocadas cada cinco centímetros y superpuestas cubriendo totalmente el techo, éste se mantenía impermeable, no permitiendo el paso de la luz del sol; por eso el interior de las casas permanecía oscuro.

En otros casos usaban también las hojas de la palmera "Turúji" y "Punpuná". Esta es conocida como "Paja Toquilla", con la cual en algunas ciudades de Ecuador: Montecristi, Jipijapa y Cuenca, se fabrican los famosos sombreros, mundialmente conocidos como "Panamá".

La casa de Chayáti, tenía sobre la cumbrera, cubriéndola totalmente para que no entre agua, hojas de palmera "Turúji", encimadas, sujetas cada metro y medio, con trozos de guadúa como caballetes montados y amarrados.

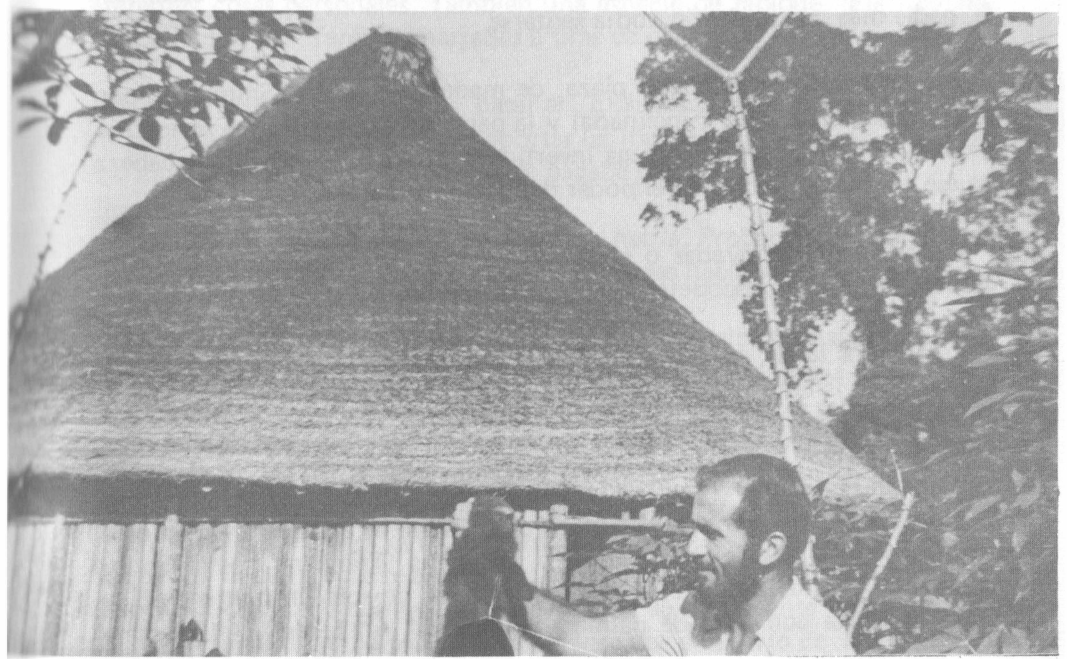
En el techo generalmente anidaban murciélagos, vampiros y numerosa cantidad de insectos.

Poca luz penetraba en la casa, por el mínimo espacio que había entre la pared y el techo, ya que no usaban ventanas. La estructura de las paredes permitía, que a través de pequeñas rendijas, imperceptibles desde afuera, ellos pudieran observar cualquier movimiento exterior, en caso de ser atacados.

Con un hacha de piedra "Kanámpa" , cortaban de los raigones enormes del gigantesco árbol "Wampú", tablones de una sola pieza. Con ellos hacían las dos puertas de la casa, de forma rectangular, de aproximadamente un metro y medio de alto y sesenta centímetros de ancho. Era estrecha, apenas lo suficiente como para pasar una persona.

1– La gran casa "Jea" del Achuar Chayáti.
2– Sosteniendo un mono, producto de cacería. Atrás, frente de la casa "Jea".

1



2

En el dintel y umbral, colocaban dos tablones de "Wampú", sujetos a los "Mákui". En estos tablones hacían agujeros a la derecha donde giraban los goznes "Punku" de la puerta. Al centro y al costado izquierdo tenía un pasador de chonta a modo de cerrojo. Observé una especie de canal, el "Sánkat", excavado alrededor de la casa, en donde caen las goteras del techo. El agua juntada en este cauce, que tenía una ligerísima pendiente, desembocaba en otro, para llevar el agua hacia el interior de la chacra.

El piso de la "Jea" estaba apisonado y nivelado; me dijeron que le agregaban agua, mientras lo asentaban a golpe de tablas planas, hasta darles ese acabado tan liso y duro que parecía cemento.

La vivienda de un solo ambiente tan alto, con una techumbre sumamente gruesa, se mantenía siempre fresca, en medio de la oscuridad.

Es importante tener en cuenta que esa zona está solo a dos grados de latitud sur de la mitad del mundo y a trescientos metros sobre el nivel del mar, en plena hoya amazónica, donde el clima es cálido todo el año.

Penetrando por el "Tankamáshi", había varios asientos "Kutánk" y de frente a nosotros en el centro, el "Chimpí", trono del jefe de casa. En él, nadie más que su dueño podía sentarse.

Estaba hecho de una sola pieza, de madera de cedro "Shimiúti", con doble base trapezoidal (inclinada) y la parte superior en forma de escudo ovoidal, o caparazón de tortuga invertida y agarradera imitando la cabeza de ese animal. Simbolizaba el poder del dueño de casa.

A su espalda, apoyadas o colgando del pau, lucían sus armas, lanzas, cerbatanas, tundas, escopetas, flechas y machetes.

Por ambos lados, en la parte semicircular, estaban las camas, donde dormimos los visitantes. Estas eran cortas, ligeramente inclinadas, desde la pared hacia adentro.

Pasando del primer "Pau", a la derecha, cerca de la pared externa, estaba la cama del jefe , armada con madera resistente de un metro y medio de ancho a sesenta centímetros del suelo. Sus patas "Tsenkén", sostenían los travesaños y éstos a su vez, el piso de la cama, de solo un metro diez de largo, cubierta con tiras de palmera "Ampakái" o "Terén". Allí descan-

saba el cuerpo con la cabeza cerca de la pared y los pies fuera de la cama. Estos eran apoyados sobre un palo "Patachi" a cincuenta centímetros del piso, a su vez sostenido por dos horquillas.

Debajo de los pies estaba el fogón "Ji", consistía en tres troncos de madera "Kuwai", unidos entre sí por la punta prendida, quemando lentamente, sin hacer llama, como un cigarrillo. Alcancé a ver otros dos fogones iguales en el centro de la choza, que estaban permanentemente prendidos, de modo tal que estos indígenas podían abandonar la casa mucho tiempo y volver encontrando el fuego encendido. Para aventarlo, usaban abanicos de plumas de paujil. Los forasteros o visitantes, si traían esposas, también podían hacerlo. De lo contrario demostrarían su valentía, resistiendo la baja temperatura por la noche. Para mí, que venía de climas fríos, esto no era tan grave, aunque sentía el fresco húmedo, pasada la medianoche.

Me llamó la atención ver que Jimpíkti y Juanka no se molestaron en prender el fuego. Este hecho se tomaría como falta de personalidad fuerte o flojera, así que prefirieron aguantar la noche en esas condiciones.

Junto a la "Péak" del jefe, había una repisa "Pĩik", donde guardaban diferentes cosas personales. También una especie de tabique "Ejátak", hecho con hojas de "Terén" amarradas a tiras de palmeras.

Era prohibido a los hombres, pasar al "Eként". Si un joven o un extraño, trasponía ese lugar, tendría que soportar las iras del dueño de casa y un castigo muy severo. Antes, este hecho, se pagaba con la muerte.

No pude ver cuantos "Péak" de esposas había. Probablemente eran cuatro o cinco, con algunas repisas y paredes abiertas hacia el centro de la casa.

Desde afuera había observado que el techo era color de palmera, amarillenta por lo seca, en la parte inferior y más oscura hasta media altura. Arriba era casi negro, por donde escapaba el humo. Este hacía, que además de auyentar los insectos, conservara su duración de la humedad casi permanente y de las precipitaciones pluviales.

Entrando por el "Tankamáshi", frente al "Pau" del jefe, estaban las camas de los hijos varones mayores "Mamínk", que no tenían repisa ni pared, tampoco fogón, para demostrar de ese modo, su fuerza ante los peligros de la naturaleza, ni temer la picadura de los insectos, ni el frío de la noche.

Esos catres se quitaban cuando había fiestas, como era antiguamente la "Tsántsa" entre los Shuaras o ciertas celebraciones especiales sobre la iniciación de los jóvenes solteros.

Después de los "Mamínk", existía otro tabique "Ejátak", tras el cual estaban las camas de las mujeres solteras, es decir las hijas frente a las madres. La pared servía para defenderlas de las miradas indiscretas de los hermanos o extraños.

Entre los dos "Pau", o sea en el centro de la vivienda, aparte del fuego permanentemente encendido y la reserva de troncos, se encontraban secándose ollas de cerámica, otras piezas de alfarería y muchos canastos.

Un objeto llamó poderosamente mi atención en el "Tankamáshi": el "Tunduli" o "Tuntuí"; grueso tronco de madera "Shimiút", de un metro veinte de largo y treinta y cinco centímetros de diámetro.

Para hacer este tambor tan especial, tallaban la parte externa en forma de cilindro, dejando en cada extremo prolongaciones en forma de cabeza de serpiente. Una, servía para colgarlo de lo alto del "Pau" con una cuerda; la otra, se apoyaba en una horqueta de madera, clavada en el suelo, a setenta centímetros de altura. Quedaba así, ligeramente inclinado, con la parte más alta del lado suspendido.

Calaban su interior profundizando cuatro huecos alineados del tamaño de un puño. Los dos centrales se unían mediante una ranura, del ancho de un dedo, ahuecada en forma de U, como una lengua de madera.

Por dentro era cuidadosamente quemado hasta quedar comunicados con amplitud, los orificios.

Este intrumento, según el lugar donde era golpeado con un mazo "Tuntuítiai", emitía un sonido muy vibrante y variado. Especialmente sobre la U retumbaba con mayor fuerza, para enviar mensajes a muchos kilómetros de distancia. La gran casa servía de caja de resonancia.

Era una especie de telégrafo primitivo, especialmente en caso de guerra, para comunicar algún ataque, muerte o asunto grave a sus familiares y amigos; utilizaban códigos solo conocidos por ellos. Al ser escuchados a su vez, se retrasmitía a otras viviendas más alejadas.

Para otros avisos se utilizaba los golpes de una varilla flexible de madera "Remu."

Me informaron de la importancia del "Tuntuí" desde antes de su fabricación. Había que tener cuidado no solo en la elección de la madera, suave, sin nudos, sino también en evitar la presencia de mujeres. Estas, según creencias ancestrales, trasmitirían maleficios imposibles de eludir.

Por otra parte las esposas tampoco podían acercarse al hombre cuando éste elaboraba el instrumento: no dormían juntos ni mantenían relaciones sexuales. El hombre se abstenía de comer mientras hubiese luz y sol.

Este rito era muy estricto y jamás lo profanaban.

Me atrajo también una lanza de chonta "Shikít", por ser muy larga y fina. La utilizaban para atrapar los peces más grandes, esperándolos pacientemente escondidos detrás de los matorrales de la orilla. Al arrojarla en forma tan rápida y certera siempre era recuperada con un pez ensartado en la punta.

Esta operación era realizada por el hombre, más como entretenimiento, porque la mayor parte del producto de la pesca se lograba mediante trampas "Barbacoas" en los ríos. Con ella pescan las mujeres ya que el hombre prefiere la caza.

En algún sitio del río más próximo a la casa, amontonaban piedras, raíces, troncos de árboles, formando pequeños diques. Allí construían una trampa "Washím", amarrando entrecruzadas, tiras de caña guadúa y hojas de palmeras con fibras de "Kaka" o bejucos "Chinchip". En esa trampa caían los peces, siendo recogidos por las mujeres en los "Chankines". En ciertas oportunidades realizan pescas colectivas, utilizando "Barbasco", extraído de las raíces de "Tĩmiu". Este veneno es mortal en los peces, pero no para quienes los comen.

Para estas pescas se reunen varias familias; mientras los hombres arman las trampas, las mujeres machacan con piedras del río, las raíces. Obtienen así, un zumo blanco que envuelven en hojas.

Cuando consideran que las trampas están estratégicamente ubicadas y los peces no podrán escapar, a una señal del jefe, riegan el veneno que es arrastrado por la corriente.

Los peces mueren yendo a caer en las "Washím", donde los hombres, mujeres y niños, los recogen en recipientes destinados a tal fin, o zambulléndose los ensartan en un bejuco.

Después junto al río, los descaman y destripan con cuchillos de guadúa o chonta. Los ahuman y disecan para que se conserven por varias semanas.

También pescan con una red "Neka", de forma rectangular de unos cuatro metros de largo y casi un metro de ancho, tejida con la misma técnica del "Shíkiar", pero dejando los huecos más grandes. Esta red flota, tomada de trozos de madera de balsa "Kutsa". La parte inferior se mantiene sumergida con unas piedras. Dicha red, atravesada en el río, hace que los peces se ensarten en los huecos de sus finos hilos, no pudiendo retroceder, al quedar prendidos de las escamas y las aletas.

Para la caza, a veces realizaban excursiones hasta de 15 días en lo más intrincado de la selva, internándose hacia lagunas pantanosas, inhabitables para el ser humano, donde se han refugiado los animales que aún sobreviven de la persecución de los cazadores.

Esta actividad, la incursión de colonos y de las compañías petroleras, han provocado la extinción de muchas especies, en vastas zonas de la Amazonía.

Para la caza, los achuaras se acompañaban de perros flaquísimos y bien entrenados. Algunos perseguían a los sajinos hasta hacerlos enfurecer con sus ladridos. Los acosaban orientándolos hasta donde aguardaba el cazador en acecho, quien le clavaba su lanza; otros canes buscaban armadillos, guatusas, tigres o dantas.

Los perros tenían un alto costo; los conseguían a cambio de "Tarachis" o cerbatanas. Era justificable el cariño con que los criaban dado que ayudaban a la obtención de alimentos a los dueños de casa y servían de protección a la "Jea" y sus mujeres.

Los amarraban con sogas a las patas del "Péak".Solo probaban la carne de sus presas.

Algo que admiré en la casa de Chayáti, después de calmado el miedo que producía el ladrido amenazador de los perros, fue ver a una mujer amaman-

tando a un cachorro con un seno y con el otro a su propio hijo. Esto me produjo gran impresión, al comprender hasta qué punto, estas tribus primitivas, se consustanciaban con los animales que les protegían.

Sentí muchos deseos de tomar esa foto, pero la situación no era propicia y pensé que se ofenderían por inmiscuirme en algo tan privado de su forma de vida. Así lo interpreté, cuando dejaban sin respuesta algunas de las preguntas que les hacía por medio de Juanka.

En otras circunstancias, en tiempos de paz, tal vez hubiese podido documentar aspectos muy importantes o por lo menos, obtenido más información.

Después de una frugal alimentación, que completé con enlatados, galletas y chocolates, que aún me quedaban, nos acostamos en las dos camas que estaban cerca de la entrada. Trataba de conciliar el sueño, meditando en las nuevas emociones que me había tocado vivir ese día. Comprendí una vez más como estos hombres conservaban su individualidad y libertad, en forma tal como no había visto en otras culturas indígenas.

Mantenían sus costumbres, internándose cada vez más en la selva, hacia lugares casi inhóspitos, que habían conocido en sus cacerías. Pensaban que el hombre blanco no se atrevería a penetrar.

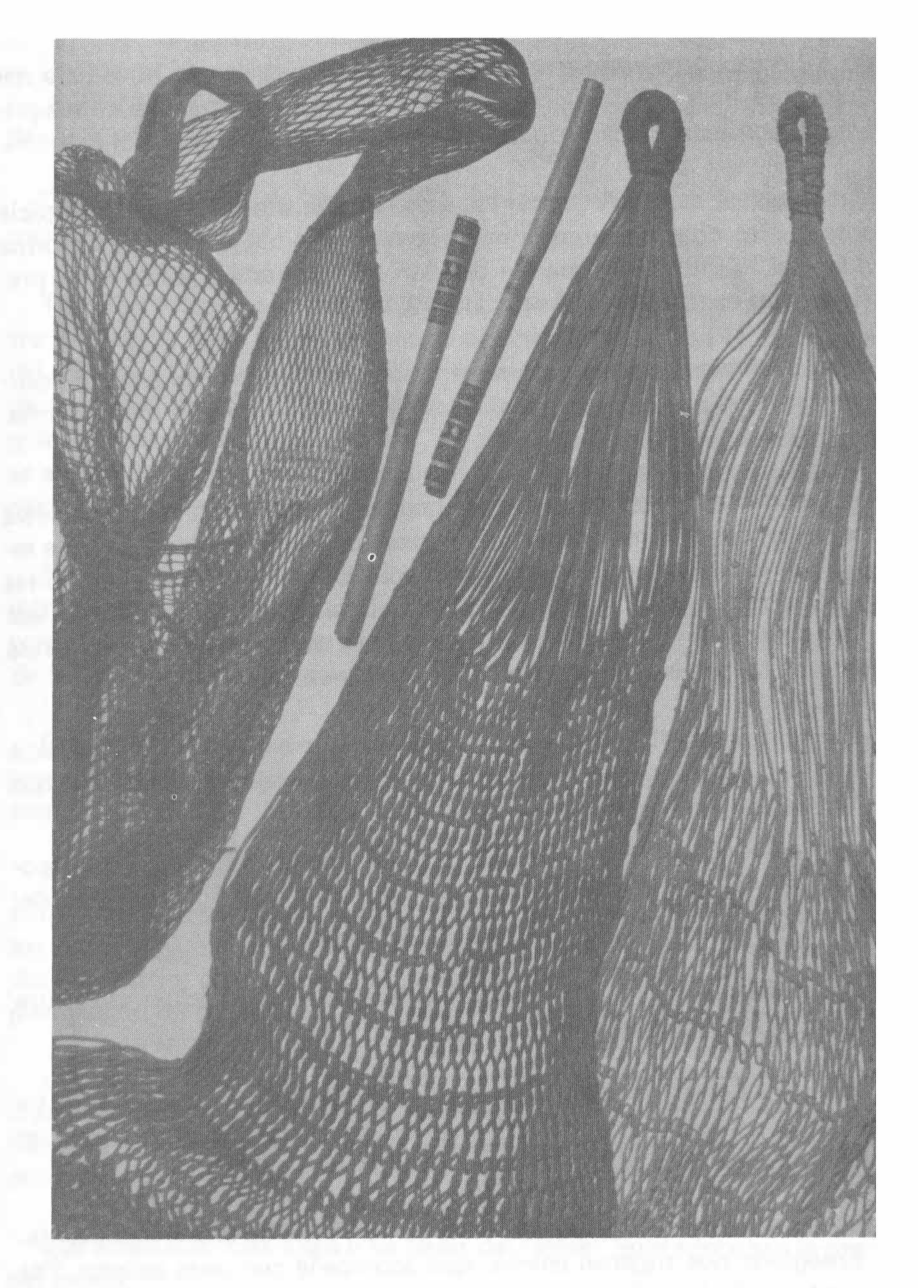
Ellos no percibían que en realidad, poco a poco estaban quedando acorralados cerca de una frontera (con Perú), que había sido fijada sin considerar que la Nación Achuar, quedaría dividida por ella.

También del lado peruano, los pocos achuaras que defendían su cultura primitiva corrían la misma suerte.

Amanecí mal dormido; serían las cuatro o cinco de la mañana, cuando ya había mucho movimiento en la casa. Las mujeres, servían a sus hombres en ayunas, la amarga "Guayusa". Otra vez vómitos, eruptos y pedos.

Me dolía el cuerpo, daba vueltas en la cama. Antes de la seis nos levantamos. Enseguida nos trajeron chicha que acompañé con unas galletas. Por fin, asomó una linda mañana.

Con Juanka, salimos a estirar el cuerpo y fuimos hasta el río a lavarnos y comentar la suerte que tendríamos ese día.



Extremos de hamacas tejidas con fibras de palmera, por los Achuaras Tiwi y Chayáti. Un bolso "Shíkiar" y un par de "Karitsas" (cañas con que los hombres se atraviesan las orejas).

El no tenía cara muy optimista. Algo sospechaba y trató de no ilusionarme. Recorrimos, con algunos niños que se nos habían acercado, los alrededores de la chacra.

Me causó mucha gracia observar que mientras yo traté de encontrar un lugar discreto para hacer en privado mis necesidades fisiológicas, los niños se acercaron a acompañarme. Ellos asumieron conmigo la actitud de defecar. Este hecho tan insólito en nuestra cultura, significaba en los Achuaras un refinado signo de amistad.

A falta de papel higiénico, usé hojas muy suaves de plantas. Los chicos me informaron que ellos para estos casos, también usaban palitos.

Me sorprendió la falta de lluvias y la demasiada tranquilidad del ambiente. Regresamos a la casa: no había visto a Samíruk. Quizás se habría marchado a su "Jea".

Chayáti se pintó la cara con trazos negros y su esposa favorita con líneas transversales rojas, de los pómulos a los labios.

Lucía en el cuello, un hermoso collar de "Shaúk". Chayáti, orgulloso se acercó mostrándome desnudos sus dos hijos varones. Me pidió que les tome una foto así, a lo que accedí encantado y sorprendido.

Observé que unos perros flacos, se alimentaban, utilizando como plato, un resistente caparazón de tortuga. Era de una "Charapa" comestible que habita en los ríos de la zona.

La calma reinante se rompió intempestivamente. Serían las nueve de la mañana, cuando por detrás de la casa, se oyeron ruidos y signos de agitación. Habían llegado dos achuaras. Unos de ellos era Samíruk. Algo grave pasaba; un hecho significativo alteraba la paz.

Con Juanka, observábamos desde lejos; gritaban y gesticulaban mientras Jimpíkti se les acercó, muy poco fue lo que dialogaron.

Un frío extraño recorrió mi cuerpo, al verlos tan exaltados. Se internaron en la "Jea" a parlamentar.



Chayáti con dos de sus hijos y la esposa favorita. Esta lleva en el cuello el "Núnkutai".

Jimpíkti regresó apurado; nos dijo que teníamos que marcharnos inmediatamente y que yo esperase al comienzo del sendero.

Sin más explicaciones, con Juanka se introdujeron en la casa, prepararon los "Tsáparos" y armas y salieron presurosos.

VI

NUEVAMENTE EN LA CASA DE TIWI

En pocos instantes, sin despedirnos, impensadamente nos encontramos de nuevo en la frondosa selva.

Oíamos el "Tuntuí", que era golpeado en forma insistente durante varios minutos. Su poderoso retumbar, se hacía escuchar a muchos kilómetros de distancia. Me dí vuelta y ví que sigilosamente con la escopeta en la mano, Samíruk nos seguía los pasos, a corta distancia de mis pisadas.

De este modo, Jimpíkti, Juanka, yo y Samíruk, en ese orden integrábamos la columna. Por mi parte, creía definitivamente conquistada la amistad de Chayáti y de pronto lo dejaba así, sin siquiera un saludo.

Me intranquilizaba sentir a Samíruk detrás mío. Poco tiempo, sin embargo, tenía para meditar. La marcha de regreso me resultó más rápida que a la ida.

El resonar del "Tuntuí", había durado casi media hora. ¿Qué mensajes estarían trasmitiendo? Mis acompañantes no quisieron informarme al respecto. ¿ Sería la continuación de la guerra? ¿ La venganza por la muerte de Tsántiak? ¿ Se prepararían para matar al Gran Kashíntiu? Este era el más famoso achuar que sobrevivía como viejo guerrero. No llovía y la floresta intrigante y bella nos flanqueaba.

Proseguimos aproximadamente por el lapso de una hora sin novedad. Samíruk nos detuvo de un grito; una sensación extraña me invadió, mezcla de



Jimpíkti y Juanka iniciando el regreso.

sorpresa y temor. Todos nos detuvimos. Ellos giraron sobre sí mismos. Samíruk se había alejado dos pasos a la derecha. Gestos en silencio. Jimpíkti tomó el machete de Juanka. Yo tenía mucho susto y no atinaba a reaccionar.

Jimpíkti empuñó con fuerza el arma y descargándola de un certero golpe, cortó de un árbol, una rama de dos metros. Con ella, dio dos furibundos azotes sobre el sitio que indicaba Samíruk. Una venenosa culebra "Macanchi", había estado enroscada, lista para saltar a nuestro paso.

Los tres pasamos muy próximos a ella sin detectarla. Estos reptiles tienen la virtud de mimetizarse entre el follaje. Me indicaban donde estaba, sin lograr verla. Juanka, entonces, tomó la vara y con su punta la levantó.

Una picadura de ese animal, hace que una persona sobreviva pocas horas. Pensar que yo no había llevado ningún suero antiofídico. No sé como hubiese terminado la expedición de alcanzarnos en su salto, que es del mismo largo que su cuerpo; medía un metro y medio, por lo tanto no habrían podido acercarse mucho para matarla. Las "Macanchi" habitan sitios pantanosos, son de coloración oscura y se alimentan de ratas y sapos.

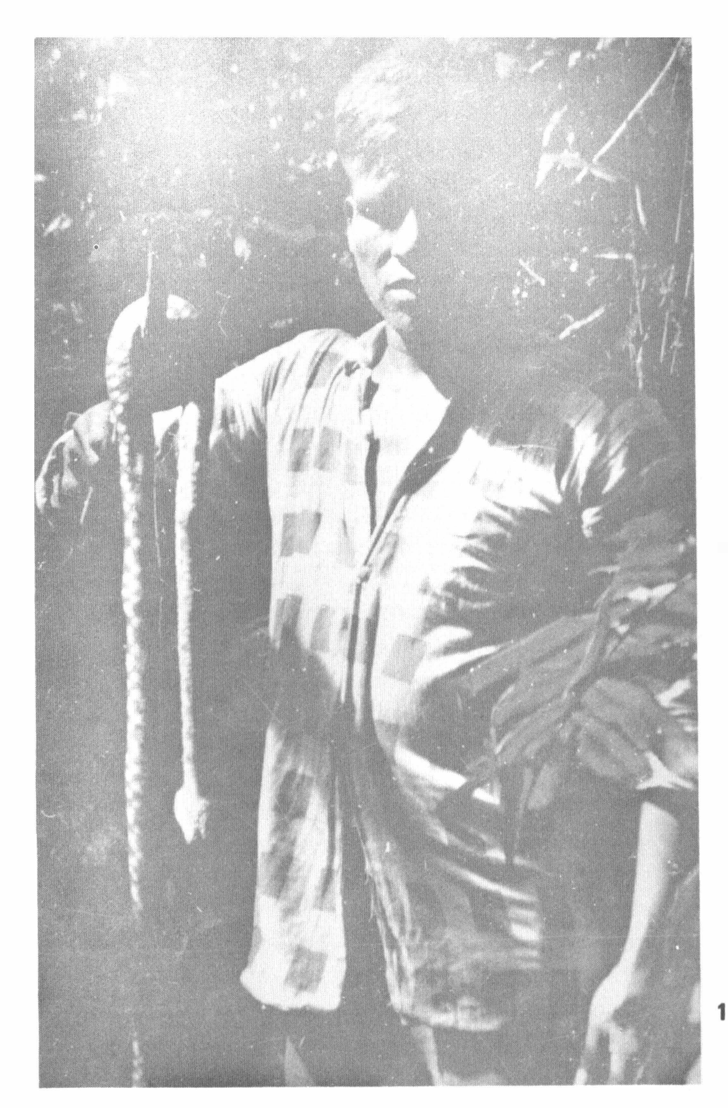
Después del miedo innato que casi me paralizó, pude observarla y hasta buscamos un claro de la selva para tomarle una fotografía.

Reanudamos la silenciosa marcha, solo alterada por monos y tucanes, que se cruzaban a gran altura. Habíamos caminado media hora después del incidente de la culebra, cuando busqué con la mirada hacia atrás, la presencia de Samíruk. Este con sigilo y sin despedirse, nos había abandonado; no nos dimos cuenta de su ausencia hasta rato después. ¡Qué extrañas actitudes de esta gente!

Debo reconocer, que desde ese momento me sentí más tranquilo. La presencia, detrás mío de un individuo como Samíruk, con su pintura de guerra en el rostro, representando la culebra equis, no me caía nada bien.

Nos acercamos de nuevo a la casa de Tiwi. ¿Cómo se portaría ahora? ¿Qué otras alternativas nos depararía el viaje de regreso?

Una lluvia no muy intensa, nos cubrió de manera sorpresiva. Como esta-



1– Juanka sosteniendo una culebra "Macanchi".

2– Tiwi mostrando la forma de tocar la flauta "Peém"

1

ba bastante sucio de lodo y transpirado, me sentí mejor después de la ducha natural, que suavemente nos acompañó casi media hora.

Veía con curiosidad como las gotas de agua llegaban a nosotros, fragmentadas, después de rebotar en el espeso follaje.

Serían las cuatro de la tarde, cuando arribamos a la chacra más próxima a la casa de Tiwi. Nuevamente con la escopeta, Jimpíkti hizo corneta. Pero esta vez, casi no nos detuvimos, aunque sí avanzamos en forma lenta.

Tiwi nos recibió amigablemente, lo cual me hizo respirar con más alivio. Se enteró de nuestro próximo arribo, por haber escuchado el retumbar del "Tuntuí". Había tenido muchas dudas del recibimiento que nos dispensarían Chayáti y Samíruk, dada la familiaridad de éstos con el asesinado Tsántiak.

Nos trajeron agua en calabazas para el aseo. Al sentarnos a descansar nos sirvieron chicha. Como se levantaba la tarde y estábamos sin comer desde el modesto desayuno en casa de Chayáti, me sentía cansado y con un apetito feroz, así que devoré las papas, plátanos y unos trozos de carne hervida, que me hicieron reponer las energías y sentir mejor. No aceptaron el café con que les invité, prefiriendo su agua de guayusa.

2



Anochecía rapidamente; tenía que aprovechar al máximo esos momentos con Tiwi, quien me dijo que partiría de cacería a la mañana siguiente por unos quince días.

Jimpíkti me manifestó su deseo de regresar enseguida. Seguramente extrañaría a sus esposas. Es importante destacar el gesto de amistad ofrecido al acompañarme. Ellos siempre llevan por lo menos una cónyuge, quien se ocupa de atenderlos.

Al oscurecer encendieron una semilla de "Tsápatar". Esta, sostenida de la punta de una horqueta, clavada en tierra, se consumía lentamente produciendo buena luz durante media hora. Una vez agotada la renovaban.

Todo los hombres hicimos una rueda en el "Tankamáshi", con la tea encendida en el centro. Se inició así un interesante diálogo, que pude seguir activamente gracias a la excelente labor de Juanka.

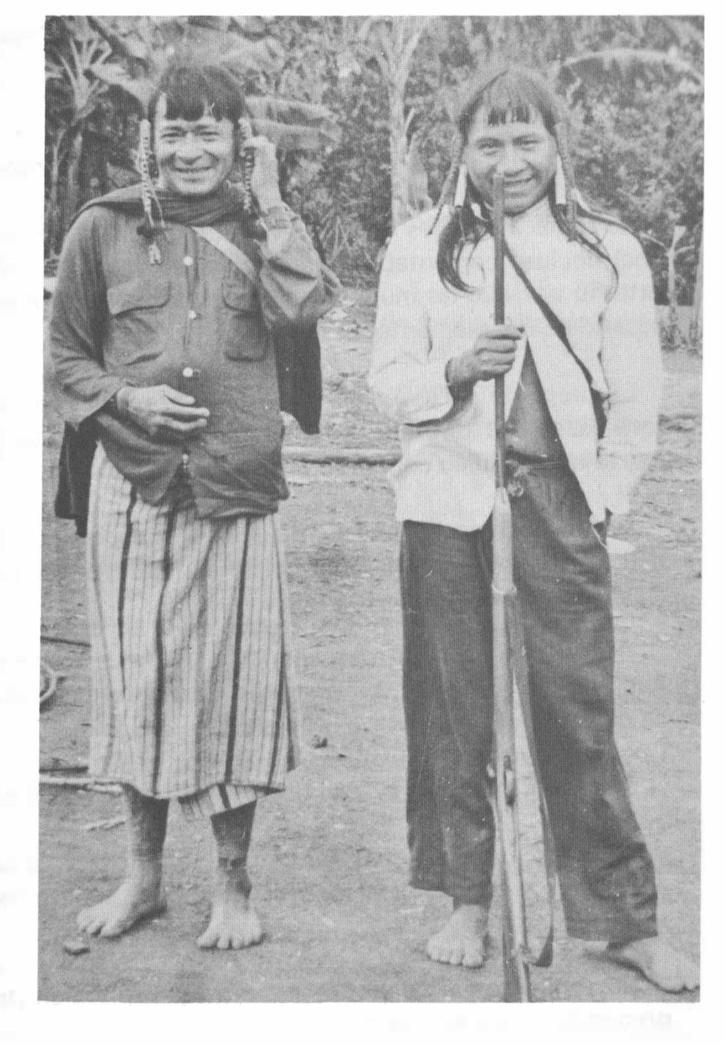
Primero pregunté por una gran piel que había visto poco antes, al atardecer. Esta era fina, de color oscuro, casi negro, con algunas manchas blancas próximas a los huecos de los ojos. Me explicaron que es una variedad de oso, "Chai" o "Chiánkrapi" casi extinguida. Vivía en las partes altas y tenía mucha facilidad para trepar con sus fuertes garras, en busca de comida. En especial, lo hacía a las copas de "Pambil" (palmeras de treinta metros de altura).

Una característica especial de este oso con anteojos, (eso parecía la mancha blanca que rodeaba sus ojos) era la de construir en sitio elevado de un árbol una especie de cama con ramas y hojas (a modo de colchón), para sus largos sueños. A veces se acercaban a las chacras, buscando alimentarse de ciertos frutos.

Los indígenas hacían trampas para cazarlos y comerlos.

Asimismo me llamó la atención el "Juícham", comadreja muy útil en las casas porque se alimenta de cucarachas, insectos y gusanos. Razón por la cual, las vi muy cómodas, sin que nadie las moleste.

Observé unos bolsos para proyectiles, hechos con caparazón de armadillos, le llaman "Uyunt de Yánkunt". También los hacían con piel de mono y de lagarto.



Pinínkias y Tiwi a nuestra llegada.

Me resultó interesante, otro de mono rojizo amarronado, por la forma de aprovechar la piel entera. El depósito estaba confeccionado con el cuerpo; la cabeza hacía de tapa y la larga cola era la agarradera para llevar al hombro.

De estos "Uyunt", el más fino y de elaboración más compleja es el "Shíkiar", que requiere de realizar finos hilos de "Kumai" o de "Wasake".

La charla cada vez era más interesante para mí, por la importancia de sus

datos. Pero también lo fue para ellos, quienes me preguntaban muchas cosas sobre este otro mundo del que yo provenía.

En ciertos momentos pedían chicha. Una mujer, la esposa mayor de Tiwi era la encargada de cumplir la función de servirnos.

Se sentó a los pies de él, en el suelo y siguió la conversación casi hasta el final; incluso comentaba algunas cosas en voz baja con su esposo. Esto me extrañó por que las mujeres no participan en reuniones con extraños, como ocurrió en ese momento.

Le pregunté a Tiwi, algo más sobre las técnicas o trampas que utilizaban para cazar. Me dijo que existían animales que apetecen determinados frutos, lo que era bien conocido por los Achuaras.

Se ubicaban en lugares estratégicos a la espera,con la cerbatana lista. En algunos casos subían a los árboles, construyéndose con ramas una tarima donde se mantenían ocultos entre las hojas.

Ahí esperaban a las aves, monos y osos que iban en busca de miel "Tsíkat" y palmitos "Ijiu", previamente colocados en un claro cercano, al alcance de sus armas.

Los tapir o sajinos, buscan hojas de "Wampú" y "Epu".

También armaban distintos tipos de trampas, a la salida de las cuevas de armadillos u otros animales. Eran horquillas amarradas en las raíces y disimuladas con hojas.

Los obligaban a pasar por ese sitio y al pisar un palito, (especialmente preparado) quedaban prisioneros.

Para los de mayor tamaño, confeccionaban una "Ashmámu". Después de estudiar en la zona, las pisadas y observar detenidamente las más frescas, excavaban un hueco en el suelo, en cuyo fondo colocaban puntas bien afiladas como lanzas. Cubrían el pozo con ramas débiles y hojas, disimulándolo perfectamente.

Esperaban con paciencia al animal o si era localizado, lo dirigían con ayuda de los perros,hacia el sitio en que estaba construido el "Ashmámu"; allí caía violentamente,quedando ensartado.

Los Achuaras preferían en general, la carne obtenida de esta manera, no solo por su valor alimenticio, sino también por el placer de la cacería.

Ultimamente utilizaban la escopeta o carabina para la caza mayor, en cambio, como el ruido espantaba a los animales en una vasta zona, preferían el "Ume" o cerbatana para los pequeños o medianos, graduando la dosis de veneno según el tamaño de sus víctimas.

Muchas veces salían por varios días, en busca de presas grandes hacia lugares más alejados en la selva.

Para pasar la noche, armaban unas chozas "Ayámtai", cortando dos ramas con formas de Y que eran clavadas en tierra, con un palo apoyado como cumbrera.

Con dos o tres transversales, colocaban como techo varias hojas de palmera o de otras hojas grandes para protegerse de las lluvias. Inmediatamente prendían fuego para cocinar y soportar el frío de la noche.

Otro tipo de choza provisoria, es la denominada "Aák", de forma cónica. Clavaban en el suelo varios palos inclinados y convergentes hacia arriba, amarrados y cubiertos también con hojas de palmera. De ser varios cazadores, se hacían igual número de "Aáks".

En casos circunstanciales, como nos ocurrió a veces durante la marcha, apoyaban palos o ramas a un tronco y las cubrían con hojas gigantescas de "Sunkip" o "Kachíniak"; las mismas que en cierta oportunidades, usábamos como paraguas.

Cuando los cazadores necesitaban descender el Río Macuma y navegarlo, construían una "Papánk" (balsa). Unían cinco troncos de "Wawa" (palo de balsa) de cinco metros de longitud, con las puntas previamente afiladas, en forma cónica, para que corten bien el agua.

Les hacían una ranura, donde atravesaban un palo de madera fuerte "Tukús". En cada tronco de balsa eran introducidos clavos de madera, inclinados alternadamente para realizar los amarres, con bejucos. De este modo, evitaban que se desaten por la presión de la correntada o el roce de los cantos rodados del río.

Si el viaje era largo, hacían también un asiento y una especie de techo con hojas de banano o palmera. Remaban desde atrás con un canalete o bogando con una caña. Esta balsa no les era útil río arriba, por lo cual era abandonada al final del recorrido, desde donde regresaban a pie, cazando por la selva.

Cuando necesitaban navegar contra corriente o simplemente por los ríos próximos a la vivienda, utilizaban la canoa "Kánu", hecha en un solo tronco de madera de cedro, "Washiki" o "Tsáik" de cuatro a seis metros de largo.

Primero se le ahuecaba unos cincuenta a setenta centímetros de hondo y sesenta a ochenta centímetros de ancho en la parte media.

Terminaba en punta para cortar la correntada, dejando una especie de repisa en la popa con forma de cola de pescado, para que el boga pudiera sentarse o pararse.

Luego le rebajaban la parte externa con golpes de hacha y machete, hasta darle un espesor de dos a cinco centímetros, según los lugares.

Después se le quemaba negreándole con ciertas resinas, para evitar que se apolille. Si la canoa era grande se utilizaba un canalete (especie de remo) hermosamente tallado, el "Kanáichiu". La paleta que penetra en el agua tenía forma trapezoidal, redondeada en los bordes con su largo mango, hecho todo en una sola pieza de madera.

Es interesante destacar como transportaban el fuego, durante los viajes, dado que no tenían fósforos. Prendían en las casas, una cáscara de árbol, "Mukúnt" y la llevaban envuelta en hojas, hecho un manojo. Se consumía lentamente por muchas horas, sin apagarse ni hacer llama. En caso de ser necesario encenderlo nuevamente, se lo hacía cerca de hojas secas mediante golpes o fricciones de pedernales que producían chispas.

Dado que la mayoría ahora posee machetes, golpeándolo sobre las piedras del río, logran ese propósito.

Yo quería alguna explicación sobre las famosas "Tsántsas" (reducciones de cabeza) tan conocidas mundialmente, realizadas por los jíbaros.

Como no obtenía respuesta (me dieron a entender que ignoraban el procedimiento) les expliqué lo que yo había leído sobre este tema.

Sabía que la reducción de cabezas había sido abandonada, con motivo de la codicia del blanco; no podían admitir que siendo para ellos sagradas las cabeza-trofeo, por fuerza de las armas, pasaran a poder de los extranjeros.

Los shuaras hacían la "Tsántsa" de cabezas humanas, cortándolas de indígenas rivales. Durante la colonia, practicaron esta costumbre con las de los blancos invasores.

Según me informaron algunos misioneros, ello tuvo lugar, hasta el primer cuarto de siglo, pese a las falsas versiones que circulan, de algunos individuos, que por afán de lucrar periodísticamente, narran haber visto este procedimiento en los últimos años.

Las versiones más lógicas explican que la reducción se realizaba mediante sucesivas cocciones en hierbas, cuyo secreto trataron de mantener frente a los profanos.

Yo había observado en varios museos, que las cabezas eran abiertas en la parte posterior del cráneo, de donde extraían los huesos, masa encefálica y órganos, hasta dejar solamente la piel.

Al consumirse las hierbas con que las rellenaban, en el jugo hirviendo de ciertos vegetales, se conseguía un volumen cada vez menor.

Le cosían la boca y los párpados para que no se deformen y evitar que escapara su espíritu; de esa manera éste no vengaría al autor de su muerte.

Cerraban la nuca, cosiéndola y embutían la cabeza, por el hueco del cuello, con otras hierbas, poniéndole a hervir cierto tiempo. Modelaban nuevamente las facciones con ayuda de cantos rodados calientes. Repetían la operación mencionada, hasta que la cabeza se achicaba al tamaño menor que un puño.

La dejaban secar, colocándola en la punta de una lanza. Con ella celebraban la Fiesta de la "Tsántsa." Los jóvenes iniciaban su preparación en ac-

tividades guerreras y para mantener la tradición, cazaban perezosos ''Iniú-shi'' y reducían sus cabezas.

Tiwi me explicó que había oído de sus antepasados, narraciones al respecto, pero que ellos, los Achuaras, no practicaron esa costumbre.

En cambio, los Shuaras, las habían realizado con las cabezas de aquéllos, obtenidas en las guerras.

Sin embargo, me manifestaron que era obligación sagrada vengar el alma del familiar muerto injustamente, por órdenes dictadas por un brujo rival.

También, antes era un hecho grave, sancionado con la muerte, el adulterio por parte de las esposas y si un intruso invadía el ''Eként'' de las mujeres.

En síntesis, la causa fundamental de las muertes de entonces, eran las supuestas brujerías. Consideraban que el poder de los ''Uwishín'' o ''Bishini'' era fantástico.

Generalmente la sentencia de muerte, la daba el más viejo del grupo, el ''Curaca'' ''Wea'', que reunía a los guerreros ''Mankartin'', quienes se pintaban el rostro con los símbolos de la fuerza que atribuían a su Dios ''Arutam''. El ''Wea'' con su gran experiencia, aconsejaba a los jóvenes, principalmente al que tenía que dirigir la venganza, en el arte de la traición y el engaño.

Preparaban sus armas, antiguamente las lanzas, a las cuales agregaron las escopetas. El acecho para sorprender al sentenciado podía durar mucho tiempo. A veces se lo vigilaba al salir de cacería y se le tendían trampas.

Era necesario tomar precauciones de toda índole, para no prevenir a los familiares del que iba a morir.

Tenían gran confianza en sus hechiceros, que los protegían de los malos espíritus, de los maleficios de los enemigos y que los curaban de sus enfermedades. La autoridad del ''Wea'' era lógica, porque se imponía por sus cualidades guerreras y la acumulación de experiencias, que la edad le otorgaba.

Era difícil sobrevivir en ese medio y muy pocos los que llegaban a mayo-

res. Cuando esto ocurría, eran admirados y respetados. De ahí la leyenda que se había tejido en torno a la figura del Gran Kashíntiu.

Me resultaba muy dificultoso tomar apuntes en la oscuridad de la "Jea", solo iluminada por la mortesina luz del "Tsápatar". Este, encendido en el centro de la reunión, en la cruceta superior de una rama, a medio metro del suelo, nos permitía ver más que nada, los rostros y las expresiones, espectrales, casi diabólicas, con sus gestos y ademanes tan ricos y sugestivos.

La charla se prolongó en la placidez de la noche, aprovechando al máximo esa última oportunidad, que pasé en territorio Achuar.

Me sentía sumamente agotado, por las jornadas vividas con tanta intensidad y la marcha del día hasta llegar a la casa de Tiwi. Lo que más prolongaba la conversación, era el entusiasmo con que me bombardeaban a preguntas sobre nuestra civilización.

Yo había tratado, durante todo el año anterior con numerosos grupos de indígenas a lo largo de la cordillera de Bolivia, Perú y Ecuador, incluso algunos selvícolas de Perú. Sin embargo, excepto los Shipibos del Alto Ucayali, ninguno me pareció tan inteligente y curioso como los Achuaras.

Este coloquio casi insólito, que no imaginé sería tan intenso, solo la habilidad traductora de Juanka podía cubrir.

De la calidad de su interpretación, me daba muestras el hecho de como se enriquecían las preguntas, hasta en detalles que jamás había pensado tener que explicar.

Frente a esa avidez de conocimientos, desfilaron mis respuestas: cómo son los pueblos y ciudades, la forma en que se alinean las casas a ambos costados de las calles, como se sube en ascensores o escaleras mecánicas, el transporte en rápidos vehículos.

Todo era alucinante y fantasioso para ellos. Tuve que explicar desde la rueda, hasta los motores. Me costaba un supremo esfuerzo adaptar las formas más sencillas de expresión y con un léxico lo más limitado posible, todo lo que su curiosidad me obligaba a satisfacer en reciprocidad a tanta información y colaboración en mi viaje.

Lo que acuciaba sus interrogantes, era que en la visita de ida había mostrado fotos de las modernas ciudades y postales de otros países tan extraños a su modo de vivir.

Me apoyé en ellas, para aclarar cosas difíciles de captar en un hábitat tan limitado, como en el que decurrían sus vidas. Un envidiable paraíso y con una libertad tan absoluta, que no podían comprender nuestro atosigamiento y el vivir esclavos de costumbres y horarios, presos en montañas de cemento, hierro y vidrio. Pensar que los Achuaras por su afán de ser libres, no se agrupaban en pueblos o caseríos.

Quedaban entre absortos y abrumados, ante la explicación de que millones de personas se podían amontonar en ciudades y en edificios de cincuenta y hasta cien pisos. No conocían la rueda, inútil en la selva; habían visto volar aviones y buen trabajo me costó describírselos. También les conté, que así como ellos se transportaban en hilera sobre una canoa, miles de personas lo hacían en trenes sobre rieles.

No salían de su sorpresa. En lo más recóndito de sus mentes, pensarían en lo poderosa de esa civilización, que algún día los asimilaría perdiendo así su preciosa independencia y sus costumbres ancestrales.

Evité en lo posible hablarles de las terroríficas armas modernas, que los blancos habían inventado para sus guerras, en que se mataban por millares.

Para ellos hubiese sido muy contradictorio que por una muerte aislada, existiera orden de detenerlos y en otras partes del mundo se matase sin sanción, enorme cantidad de gente en conflictos que duraban años.

A veces el tema del armamento salía a relucir, relacionado con las escopetas que obtenían a trueque, de familia en familia, desde las que habitaban cerca de los ríos más navegables.

Había comparaciones que asusaban su imaginación y a veces les provocaba una risa clamorosa. Por ejemplo, que para viajar kilómetros de distancia, como los que separaban la casa de Jimpíkti de la de Tiwi (seis horas de caminar rápido), había trenes en túneles bajo tierra, que los recorrían en escasos minutos, debajo de la selva de gigantescos edificios.

Traté de hacerles comprender la idea de su país, Ecuador, su bandera y

su himno y que yo venía de otro muy lejano, con símbolos a los cuales también se venera; cante un trozo del Himno Ecuatoriano. Les gustó y me pidieron el de mi país; fue así como por primera vez en esa selva, se escuchó algo del Himno Argentino y se entonaron las notas de un tango.

Cuando vieron fotos de tanta ropa que oprimían los cuerpos de las personas, tuve que explicarles que en mi ciudad de la pampa argentina, las temperaturas a veces eran cálidas, de hasta cuarenta grados, como donde ellos vivían, pero en otras bajaban hasta diez grados bajo 0 y el agua se hacía como piedra. Algo desconocido e incomprensible para ellos.

A veces, interrumpía mis comentarios para preguntar a Juanka si verdaderamente les interesaba todo lo que yo decía, a lo cual me respondía afirmativamente, al contrario, sería una falta de cortesía de mi parte, no corresponder al interés que demostraban.

Esto se prolongó hasta una hora muy avanzada, habíamos perdido la noción del tiempo. Me sentía extenuado por el esfuerzo de concentración que requería hacer sencillos y comprensivos mis comentarios.

En un momento dado me pareció que ellos se dieron cuenta, o bien estaban abrumados por el peso de tantas cosas que de pronto irrumpían en su mente. Lo cierto es que el grupo familiar se había ido retirando a sus aposentos. Cuando Tiwi se puso de pie, fue como una señal de terminada la reunión. Ya casi una hora antes habíamos cumplido la última vuelta de chicha y la esposa fue a dormir. El "Tsápatar" irradiaba sus últimos destellos.

En la oscuridad de la noche y tratando de seguir los pasos de Juanka, acertamos con un "Péak" donde por fin estiramos los cuerpos, esperando el amanecer. Yo no dormí casi nada; la noche era terriblemente oscura y silenciosa.

Pensaba si todo lo que narré de nuestro mundo desarrollado no habría afectado la sosegada existencia de estos selvícolas. Les había manifestado mis deseos de volver, para llevarles las fotografías tomadas y conocer sus fiestas y costumbres, con más amplitud, en épocas normales.

Cuando aún no amanecía noté gran movimiento y preparativos para el viaje de cacería que habrían de emprender.

Nos levantamos y ordenamos las cosas en los "Tsáparos" de Juanka y Jimpíkti. Un ligero desayuno y estábamos listos para partir.

En la casa quedaron, una de las esposas, los hijos menores y los perros que les cuidaban. Las otras dos esposas de Tiwi, cargaron sus "Chankiñas" de la cabeza, escopetas y machetes. Jimpíkti llevaba la cerbatana elaborada por Tiwi, que enriquecería mi colección.

Avanzamos hasta el río, allí colocamos todo en una canoa para cruzar el Macuma; ya en la ribera opuesta nos separamos. Tiwi partiría de caza, por varios días. Ví como las mujeres cargaron casi todo y se alejaron rodeadas de sus canes.



Cargando la canoa para cruzar el Macuma.

La despedida de estos grandes amigos de la selva fue para mí emocionante. Les expliqué que los argentinos llamamos "Che" a los amigos. Es una muestra de confianza. Se rieron a carcajadas. Me explicaron que la expresión "che", la usaban para espantar a los animales.



Preparativos para la cacería.



También les conté que estrechar las manos es forma de saludo entre nosotros. Sonrientes aceptaron y en reiteradas oportunidades nos dimos las manos con Tiwi, Pininkias y los hijos.

Estos se habían encariñado conmigo, especialmente el que había curado la infección en la mejilla. La herida estaba cicatrizando.

Me acariciaban las barbas y los brazos afectuosamente.



"Chau che", fueron mis últimas palabras. Les causó risa.

Nos separamos repitiendo: "Chau che, chau che"...

VII

EL REGRESO A LA BASE DE TAISHA

Jimpíkti, experimentado conocedor de la zona, nos condujo hasta su casa a través de la selva. Todo me resultó más fácil.

Fue una jornada amenazante de lluvia, pero sin concretarse, sino en ligeras lloviznas, que no llegaban a humedecer el suelo. El denso follaje absorbía las precipitaciones.

Me había adaptado mejor a ese ritmo de andar, auque les hacía perder tiempo cuando se trataba de cruzar cursos de agua. Me faltaba el equilibrio necesario sobre los troncos, que para Jimpíkti y Juanka era un juego de niños.

Pasado el mediodía estábamos de regreso en casa de Jimpíkti. El reencuentro con sus esposas me pareció falto de emoción. Se fue tras la casa a dialogar con ellas, sin hacerse escuchar por nosotros.

Tratamos de limpiarnos la transpiración, esperando la consabida chicha de yuca que nos recuperaría de la deshidratación.

A la media hora, esto se produjo con el agregado de trozos de carne, plátanos y yuca, que nos hizo reponer energías. No aguantaba la picazón y los deseos de bañarme en las cristalinas aguas del Panki. Le insinué a Juanka ir al río y nos marchamos a un sitio muy hermoso. Flores y mariposas a nivel de los cantos rodados, embellecían el lugar enmarcado en una exuberante floresta de gran altura. La zona era paradisíaca, unicamente el sonido del agua entre las piedras y el canto de algunos pájaros interrumpían esa paz absoluta.



Jimpíkti con la cabellera suelta, vistiendo camisa y pantalón que le obsequié al regreso. Me muestra el "Chimpí," tallado por él, en madera de cedro. Atrás, el "Tsáparo" de Juanka.

¡Qué baño tan reparador! el lodo pegadizo en las piernas fue desapareciendo y algunos raspones y heridas se limpiaron. El sol brillaba. Fue una tarde de reposo y de estirar el cuerpo. Nos sentíamos renovados, un atardecer muy suave descendía, proyectando sombras que cambiaban el color del follaje, mientras nos deleitábamos viendo jugar un enjambre de mariposas multicolores, sin temor a nuestra presencia.

De regreso, antes de la noche, preparamos nuestro equipaje para salir temprano, en la última etapa que nos conduciría de nuevo a Taisha. No sabía como agradecer la enorme colaboración que nos brindó Jimpíkti. Le dejé mi pantalón, camisa, slip de baño, medias, zapatillas de caucho, en fin, todo lo poco que me quedaba.

Solo tenía lo puesto: un pantalón corto, una camisa y los zapatones para llegar a la Base. En el "Tsáparo" de Juanka, concentramos la colección de objetos que había conseguido a trueque. Estos se incrementaron con plumas de tucanes, un maxilar de mono, otro de sajino y lo más valioso: los aros de palitos con plumas de tucán, que a mi llegada habían adornado el rostro de una de las esposas de Jimpíkti. Nos acostamos temprano, la casa sin paredes nos permitía apreciar la oscuridad total de la selva. Al amanecer comimos huevos, yuca, plátanos y tomamos chicha.

La despedida con Jimpíkti fue la propia de un amigo al que quizás por cuánto tiempo no volvería a ver. Un compañero entrañable, hecho en las circunstancias de un viaje, que de no ser por su ayuda, no habría podido concretar.

Su cabellera negra, brillante, suelta sobre sus hombros, enmarcaban un rostro de facciones escultóricas, dándole mayor imponencia. Me dijo que el domingo siguiente visitaría a su hijo en la Misión. Faltaba casi una semana, pero como los vuelos de Taisha eran cada quince días, quizás tendríamos la oportunidad de reencontrarnos. De todos modos nos dimos un fuerte apretón de manos y emprendimos el regreso.

Fue un día de calor agobiante. Encontramos mucho lodo y los troncos resbalosos. Cinco monos cruzaron los árboles a gran altura, como siguiendo un sendero, con ágiles saltos de rama en rama.

Después de seis horas de caminar, avistamos la pista de aviación de Taisha. Muy cansados, llegamos a la Base Militar, donde fuimos objeto de toda clase de atenciones para facilitar mi recuperación. El Capitán Miño, nos recibió con gran alegría, felicitándome por el éxito de la aventura. Le informé de lo ocurrido en ese duro trajinar, mientras bebíamos jugos para aplacar la sed. Juanka se fue enseguida a la Misión, dejándome el "Tsáparo" lleno.

Había transpirado tanto que todo el líquido que tomé durante veinticuatro horas, lo asimilé, recuperándome así de la deshidratación.

Durante varios días no pude calzar los zapatos dejados en la Base. Los pies estaban hinchados y en la enfermería donde me alojaba, me trataron por cualquier posible infección de las pequeñas heridas y rasguños que cubrían especialmente mis piernas.

Algunas jornadas tuve que soportar una intensa lluvia. No se sabía cuando podría aterrizar el avión. El cielo permanecía cerrado.

Al día siguiente, lo único que hice fue concurrir a la Misión a agradecer a los Padres Casiraghi y Bolla, por su infinita colaboración, conversar acerca del viaje y devolverles el gran "Tsáparo", que tan útil me había resultado. Ya estaban al tanto de casi todo, por medio de Juanka, que se reintegró de inmediato a sus labores.

Con el Capitán Gribaldo Miño, Jefe de la Base, tuvimos muchas oportunidades de cambiar impresiones de todo lo ocurrido, en esos días de lluvia en que no se podía hacer otra cosa.

Después de vivir tantas emociones, en jornadas de ajetreo muy intenso, me parecía extraña esa paz y tranquilidad que disfrutábamos en la Base. El descanso era forzoso. La aventura había quedado atrás con mucha suerte.

Sin embargo un día, se produjo un hecho inesperado: la llegada de un indígena que pidió hablar con el Capitán Miño. Mediante un intérprete, pudimos conocer que había fallecido un hermano de ese Shuar. El quería llevarse bien con los militares y adaptarse al cambio que estaba ocurriendo con motivo del desarrollo de la Base y la Misión.

Sin embargo, esa muerte había exasperado su conducta y dejándose arrastrar por sus tradiciones ancestrales, la atribuía al brujo rival.

Quería matarlo, pero como éste frecuentaba la Base, de ocurrir, sospecharían de él y los militares lo apresarían. Los indígenas no conciben la pérdida de la libertad.

Se lo veía exaltado, quería que el jefe de la Base le permitiese vengar a su hermano.

Buena labor le tocó desempeñar al Capitán Miño, para explicarle que de

hacer eso, él tenía que disponer de su arresto y enjuiciamiento; que ellos estaban allí para hacer justicia y no permitir esos crímenes que exterminaban grupos rivales. Como autoridad citaría al "Uwishín" para investigarlo, prohibiéndole ejercer la brujería y deteniéndolo de ser necesario. Convenció al Shuar de no hacerse justicia, sino que dejase eso en sus manos. De la exaltación con que había llegado, fue calmándose y aceptó lo dispuesto por el Jefe. El Capitán Miño ordenó traer víveres para obsequiar al indígena. Este obtuvo así arroz, azúcar, sal, pinol, etc.

Vino a pedir "permiso para matar" y recibió un gesto de paz y amistad.

Hecho como estos, terminarían con las costumbres guerreras que desde épocas inmemoriales, mantenían los denominados por estas prácticas, "Jíbaros". Arreglé mis apuntes humedecidos y borrosos, tratando de ponerlos en orden y rememorar lo que había vivido. Pensaba que quizás después de cuánto tiempo, podría volver a ver a esta gente cambiada por la culturización de los blancos. Me imaginé el correr presuroso de los años, cómo los adaptaría más rápido de lo que ellos podrían imaginar.

Durante muchos siglos habían desarrollado una cultura propia, de transformación lenta, lejos de los influjos de nuestra llamada civilización. Era sin duda, una lucha desigual. Esta se producía entre una cultura altamente tecnificada y una primitiva, selvícola.

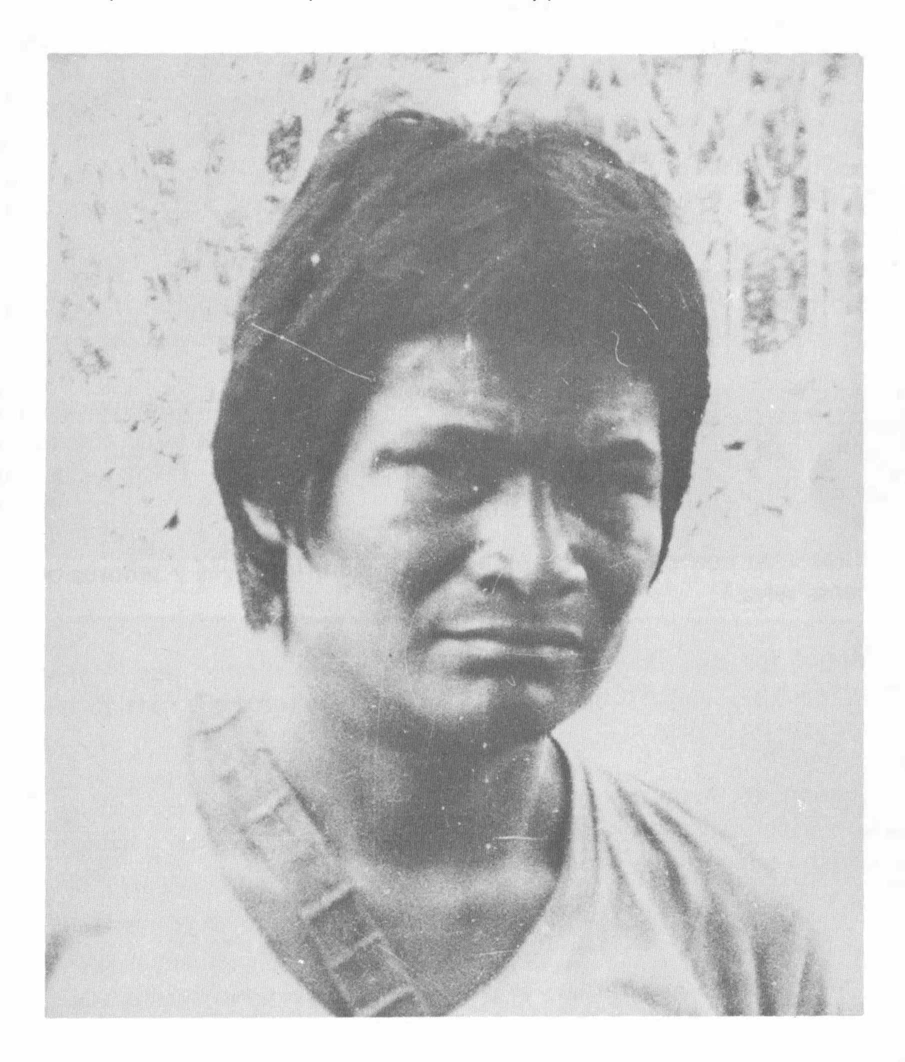
Dos hechos precipitarían este avance vertiginoso: por un lado las necesidades de combustibles del mundo, harían que esta inmensa selva, tan rica en la vital fuente de energía, fuese invadida por empresas con la más alta tecnificación y fuentes de recursos económicos, en procura de extraer petróleo. Por otro, la toma de posesión de esta región, por las Fuerzas Armadas Ecuatorianas, para frenar la codicia de los gobiernos peruanos.

Desde el auge de la explotación del caucho, a principios de este siglo, Perú había penetrado en jurisdicción ecuatoriana, tomando así posesión de hecho, sobre inmensas zonas amazónicas. Ecuador, (autosuficiente entre las posibilidades de la sierra y la costa, para su existencia) por las dificultades que la selva ofrecía y por no existir una política adecuada, había descuidado de ejecutar su derecho de dominio sobre esos grandes territorios.

Pude comprobar la actitud pacífica de los militares ecuatorianos, por la hospitalidad que me brindaron en la Base de Taisha, durante el tiempo que fui su huésped.

Sin embargo, Perú llegó hasta el hecho de la invasión armada, presionado por los intereses petroleros, en plena guerra mundial, sin respetar la identidad y unidad de los pueblos, en ese entonces llamados "Jíbaros".

Hasta tal punto fue de insólito este proceder, que los Achuar, en cuyo territorio estábamos, sin tener en cuenta su unidad étnica cultural, fueron divididos por una frontera, marcada en 1942, por la fuerza de las armas.



Un Shuar pide al Jefe de la Base Militar, permiso para matar al brujo, a quien acusa por la muerte de su hermano.

Lo mismo ocurrió más al sur, en la zona habitada por los shuaras desde antes de toda conquista por los blancos.

Duele pensar que con el correr del tiempo, se vean divididas y enfrentadas con banderas distintas, familias indígenas que fueron dueñas de estas inmensas tierras amazónicas.

El domingo fui a misa en la Misión, con la esperanza de volver a ver a Jimpíkti.

Me fue fácil localizarlo, porque tenía puesto un pantalón y camisa que yo le había dado; fue el reencuentro de amigos que me corroboró su calidad humana. Me traía un adorno de plumas que dejé completamente olvidado.

Aproveché para despedirme de todos los nuevos amigos de la Misión, entre ellos el hijo de Tsántiak, que Kawárim había llevado allí.

Al volver, me parecía que había dejado atrás, en esa despedida, los momentos más emocionantes y audaces de mi vida. Jamás podría olvidar a Juanka, Jimpíkti, Tiwi y Pininkias, Samíruk y Chayáti, Pitro y Caserpa, Kawárim, Taisha, Pinkio.

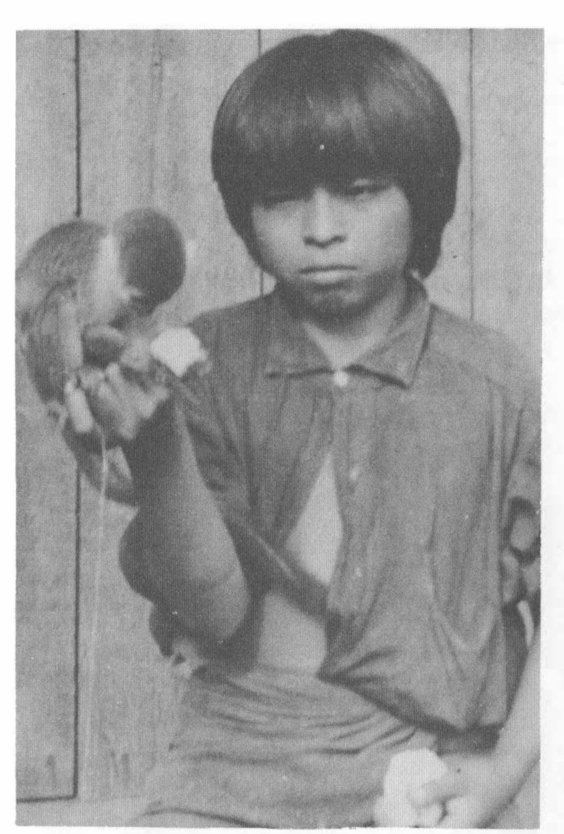
Ellos eran con coronas de plumas de tucán, los reyes y señores de esa inmensa selva.

Maticé los días lluviosos, jugando con cuatro monos, dos "Variso" y dos "Machín" y los "Chirlicreces", papagayos y loros que formaban el pequeño zoo de la Base.

Cuando no llovía, hacíamos práctica de fútbol y básquet, con los soldados. Esperábamos que pase el mal tiempo, para que fuese posible el aterrizaje del avión militar.

1 y 2– El hijo del asesinado Tsántiak y yo, jugando con monitos en la Base Militar de Taisha.

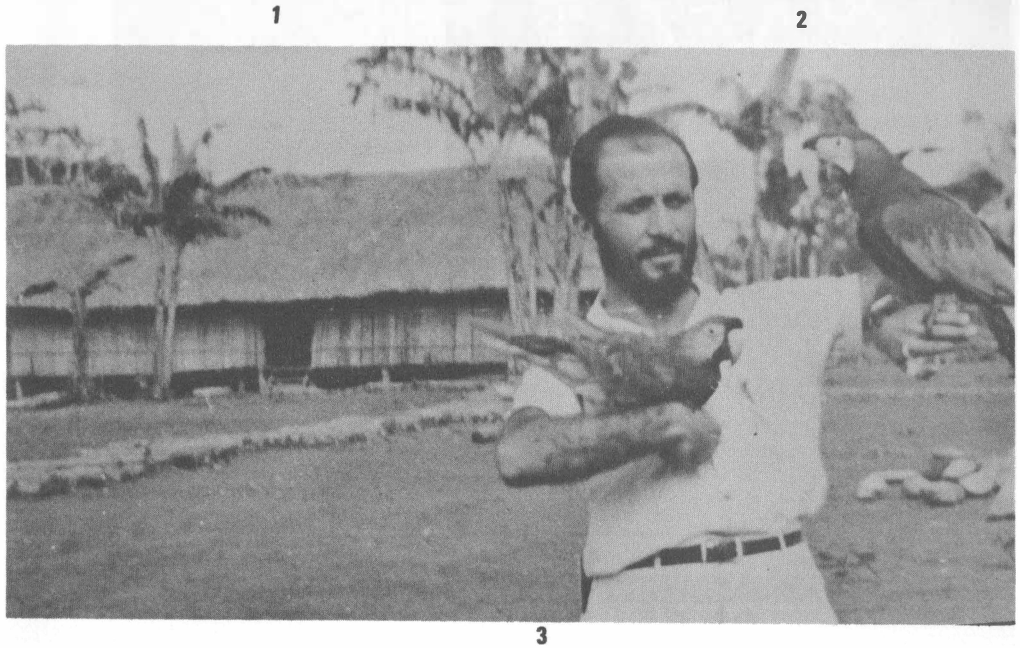
3– Jugando con papagayos. Al fondo, una de las construcciones de la Base Militar y camino de troncos para época de lluvias.



1



2

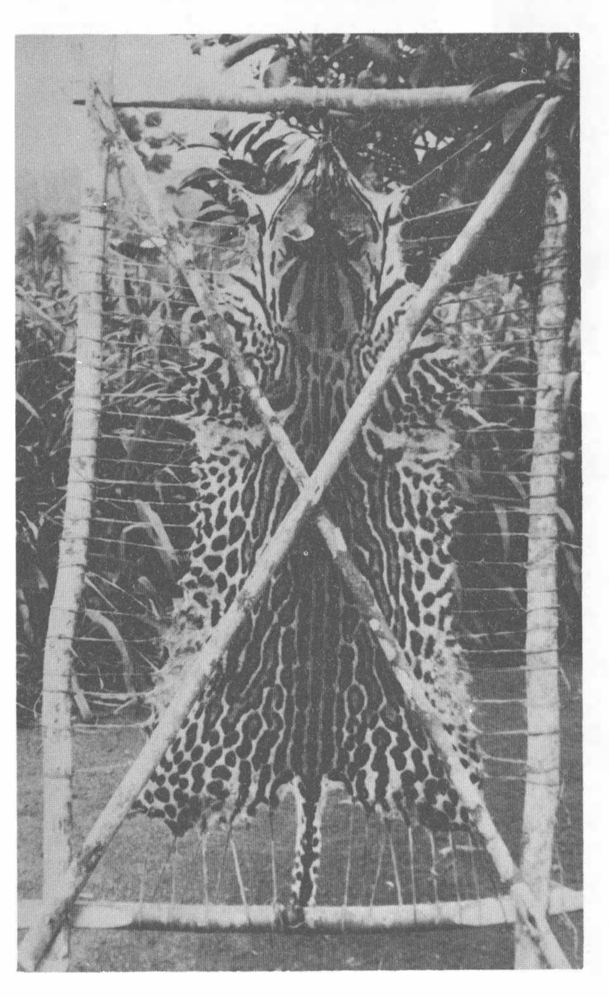


3

Me habían advertido desde mi llegada, que no me alejase; el avión no tenía ni día, ni horario de arribo. Cuando éste se producía y el piloto veía pista en condiciones favorables de descenso, hacía que el aparato circunvolara dos veces como advertencia.

Hacía una semana que aguardaba con todo preparado. La espera, con ese calor, se hacía tediosa; había pocas distracciones. Comprendí el sacrificio de quienes tienen que cumplir sus obligaciones en lugares tan alejados de su medio habitual, Tras los días húmedos y lluviosos, hubo noches de luna llena, de belleza excepcional sobre el negro perfil de la selva.

Al fin brilló el sol que produjo una gran evaporación y condiciones favorables de vuelo. Alguien sintió ruidos de motores y corrió gritando y aler-



1

1– Piel de tigre templada en un rudimentario bastidor "Tentéamu".

2– Mujer cargando un "Chankín"

3– Anciana Shuar de Taisha con el "Tukunu"(palito debajo del labio). Murió en 1978.


2


3

1

2

1– Casa de Juanka, próxima a la Misión de Taisha.

2– Pintoresco gallinero realizado con ramas y hojas de palmera. Le cubre, una cerámica "Ichínkian".

tando al personal de la Base. Todo fue apuro y agitación. Vimos al fin, el avión que voló primero sobre la Misión. De allí, los que estaban listos, corrieron presurosos. Tocó la pista y avanzó hasta llegar cerca de las construcciones de la Base donde se detuvo. Los pilotos dialogaron, intercambiando correspondencia con su jefe y oficiales

Todo era muy rápido, desembarco y carga de muy diversas cosas.

Con un soldado que me ayudó, corrí con mi bagaje hasta ubicarlo a bordo. Igualmente procedieron otros que viajarían.

Con el apuro me olvidé dos paquetes de arcilla muy fina, color gris verdosa, que con tanto esmero había preparado.

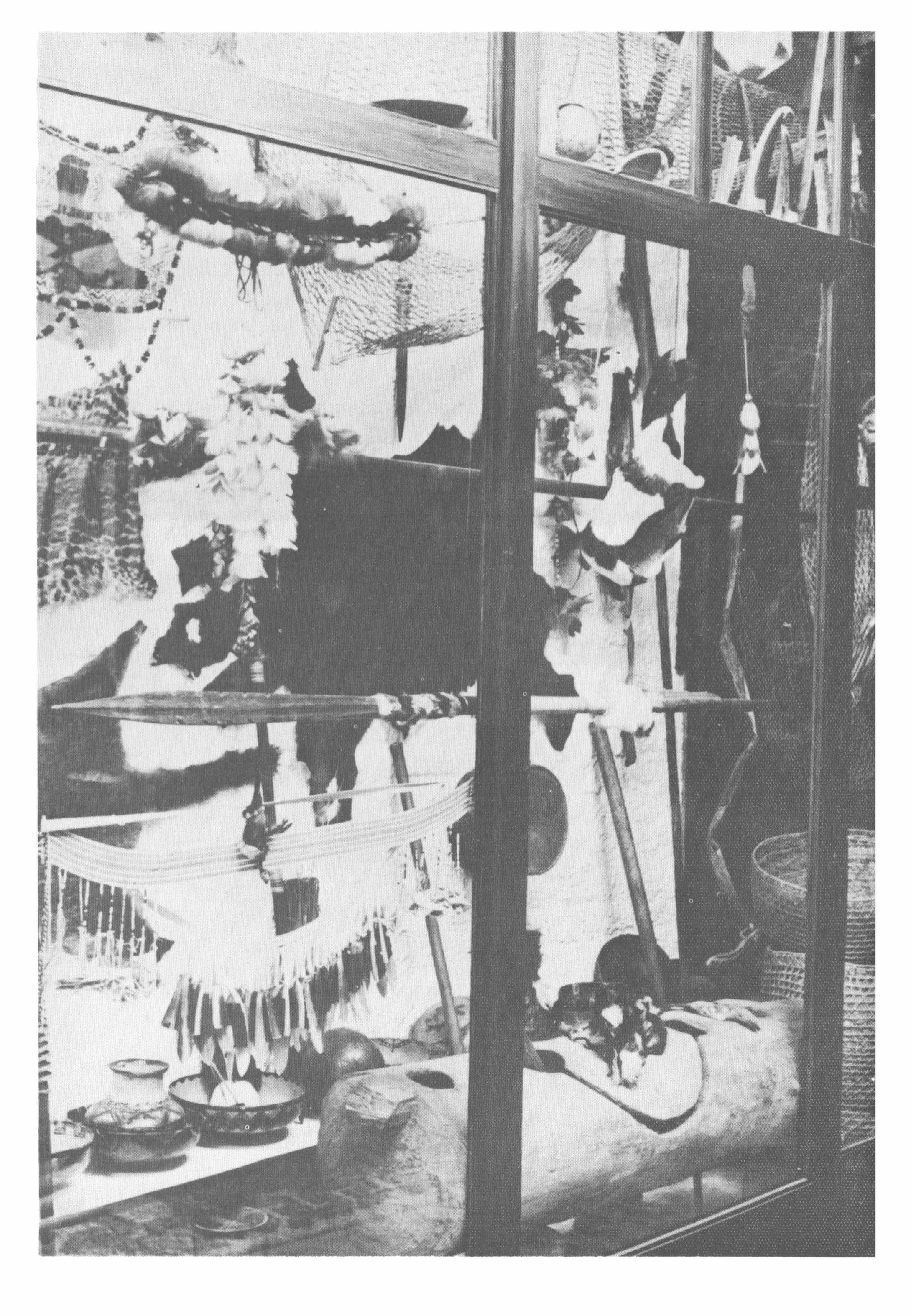
Hubo muchas despedidas, en especial con mi gratitud, para el jefe de la Base, Capitán Gribaldo Miño Tapia.

En pocos minutos estábamos en el avión, que comenzó un carreteo por la pista, hasta el extremo de la misma, próximo a la Misión.

Allí aguardaban agitados, algunos posibles pasajeros, si es que había lugar para llevarlos. Las cargas y descargas también fueron presurosas; todo estaba previsto.

El avión, con unas veinte personas, cerró sus puertas, giró ciento ochenta grados y tomó velocidad.

Observamos la Base, la Misión, la inconmesurable selva y todo Taisha quedó atrás.



Parte de mi valiosa

colección Shuar,

Achuar y

Auca.

1– Formación de escolares en la Base Militar de Taisha, el 12 de febrero de 1976 "Día del Oriente Ecuatoriano", conmemoración del descubrimiento del Río Amazonas por Orellana. Durante ese acto se inauguró un poderoso equipo de parlantes; el primero en esa amplia zona de la selva.

2– Un monito, jugando en la hermosa floresta tropical.

3– Ptséin, sobrino de Jimpíkti, quien me condujo a visitar a éste.

4– Jimpíkti sirviendo chicha a una esposa actual. Esta lleva un monito sobre la cabeza.

5– Jimpíkti en oportunidad de mi visita al 13 de febrero de 1976 . El venía de cruzar el río, donde estaba pescando.

6– Mujer Shuar, sentada en la cama con su hijito, posa colocándose el "Núnkutai".

7– Jimpíkti y yo en la despedida de mi última visita, el 14 de febrero de 1976. En la parte inferior se destacan dos cerámicas: "Ichínkian" y "Muíts". A la derecha, colgado de la pared de la casa, un "Chankín".

8– Tucán "Tsukanká", ave con cuyo pico de gran tamaño y plumas los selvícolas realizan vistosos adornos.

1

2

1

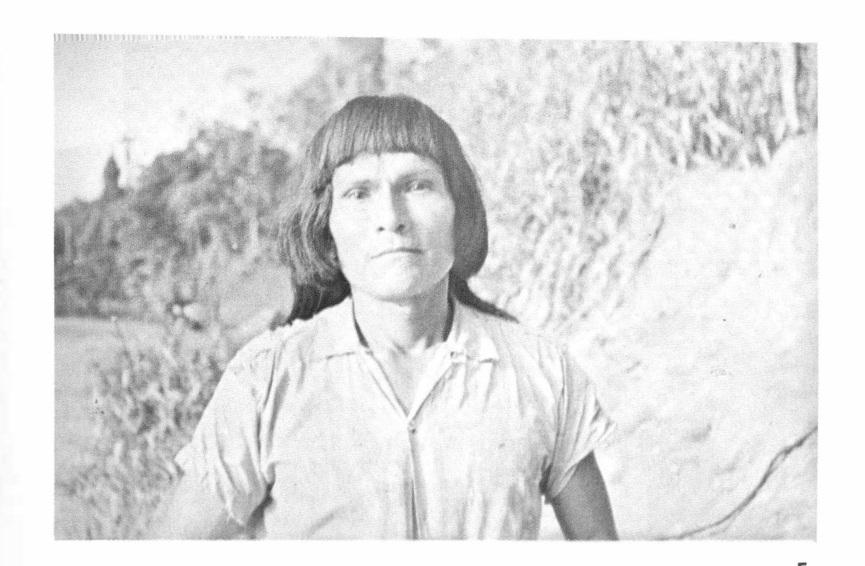
2

3

4

3

4



5

6



5

6

7



8

7



8

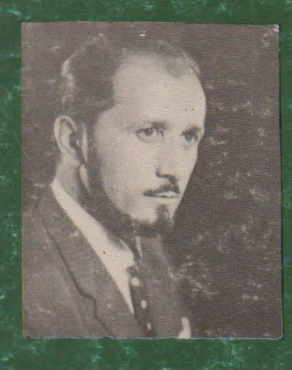
INDICE

Este libro editado por su autor Prof. Osvaldo Laurini, se terminó de imprimir el día lunes nueve de Agosto de mil novecientos ochenta y dos en los talleres de Artes Gráficas SEÑAL, calle SEYMUR 391 y Floreana (Ciudadela Jipijapa), Quito, Ecuador. La composición de textos en IBM Composer fue realizada por la Srta. Aída Tixe, y la diagramación de los mismos por el profesor Laurini. La fotomecánica y montajes del blanco y negro y los montajes de color estuvieron a cargo del señor Mesías Donoso; la selección de color de la portada la hizo el señor Germán Quintero. La impresión de las páginas interiores fue ejecutada por el señor Jesús Olmedo, en papel bond champion de 90 gramos; y la carátula, por el señor Patricio Pazmiño en cartulina plegable 0.16. La encuadernación estuvo a cargo del personal de la planta impresora, bajo la dirección de la Sra. Gabriela de Villacís. Primera edición: tres mil ejemplares. Hecho e impreso en el Ecuador.

FE DE ERRATAS

La foto 2 (pag. 115) corresponde al No. 4 (pag. 114)
La foto 3 (pag. 115) corresponde al No. 5 (pag. 114)
La foto 4 (pag. 116) corresponde al No.2 (pag. 114)
La foto 5 (pag. 116) corresponde al No. 3 (pag. 114)

OSVALDO LAURINI



– Nació en Azul, Buenos Aires, Argentina, el 7 de mayo de 1931.
–Graduó de Idóneo en el Servicio Geográfico en el I.G.M. (1951).
– Hidrógrafo del Ministerio de Marina (1952 y 1953).
– Tituló de Profesor Superior de Escultura y Dibujo en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata (1961).
– Expuso y obtuvo premios de escultura, en salones de Artes Plásticas; obras escultóricas suyas se encuentran en Argentina, Ecuador y Colombia.
–Presidente del Consejo de Cultura y Educación Popular de Azul (1958 a 1961).
– A fines de ese año inició un viaje por Indoamérica, como cronista viajero del diario "El Tiempo" de Azul.
– Becario del Sexto Ciclo Internacional de Verano, Universidad Central de Ecuador (1963).
– Coordinador de grupos culturales de Azul y Ambato (Ecuador).
– Publicó en diarios y revistas de Argentina, Perú, Ecuador, Suecia y España.
– Dictó conferencias y expuso documentales gráficos de Arqueología, folklore y etnografía, en Escuelas de Bellas Artes, Universidades y Casas de la Cultura de Argentina, Perú, Ecuador y Colombia.
–Director de los primeros Salones de Pintura de Azul (1960 y 1961) y Ambato (1970).
– Fundó y dirigió el Museo Particular Indigenista, Andino y Amazónico en Azul (1975).
– Fue profesor de escultura, dibujo y materias plásticas en ciudades de Argentina y Ecuador.
– Dictó cursos de Perfeccionamiento en INACAPED del Ministerio de Educación de Ecuador.
– Profesor del Instituto Tecnológico Equinoccial, Quito, Ecuador.

Hace 20 años tenía dos aventuras por vivir en la Amazonía Ecuatoriana, entre los aborígenes conocidos en el mundo con el nombre de "Jíbaros": los indómitos "Aucas" y los "Achuaras" en guerra.

Esta experiencia que me permitió conocer su rica etnografía, es narrada en el presente libro.

AUSPICIAN : ESTADO MAYOR DEL C.C. F.F. A.A. Y CONSORCIO DE CONSEJOS PROVINCIALES DEL ECUADOR.